

GEMA TACÓN
LOS CRÍMENES
DE LA

CAJÍA

W A J A



GEMA TACÓN
LOS CRÍMENES
DE LA
CAJA

Gema Tacón
Los Crímenes de la caja
© Gema Tacón
Todos los derechos reservados
Khabox editorial
CODIGO: KE-028-0001
© Diseño de portada , Fabián Vázquez
© Edición: Khabox editorial
© Corrección: Khabox Editorial
Primera Edición, Noviembre 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal).

*A ti hermano,
porque estoy segura
de que allí donde estás
también leerás estas líneas.*

/1/

La primera caja

A menudo me veía a mí misma haciendo una entrada triunfal en la sala de los premios literarios más importantes del país, borracha como una cuba. Dentro de mi cabeza resultó buena idea interrumpir a uno de los galardonados mientras daba su patético discurso y aplaudir estruendosamente en un salón en el que reinaba un silencio absoluto, provocando que todo el que se encontraba en el evento se girase a observar el espectáculo. Tras balbucear palabras sin sentido y vomitarle encima a uno de los directivos más influyentes, era arrastrada por dos gorilas hasta la entrada de la calle del recinto, como si estuviesen tirando la basura.

Esa escena cruzaba mi cabeza cada vez que mi cerebro no tenía nada mejor en lo que pensar. El resto de los mortales gozaban de la plenitud de mantener la mente en blanco, cosa que dicen que es imposible. Sin embargo, la mía disfrutaba torturándome con algo que, si bien podría haber formado parte de una dantesca pesadilla, fue verídico y el motivo por el cual mi escasa carrera literaria se truncó incluso antes de arrancar. Desde ese día no me conocieron como la escritora novel revelación que tanto había soñado, el año que siguió a esos hechos, las revistas y programas rosas se mofaban con mi gran actuación. Sobra decir que mi mundo fue cayendo en picado en todos los sentidos; laboral, sentimental, social e incluso familiar. Me convertí en la sombra de lo que fui. Mi meta en la vida tan solo había sido una desde que comencé a leer a Michael Ende con *La Historia Interminable*, quería ser escritora y conseguir crear recuerdos tan vívidos como los que esa novela logró en mí. No obstante, mi poca paciencia unida a varias puertas cerradas y a conocer mejor el mundo de las letras con todos sus entresijos internos, hicieron que la ilusión que me empujó durante todos esos años se fuese mermando.

El ensordecedor sonido del pito del coche que esperaba detrás de mi destartada furgoneta me devolvió a la realidad, haciendo que escondiese de nuevo esas elucubraciones masoquistas diarias para, seguramente, sacarlas a la luz en un rato. Arranqué acelerando sin soltar el embrague para escupir por el tubo de escape una nube de humo negro en el cristal delantero del simpático conductor de claxon rápido. Escapé de allí derrapando y mirando satisfecha por el retrovisor el resultado de mi fechoría. Al coger la curva a demasiada velocidad el karma me devolvió el golpe y todos los paquetes que llevaba hicieron un ruido que no vaticinó nada bueno. Tal y como presentí, cuando abrí la puerta trasera no quedaba títere con cabeza. Los paquetes estaban desperdigados y una gran lámina de hierro, que coloqué en un lateral sin asegurar, estrujó la mayoría de ellos transformándolos en acordeones de cartón. La furgoneta la compré con la esperanza de convertirla en una de esas que van equipadas con cama, ducha y cocina para ir en modo *hippie* a las miles de presentaciones de libros que tendría en un futuro. Siempre me prometí que no se me subiría la fama a la cabeza por muy reconocida que fuese mi obra, y una forma de demostrármelo a mí misma fue esa inversión a largo plazo de cuatro ruedas, la que ahora me servía como única fuente de ingresos.

Donde tenía pensado poner una mesa ahora había un congelador para trasladar los pedidos fríos que me mandasen. Era la tercera vez en ese mes que no entregaba los encargos en condiciones y el viejo responsable de la oficina de transportes fue bastante esclarecedor con lo que me sucedería si volvía a suceder. Regresé a la nave donde cargaba, coloqué el estropicio sobre un palé de madera que estaba reservado para mí y me marché de allí por la puerta pequeña sin que nadie me viese, como la cobarde que ya sabía que era. Realmente odiaba mi vida desde hacía casi dos años.

En cuanto entré en mi piso me topé con la regordeta figura de Pelusilla encima del sofá, se suponía que se trataba de mi gato, pero solía hacer lo que le daba la gana y más bien era al contrario; yo servía para darle de comer, limpiarle las cacas, recogerle las bolas de pelo y calentarle la cama hasta que decidía acostarse. Si soy sincera, se trataba de la relación más duradera que había mantenido con el sexo opuesto en toda mi vida.

La oscuridad de la casa me reconfortaba, mi ánimo no era como para tenerlo todo iluminado y dejar que el trinar de los pajaritos entrasen por mi ventana, así que las persianas permanecían bajadas desde ni recordaba cuándo. Antes mi madre venía a ayudarme con las tareas de la casa y nos gustaba comentar los libros que andábamos leyendo, pero desde que todo cambió dejé de querer recibir visitas y el mundo tan solo se acostumbró a que así fuese.

Me tumbé al lado del señor Pelusilla y, justo cuando coloqué la cabeza en el reposabrazos del incómodo sofá, el sonido estridente del telefonillo comenzó a sonar incesante. Al descolgar vi la puntiaguda nariz de Johanna en la pequeña pantalla en blanco y negro del cacharro.

—¡AC, te he visto entrar, abre! Han dejado un paquete para ti en la librería.

—Ponlo en el ascensor y dale al botón, ahora lo cojo —fue lo único que le respondí, esa era mi forma de decirle que no subiese.

No comprendía cómo Johanna continuaba queriendo mantener una amistad conmigo. Era de las pocas que aún me decían AC. Mi nombre real era Ana Catalina Verde, pero a mi representante no le pareció demasiado óptimo para una escritora y cambiamos al de A.C. Green. Realmente significaba lo mismo, pero sin que nadie se pudiese reír de él. Mis padres deberían haberse planteado eso de tener descendencia; mi infancia no fue lo que se dice sencilla gracias a esa unión de nombres. La palabra Catalina en muchos sitios es una forma extraña de llamar a las cacas y lo de verde detrás no ayudaba demasiado. Eran pocas las personas que conocían lo que ponía en mi carnet de identidad, todo el mundo me llamaba ahora Ana, y los que me seguían hablando de mi faceta literaria me decían AC.

En el ascensor encontré una caja, envuelta en papel marrón reciclado, de medio metro de alto y otro medio de ancho, pesaba relativamente poco. Encima de ella Johanna había dejado un sobre con un libro que le pedí hacía tiempo y que estaba deseando leer. Lo aparté y desenvolví el extraño paquete, en su interior había una cajita negra cerrada con un precinto adhesivo rojo. Estaba segura de que no era cosa mía, mi economía casi no me permitía comer, por lo que los caprichos estaban fuera de mi alcance. Sí era cierto que me sentía enganchadísima a las páginas de muestras gratuitas, motivo por el cual mi teléfono y dirección estaban en todas las bases de datos de las empresas y mi móvil vivía en un absoluto silencio perenne a causa de las insistentes llamadas comerciales.

El interior de la caja se podría decir que era, cuanto menos, extraño. Un dossier en una carpeta de cartón, unas llaves en una bolsa transparente, con una dirección en un llavero de plástico que colgaba de ella, y una pieza de un puzle pintada por completo de negro eran su único contenido. En la primera hoja decía en letras mayúsculas y grandes: «¡ENHORABUENA!» Nunca había ganado nada y esa palabra llamó poderosamente mi atención. Tras leer con más pausa el documento caí en la conclusión de que se trataba de un nuevo juego *online* basado en novelas de *thriller*. Lo último que quería pensar era en crear tramas o en poner un dedo sobre una tecla.

Bastante desanimada, dejé la caja debajo de la mesa y comencé a leer el libro, que era lo que me pedía mi mente en esos instantes. Además, el juego requería del ordenador para poder entrar en no sé qué página secreta y conocer al resto de mi equipo. Mi portátil estaba sin batería desde hacía casi un año, un día tan solo dejé de utilizarlo y me pasé a husmear las redes sociales con el teléfono como hacía todo el mundo. Ya no necesitaba ningún procesador de textos ni tampoco un teclado, por lo que esa herramienta dejó de significar algo en mi vida; y volver a ponerlo a cargar para descubrir que tendría que pagar si quería jugar me iba a enfadar bastante. Así que me olvidé de ella y me puse a leer hasta que me dormí.

El timbrar del teléfono fijo anunciaba que mi madre se encontraba al otro lado del auricular esperando contestación. Ella se encargó de que tuviese uno, ya que nunca cogía el móvil y temía que, si algún día no se ponía en contacto conmigo, podría ser que no lo hiciese más. Al principio estuve acudiendo a un loquero para mitigar las ansias de terminar con mi vida, pero después de algunos meses dejé de ir a verlo. Me parecía una pérdida de tiempo y de dinero, no pensaba tomarme las pastillas que me recetaba y la doctora no poseía una varita mágica que hiciese retrasar el tiempo para que mi mundo volviese a ser el que era. Descolgué después de encontrar el aparato debajo de un montón de ropa sucia en el salón. Lo de no recibir visitas y que me importase todo más bien poco estaba haciendo estragos en mi decoración. Si viniesen de alguno de los programas americanos de limpieza se echarían las manos a la cabeza.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora?!

Si algo había detestado toda mi vida era que me despertasen gritando y mi madre lo sabía.

—Buenos días a ti también, ¿podrías ser un poco más esclarecedora? —ironicé sentándome en el suelo.

—Ana Catalina Verde, son las ocho de la tarde. Tomás ha llamado a tu padre y le ha dicho que no te molestes en volver al trabajo, dice que has destrozado una carga y que no has sido capaz de dar la cara. ¿Estás bebiendo de nuevo? ¿Quieres que vaya a verte? ¿Te quieres venir aquí con nosotros? Los aires del pueblo te sentarán bien, puede que así te inspires para escribir... —Esa era demasiada información para mi neurona en esos momentos y no tenía ganas de discutir con ella.

—Tomás es un loco viejo psicópata exagerado, tan solo se han estrujado algunos paquetes. Me fui por no pegarle y no a todo lo demás.

—Pero, Ana —intentó proseguir sin mucho éxito.

—Estoy bien, mamá, pídele disculpas a papá por lo del curro, ya encontraré algo por mi cuenta, no te preocupes. Te dejo que tengo cosas que hacer, te quiero —respondí sin dejarla decir nada más. La loquera me había dicho que era importante contarles a las personas lo que sentía por ellas y en estos instantes a la única a la que quería era a ella; pero de lejos, cada una en su casa.

Tal y como pensé no eran las ocho aún, mi madre llevaba el reloj adelantado quince minutos desde que tenía uso de razón. Ella odiaba llegar tarde a los sitios y yo detestaba esperar por los demás, así que había implantado esa norma también en mi vida. Me daba tiempo de bajar y robar un café a Johanna. Acababa de recordar que no tenía en

casa y, desde que el alcohol no formaba parte de mis días, la cafeína lo había sustituido como una droga que necesitaba en mi organismo sí o sí.

Me detuve un instante frente a la cristalera de la pequeña librería. En el centro de todos los libros, sobre un atril demasiado grande para su tamaño, descansaba mi última novela. Estaba segura de que Johanna había convencido a todos sus clientes para que lo comprasen, esta era la única tienda que lo tenía y me temía que también poseía la exclusividad de haber vendido alguno. La verdad era que ella pidió una caja con cien ejemplares y me los pagó en menos de una semana. Jamás olvidaría su sonriente cara mientras me daba el dinero de lo que, según ella, «sería el primero de muchos sobres llenos de billetes». Los sueños pueden resultar bastante efímeros y este nunca dejó de serlo, solo que no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde para mi salud mental.

—¡AC, qué bien que viniste! Acabo de hacer café —me informó en cuanto me vio entrar, dejando unos libros que estaba colocando encima del desordenado mostrador, para ir corriendo a la trastienda por dos humeantes vasos de café.

Cogí el mío y me salí a la puerta a fumarme un cigarro mientras disfrutaba del amargo sabor a granos de café recién molidos. Vivíamos en una ciudad enorme, sin embargo, disfrutábamos de la tranquilidad que tienen los barrios que estaban casi a las afueras. Por allí no se veía gente a esas horas, todo el mundo estaba llegando a sus hogares desde sus respectivos trabajos y ya andaban en casa preparando las cenas. Desde el bajo en el que se encontraba la tiendita de Johanna se veía el bloque de enfrente. Me pareció que lo de las cortinas tupidas debía ser algo que a los jóvenes no les preocupaba demasiado y estaba realmente desfasado.

Cada tarde noche, antes de cerrar, mi amiga sacaba dos sillas y nos sentábamos en la acera a mirar esas ventanas iluminadas. A Johanna le gustaba oír mis historias inventadas de la vida de cada uno de esos apartamentos: en el bajo tan solo vivía la vieja de los gatos, mientras el piso que había al lado de ella se destinaba a guardar muebles viejos y tiestos. El dueño del edificio nos cobraba una mensualidad mínima por poder hacer uso de él si lo necesitábamos, pero la que lo utilizaba más a menudo era Johanna para meter los adornos de las festividades que ponía en la librería. La señora mayor siempre tenía los cristales abiertos por si alguno de sus mininos se iba de parranda este pudiese regresar a su cama, creo que mi Pelusilla es un escapista de esa mujer. Un día simplemente apareció en mi puerta durmiendo en el felpudo de la entrada, pasó conmigo y ya nunca se marchó.

A esas horas la vieja ya tenía las luces apagadas y tan solo se vislumbraban los destellos de la televisión encendida. El primer piso, justo sobre ella, pertenecía a un matrimonio con tres enanos revoltosos que hacían incluso más ruido que las gatas en celo de su vecina, motivo por el cual creo que eran los que más habían durado viviendo allí. Enfrente de ellos un músico solitario se afanaba en sacar una melodía interminable. Cada día la cambiaba y a ese paso tendría el mismo éxito que tuve yo con mis letras. Me inspiraba un poco de lástima y me veía bastante reflejada en él, no obstante, la conversación más larga que compartimos fue un día que hacía frío y ambos lo dijimos a la vez.

En el segundo, encima del matrimonio con los niños poseídos, era donde yo moraba y esas persianas siempre estaban abajo. Frente a mi puerta una joven abogada y su novio, también letrado, se turnaban para llevar a casa a sus respectivos amantes, por lo que la escalera estaba muy concurrida según a qué hora de la noche. Sobre mi cabeza, en el tercero derecha, residía un hombre mayor que daba un poco de miedo y olía a puros; nunca hacía ruido y no recibía visitas, por lo que la mayoría del tiempo parecía que el piso estuviese vacío. Frente a él tenía su apartamento Johanna y, encima de ellos dos, había un gran ático con un precioso patio lleno de flores en los pretiles. La suerte de ser el dueño de esas cuatro paredes la tenía del hijo del propietario del edificio, un tipo solitario que pagaba a una asistenta para que le tuviera la casa impoluta.

El chico era pintor y también escueto en palabras, así que las pocas veces que nos habíamos cruzado en el ascensor no pasamos de un «buenos días» o «buenas tardes». Nosotras nos entreteníamos observándolos al más puro estilo *voyeur*, con la diferencia de que, aficionada desde mi infancia a «13, Rue del Percebe», me encarnaba en el mítico Francisco Ibáñez y relataba las vidas de nuestros vecinos. Ese momento del día era el único en el que me permitía desconectar y sonreír.

—¿Abriste el paquete? —me preguntó Johanna una vez que hube concluido mi perorata acerca de nuestros vecinos.

—Era una de esas muestras de juegos *online* para que gastes dinero si quieres conseguir pruebas. Ya te lo bajaré para que lo uses tú, no es que tenga demasiadas ganas de ver cajas por casa —respondí apurando el cigarrillo y dando el último sorbo al café.

—¿Mal día en el trabajo?

—Un imbécil me hizo que estropease la carga, y he preferido dejarlo a tener que matar al viejo que lleva el almacén.

—Realmente ese hombre es un incordio.

—En mi cerebro psicópata ha muerto de distintas y dolorosas maneras —me burlé—. ¿Crees que el universo nos ha unido a todos los que vivimos aquí por ser el mayor grupo de perdedores de la historia? —pregunté observando cómo el matrimonio luchaba para que los trillizos se acostasen, a la vez que se escuchaba la lastimera melodía del piano del chico al compás de los maullidos y los golpes del cabecero de la cama de los abogados contra la pared. Antes de que le diese tiempo a contestar, el coche de mi querido ex se detuvo delante de nosotras, bajó la ventanilla y nos miró.

—¿Quién quiere dar una vuelta?

—¿No te cansas?

—¿Y tú no tenías otro país al que irte? —le escupió Alonso a Johanna. Él sabía de sobra que a ella no le gustaba que le dijese que no era de aquí. Sus padres emigraron cuando era pequeña y lo único que no había hecho en nuestro país era nacer, aunque sí es verdad que los ojos azules, la piel pálida, el rubio níveo de su lacio pelo y sus largas y delgadas extremidades la delataban un poco.

—¿Qué quieres? —intervine sabiendo que aquello acabaría mal.

—Venía a comprobar cómo andabas, tu madre me dijo que te vigilase —confesó sin ningún tipo de reparo.

—Ya has visto que estoy bien, puedes ir al cuartel general a dar las novedades. No me he tirado por la ventana ni nada por el estilo.

Detestaba que mi madre siguiese teniendo contacto con Quijano, como lo conocían todos. Él era uno de los representantes literarios más notables del mundillo, todo el que comenzaba la carrera de las letras pasaba por sus manos, el problema es que también solían pasar por su cama. Era encantador y poseía una verborrea con la que podría vender fuego en el mismísimo infierno. A mis progenitores los tenía totalmente embelesados tras ese disfraz de persona responsable, pero ya hacía mucho que dicho antifaz cayó frente a mí, más aún cuando necesitas a tu pareja como el aire que respiras y este está ocupado en otros, llamémosles, «menesteres culinarios».

—Ana, tendríamos que hablar —me pidió ignorando la presencia de Johanna.

Me levanté, apagué el cigarrillo en el capó de su flamante coche, le di las buenas noches a mi amiga y me subí para el apartamento haciéndole exactamente lo mismo que él le estaba haciendo a ella. Detestaba cuando se creía el ombligo del mundo. Al lado de la palabra «egocentrista» en el diccionario deberían de poner una foto de Alonso Quijano.

Los siguientes días no me apeteció relacionarme con nadie, tan solo bajé a comprar algunos víveres para poder sobrevivir; tabaco, café, patatas, huevos y palomitas. Me quedé encerrada en casa haciendo maratón de series bajo la atenta mirada de Pelusilla. La cara del felino era la de alguien que pensaba que le estaban ocupando su casa sin su consentimiento, juro que ese gato a veces me daba miedo. Johanna me había escrito para que bajase con ella un rato, pero no estaba de humor, así que tan solo dejé que el tiempo pasase.

Una mañana Pelusilla se puso a jugar con un papel que estaba en el suelo frente a la puerta de entrada. Lo raro no fue que hubiera algo por medio, era que él jugase. Se lo quité, no sin el bufido correspondiente por ello, y lo miré. Era un sobre cerrado de papel reciclado marrón, alguien debió de haberlo metido por debajo de la puerta, sin remitente, como la caja, tan solo se veía mi dirección en él. Al abrirlo cayó al suelo una llavecita y una nota escrita a ordenador. Reconocía la fuente, era la más común entre los escritores, Times New Roman, estaba el texto justificado, tendría un interlineado de uno y medio y no usaba sangrías al comenzar. Desde que empecé en el mundo de las letras me fijaba en esas tonterías. Por desgracia, ya no era capaz de disfrutar de la lectura como lo hacía antes, ahora las repeticiones de palabras, las erratas, los errores ortotipográficos y los fallos en la trama resaltaban sobre la historia que estuviese leyendo. Supongo que era de formación profesional ver los fallos de los demás, pero no los tuyos propios. En la nota decía:

Has perdido la prueba anterior, el resto de tus compañeros te están sacando ventaja. Esta es la última oportunidad que tienes para participar totalmente GRATIS. Accede a tu cuenta con los datos facilitados en la caja principal.

Aquello ya me estaba asustando un poco, pero a la vez mi curiosidad fue en aumento. No comprendía el interés que tendría nadie en que participase en ese estúpido juego, pero si lo que quería era llamar mi atención lo había conseguido. Encendí mi ordenador, saqué la caja y coloqué todo encima de la mesa para volver a leerlo con más detenimiento. Tampoco es que tuviese nada más importante que hacer.

El simple gesto de levantar la pantalla del portátil me costó un esfuerzo sobrehumano, ni que decir tiene, que sentir el suave tacto de las teclas bajo mis dedos consiguió que una lágrima rodase por mi mejilla para aterrizar en el recuadro destinado al ratón táctil. En la pantalla de inicio había una foto de Alonso y mía haciendo el capullo con el

primer manuscrito que le entregué. Tenía que hacer una limpieza a fondo del disco duro, pero las tecnologías nunca fueron lo mío, así que se lo pediría a Johanna que era la entendida en cacharros.

Suspiré intentando olvidar los malos recuerdos y me centré en investigar un poco más el contenido de la caja. No era de las que seguían las instrucciones, pero si quería que mi mundo cambiase, y realmente lo deseaba, tenía que empezar a modificar mis hábitos, comenzando por una estupidez tan grande como la de leer un jodido manual.

El olor nauseabundo

Según las indicaciones, me tenía que meter con un código QR de esos extraños, bajé la aplicación de las narices y lo hice. Lo primero que me salió fue un chat bastante rudimentario en el que me tuve que registrar; otro lugar más que tendría mi teléfono, si es que no lo poseía ya... Me puse el nombre de AC, dudaba que nadie me reconociese y sentaba bien continuar usándolo de vez en cuando. Una vez hube terminado, me mostró el nombre del resto de los integrantes del grupo: Andrea Helmuth, Sam Spade, Luis Sepúlveda y Dana Scully. No pude evitar soltar una sonora carcajada con este último. El resto eran personas o personajes del mundo literario, pero el de Scully me había matado. De pronto me imaginé junto a la pelirroja investigando los casos del Área 51.

Algo que me alegró fue comprobar que el chat no era de los que no puedes cotillear lo que se ha estado hablando antes de que accedas, este mantenía la conversación y me puse a leer desde el principio. No estaba husmeando, me pareció lo más justo teniendo en cuenta que yo acababa de entrar y ellos llevaban días jugando. Lo que tenía claro era que, si se podían hacer alianzas, yo iba con Dana.

La lectura no fue como me imaginé en un principio. Había escuchado hablar de juegos en los que tenías que atrapar al asesino, pero en este en concreto eras tú el ejecutor del crimen. Estaba la figura del narrador omnisciente, que se hacía llamar en el chat como Fumero. Supuse que el alias lo había escogido en honor al malísimo de Zafón en su novela *La Sombra del Viento*, Javier Fumero.

A medida que iban entrando en el grupo cada uno de los participantes preguntaba de qué trataba el juego. Sin embargo, el tal Fumero se negaba a contar nada hasta que no estuviésemos todos presentes. Nadie dijo más hasta hace dos días cuando, imagino que resignado a que yo no apareciese, el narrador comenzó con su explicación poniéndolos en situación mediante una historia:

Sois un grupo de asesinos a sueldo y tenéis que elaborar con anterioridad el plan perfecto para que no os atrapen. La ventaja de no tener nada que ver con las personas a las que matáis es que relacionaros con dichas muertes es casi imposible si jugáis bien vuestras cartas. Este es un juego beta en el que tenéis el privilegio de participar. Sois los únicos que conocéis su existencia. Si los casos son llevados a cabo con pericia y se demuestra que realmente tenéis una estupenda mente criminal, apareceréis en los créditos y agradecimientos de un juego que se lanzará a nivel tanto nacional como internacional.

Las reglas son claras y si alguno las incumple quedará fuera del juego en el acto. La primera es que no podéis revelar vuestra verdadera identidad ni interactuar entre los participantes en nada que no sea referente al mismo. Este chat será vuestro único medio de contacto. Queda terminantemente prohibido contar a otras personas la existencia de este juego, ya que al aceptar entrar a participar significa que estáis de acuerdo con mantener un contrato de confidencialidad hasta que este haya terminado. Os iré facilitando los datos y las pistas para que podáis llevar a cabo todas las pruebas. También, según vuestro nivel, os irán llegando cajas con distintas pistas que tendréis que analizar de forma física. Suerte a todos y que gane la mente más retorcida. Atentamente, J. Fumero.

El resto de los participantes fue comentando después de este comunicado tan peculiar. La que rompió el hielo y contestó antes fue Andrea que dijo un simple: «Perfecto». El segundo en interactuar se trató de Sam, escribiendo un escueto: «OK», le siguió Dana mostrando su entusiasmo con un infantil: «¡¡Me encanta!!» y, por último, Sepúlveda que respondió: «Siempre que este juego no interfiera en mi vida personal estaré dispuesto a ayudar». Esta contestación me dio que pensar que el tal Sepúlveda era una persona ocupada, pero que, al igual que al resto, la curiosidad por saber de qué trataba esto era superior a lo que tuviese que hacer.

A continuación, colgó un archivo descargable que ya había caducado y que no pude bajar por mucho que le di al botoncito. Después de analizar un rato el texto terminé por arrepentirme de escribir tan solo mis iniciales, todos se habían puesto nombres originales menos yo. Pero, por mucho que miré, una vez me hube registrado el programa no me dejó cambiarlo, así que me tuve que aguantar con mis simples AC. Justo cuando estaba a punto de escribir que aceptaba el reto el narrador hizo acto de presencia.

El grupo está completo, sois cinco participantes. La anterior prueba ha tenido bastantes fallos y no habéis analizado todos los datos que se os facilitaron. En la siguiente deberéis ser más perspicaces o se irán eliminando miembros que no aporten nada al conjunto.

«Hola, mi nombre es AC y estoy de acuerdo con las reglas». Eso fue lo que se me ocurrió escribir después de tantos años metida en el mundo de las letras; definitivamente, era bastante decepcionante mi falta de originalidad. A posteriori, como si de un grupo de terapia de adictos se tratase, todos dijeron cosas como: «Hola, AC» o «Bienvenida, AC». Solo faltó que escribiesen «Te queremos, AC». Lo mismo sobrellevar los nuevos cambios en mi vida junto a un grupo de psicópatas que se entretenían planeando crímenes perfectos era lo que necesitaba.

Ya me había perdido el primer caso y ahora tenía que esperar a que nos mandasen el siguiente, por lo que mi mundo volvía a ser un completo aburrimiento. Estaba deseando bajar y contarle a Johanna lo del juego, sin embargo, la advertencia de Fumero hizo que recapacitase sin tener claro por qué. Estaba segura de que era imposible que supiesen si me había ido de la lengua o no. No obstante, por otra parte, quería hacer algo bien por una vez en mi vida, aunque se tratase de un estúpido campeonato entre aprendices de homicidas.

—Pelusa, ahora vengo —le indiqué a la bola de pelos, que me ignoró por completo y siguió su eterno sueño reparador en el sofá.

Tenía una costumbre desde siempre, subía en el ascensor y bajaba por las escaleras. Era como una rutina autoimpuesta para hacer algo de ejercicio y no morir atrofiada. Cuando llegué al rellano del primero noté un olor extraño que se acrecentó a medida que me acercaba a casa de Ágata. La señora tenía demasiados gatos y pocos areneros para mi gusto. El aroma a amoníaco que desprendía su hogar lograba que las cartas se llevasen en el buzón varias semanas, antes de que ninguno de los inquilinos nos atreviésemos a parar el tiempo necesario frente a su puerta para recogerlas.

La tienda de Johanna acababa de recibir un pedido de las últimas novedades literarias, para mí era el mejor momento del mes. Podía ponerme al día, criticar portadas, sinopsis y todas esas cosas que hacemos los que nos comemos de envidia por dentro y tenemos que sacar la vena trol de alguna forma, ya que no habíamos conseguido ni una cuarta parte de lo que los escritores que son repartidos mediante distribuidoras habían logrado. La entrada estaba atestada de cajas y el local no era lo que se dice grande, por ese motivo tenía una pequeña trastienda y, además, ocupaba gran parte del bajo frente a la loca de los gatos. Cogí dos cajas para poder abrirme paso y miré a Johanna por encima de ellas.

—¿Dónde las dejo?

—¡AC, menos mal, eres mi salvación! Ponlas atrás y ahora las vamos colocando —contestó azorada, del esfuerzo que llevaba realizado tras mover media tienda de cajas.

En lo que a mí respecta, creo que pedía demasiada mercancía para lo poco que vendía. Gracias a ella entendí mejor cómo funcionaba el mundo de los libreros. Las editoriales les dejan en depósito una cantidad de libros, luego estas van pasando informes de ventas y haciendo los respectivos pagos, descontando del treinta al cuarenta y cinco por ciento que ellos se quedan. Estos datos hicieron que me diese cuenta de que el que menos dinero coge de todos es el escritor, pero ese es otro tema a tratar.

Johanna era más alta que yo, bastante de hecho, ella podía medir el metro noventa tranquilamente y, aunque delgada, tenía una constitución fuerte y unos brazos y piernas musculosos. Estaba segura de que en un pulso tan solo tendría que soplarle, mi amiga se parecía a las rubias con trenzas que levantan árboles cortados en la tele.

Mientras yo movía las cajas de dos en dos ella cogía cuatro, teniendo en cuenta que se trataba de libros, el peso era bastante considerable. Entrar en el almacén de la librería no fue tarea fácil.

—¿Las pongo al fondo? —le grité, obteniendo como respuesta un sí, seguido de un estruendo y una palabrota en alemán. Sabía que lo era porque es lo único que ella conocía de su lengua materna.

Me hice paso como pude entre las estanterías, que ocupaban casi todo el espacio del minúsculo pasillo y solté antes de tiempo las dos cajas que llevaba, provocando que la de abajo se abriese y se desperdigase su contenido. En realidad, lo mejor que podía haber hecho fue irme del trabajo de mensajera porque no me llevaba bien con los paquetes, el problema era que últimamente nada parecía ser lo mío. Me senté en el suelo para intentar arreglar el estropicio, rezando para que no se hubiera deteriorado ningún ejemplar nuevo, y algo bajo la última balda de la estantería que tenía a mi lado me sonó demasiado familiar. La portada de un libro con la imagen del rostro de una mujer con un micrófono ensangrentado estaba allí escondida, lo saqué y detrás de este había otro y otro más, me agaché y comprobé que en total podría haber unas cien copias discretamente ocultas en el suelo. De pronto la pregunta que me hacía acerca de quiénes habían comprado un ejemplar de mi última novela se resolvió sola provocando distintos sentimientos dentro de mí; la tristeza y la rabia se mezclaron con la más completa desolación. No tenía claro si estaba agradecida a Johanna por mentirme y pagar de su bolsillo las regalías de los libros que autopubliqué, o si me acababa de sentar como una patada en el estómago esa falsa compasión por parte de mi amiga.

Me levanté, con los ojos colmados de unas lágrimas que amenazaban por desbordarse ante el más mínimo parpadeo, y salí de la tienda corriendo sin rumbo fijo, tan solo necesitaba huir de allí lo más rápido que pudiese. En mi carrera terminé por golpearme de frente con la fría roca de la balastrada que separaba el paseo marítimo del comienzo de la playa. El olor a mar y a sal conseguía tener un efecto relajante en mí como ninguna otra cosa lo lograba, ni siquiera la manzanilla, como recomiendan las viejas que tomes para tranquilizarte. Bajé los escalones y me senté a contemplar el vaivén de las olas mientras mi cabeza daba vueltas ella solita.

No comprendía por qué me seguía sentando mal que nadie quisiese leerme, en definitiva, todo el que une letras

tiene como finalidad esa misma, que el mundo quiera disfrutar de ellas. No podía olvidar la primera conversación que tuve con mi editor cuando estaba empezando. Víctor María Hugo, el Miserable, como muchos del mundillo literario lo conocían, se encargaba de encontrar plumas nuevas que nadie conociese y que sobresaliesen de las demás hasta exprimir toda la tinta que pudiese salir de ellos. Era lo que se llamaría un cazatalentos de letras y rara vez se equivocaba, bueno, se podría decir que yo fui la excepción que confirmó la regla.

Me tocaba recoger un premio en un concurso de relatos, ese fue el primer reconocimiento que obtuve por mis letras. Un hombre de unos setenta o sesenta años, cuando la gente ronda esas edades no sé bien diferenciarlas, se me acercó ataviado con un traje negro y un sombrero un tanto ridículo, me felicitó y me dijo que a la mañana siguiente me quería ver en su oficina, proporcionándome para ello una tarjeta que mantuve apretada en la mano como si de un detonador se tratase y el mundo dependiese de que no lo soltase. Esa noche dormí como si de nuevo creyese en los Reyes Magos. A la mañana siguiente, estuve en la puerta de su oficina esperando más de dos horas a que Víctor apareciese. Una vez dentro me ofreció un contrato de dos novelas que firmé sin ni siquiera leerlo. Al tiempo comprendí que acababa de entregarle los derechos de mis futuras obras con unas cláusulas abusivas, de las que no obtendría casi nada de dinero, sin embargo, no fue algo que me importase: Ana Catalina Verde iba a publicar dos novelas en papel y el mundo las leería, me sentía feliz y lo demás me daba igual. El problema fue que ninguno de los dos tomos, una bilogía paranormal, tuvieron el éxito que se esperaba de ellos, con lo que las promesas de presentaciones, firmas de libros y viajes se redujeron a una publicación mensual en la web de la editorial a la que Víctor consiguió embaucar para que me los publicase. Él mismo fue quien rompió dicho contrato alegando que había incumplido no sé cuál de los puntos. Habló pestes de mí al resto de sus compañeros del gremio, entre otras cosas por no aceptar cierta proposición indecente que me hizo una noche tras una última reunión. Ahí comenzó mi accidentada carrera literaria.

El móvil empezó a vibrar como un loco en mi bolsillo. Miré la pantalla y vi que me habían metido en un grupo que llevaba por título *La caja del homicida*. Sequé las lágrimas que terminaron por caer irremediadamente, al recordar el sucio aliento de la boca de Víctor demasiado cerca de la mía. Aspiré profundo para llenar mis fosas nasales con el olor a mar e intentar apartar de mi memoria aquella escena. Me levanté y regresé a casa mientras leía los mensajes del nuevo y misterioso grupo, al menos así no tendría que seguir estando pendiente del ordenador.

En el mensaje ponía: «Ya tenéis la siguiente misión en vuestro domicilio». Aceleré el paso, estaba nerviosa por comenzar a jugar. Lo que mejor se me daba era maquinar crímenes y orquestar formas de encubrirlos, aunque siempre sacaba algún personaje en mis novelas que al final conseguía resolverlo todo y coger a los malos. Esto de meterme tan solo en la cabeza del asesino era algo nuevo para mí y mi mente pedía a gritos un inexplorado reto junto a un momento de desconexión de la realidad. Corrí escaleras abajo en busca del tan esperado desafío.

La segunda Caja

Tuve que detenerme en la temida entrada del bloque para comprobar si habían dejado algo en el buzón. Me extrañó no encontrarme con Ágata en el balcón asomada llamando a alguno de sus escapistas, tan solo se escuchaban los maullidos en el interior del piso. Me prometí acercarme más tarde a charlar con ella un rato. Era una mujer bastante peculiar, pero con mucho mundo vivido y unas historias impresionantes. La mayoría de las veces no tenía claro si se las inventaba a medida que iba hablando o si todas esas cosas le habían sucedido en realidad a ella. La octogenaria narraba sus aventuras y desventuras por todo el país en busca de un amor de juventud que nunca llegó a encontrar y que, finalmente, descubrió que andaba enterrado en alguna cuneta desconocida por revolucionario. Un triste final para alguien que se pasó toda la vida enamorada de la misma persona. Desde el día en el que conoció la verdad se asentó en el piso en el que ahora vive y comenzó a repartir su cariño entre los felinos necesitados. Olía raro y tenía la casa hecha una mierda, pero el brillo que desprendía su mirada cada vez que acariciaba a alguno de sus gatos era algo digno de apreciar.

Al comprobar que no tenía nada dentro mi ánimo decayó bastante, en la nota que leí en el chat del ordenador decía que nos irían mandando las pistas según nuestra involucración y resultados y yo ya me había perdido un caso, por lo que jugaba con desventaja. Mientras esperaba por el ascensor entró en el bloque mi extraño vecino del ático, era raro verlo por allí a esas horas, siempre olía a disolvente y a pintura. Me volví a repetir lo que le dije no hacía mucho a Johanna, el universo se había alineado para que un grupo de soñadores perdedores terminásemos viviendo en el mismo lugar.

—¿Cómo vas? —no pude evitar preguntarle, llevábamos demasiados años compartiendo zonas comunes y nunca me preocupé por saber algo de su vida, pensar que podría estar igual de solo o decepcionado con el mundo como lo estaba yo hizo que empatizase con él. El problema fue que mi repentino interés le cogió totalmente desprevenido.

—Eh, bien, gracias —respondió enarcando las cejas y encogiéndose de hombros.

—¿Cómo llevas los cuadros? —insistí mientras entrábamos en el ascensor.

—Bueno, supongo que no tan bien como me gustaría. Vivir del arte es complicado. Hoy en día me estoy dedicando a diseñar portadas para novelas, una editorial contactó conmigo y ando haciéndoles algunos trabajos. Oye, ¿tú no tenías varios libros publicados? —su contestación, y que supiese de mi incursión en la literatura, ahora fue a mí a la que le sorprendió. Por suerte, yo vivía en el segundo y el trayecto del ascensor no dio para que la conversación se extendiese más. Además, aunque él no hubiese querido reconocerlo, yo sabía de sobra que no le hacía falta el dinero para vivir.

—Hace tiempo de eso. ¡Nos vemos! —concluí de forma escueta, a la vez que salía del cubículo apresuradamente con cara de bobo, mientras me despedía con la manita al más puro estilo reina de Inglaterra en su carroza.

Al girar y querer darme un cabezazo con la puerta de la entrada de mi casa tropecé con algo que había en el felpudo. Una caja de las mismas dimensiones que la anterior estaba aguardándome, cosa que logró que mi cara esbozase una sonrisa de nuevo. La cogí y entré deprisa para ponerla en la mesa y abrirla. Pelusilla se molestó por no haberle saludado y se subió sobre la caja para llamar mi atención. El jodido felino era lo más inoportuno del mundo, solía pasar de mí siempre que yo no tuviese nada que hacer, incluidas las dos o las tres de la mañana, que era cuando se le antojaba buscar fantasmas por la casa y ponerse a correr como si estuviese poseído, haciendo que me acordase de toda su raza.

Como pude lo aparté y quité el precinto al cartón. En su interior había otra cajita negra atada con una cinta roja. Pensé que los del juego se lo estaban trabajando bastante, lo cierto era que causaba una emoción enorme ir averiguando cada próxima aventura. Otra carpeta marrón, una nueva extraña pieza de puzle y, en vez de una llave, en esta había unas fotos de lo que distinguí era la entrada de una vivienda con jardín, junto con los planos de una casa de una planta. En el dossier estaban escritas unas instrucciones:

La víctima

Físico: Hombre adulto, de complexión robusta, altura 179 centímetros.

Carácter: Temperamento fuerte, agresivo y huraño.

Fobias: Pánico a los reptiles.

Peculiaridades: Costumbres y horarios fijos. Sale de casa a las nueve de la mañana y regresa a las siete de la tarde de lunes a sábados, los domingos no se mueve de su casa.

Secretos o deseos cuestionables: Es manipulador y extorsionador. Está acusado de malos tratos por su exmujer, con la que tiene una orden de alejamiento en la actualidad, además de haber recibido denuncias por abusos sexuales y vejaciones a compañeras de trabajo.

Pasos a seguir:

Forma de reducirlo.

¿Cómo asesinarlo?

Manera de deshacerse del cadáver.

Una vez se tenga claro todo lo anterior, se pedirá una puesta en común en el grupo para hablarlo con los demás y deliberar cuál de todas las opciones sería el crimen perfecto. El primero en llegar a la conclusión y que aporte más al conjunto irá obteniendo pistas en las próximas cajas. Suerte y que gane la mente más retorcida.

Tenía que reconocer que aquello me estaba empezando a gustar bastante. Con un poco de nostalgia saqué de debajo de la cama mi pizarra psicópata, como yo la llamaba, y la llevé al salón. En aquel trozo de madera fue donde comencé a proyectar las tramas de mis libros, la mayoría de las veces no me valía tan solo con hacer una guía previa o dibujar las escenas para tenerlas más claras. Mis novelas comenzaron a ser más liosas y necesitaba tener algo visual delante de mis ojos para poder centrarlo todo, por consiguiente, compré este enorme pizarrón y, como si del verdadero detective de mis libros me tratase, iba construyendo las escenas de los asesinatos. Quité las fotos que tenía todavía pegadas de mi último fracaso literario, sin mirarlas demasiado para no hundirme yo misma en la mierda, las hice una gran bola y las tiré en la atestada basura, de aquí a nada mi piso comenzaría a oler igual que el de Ágata. Estaba tan nerviosa que necesitaba comenzar con todo aquello con la cabeza lo más lúcida posible, necesitaba ganar. Por muy estúpido que pareciese ese juego estaba devolviéndome las ganas de vivir.

Colgué la pizarra en su correspondiente cáncamo en la pared del salón, frente al ordenador, donde se llevó tantos años que incluso las paredes habían hecho un surco más amarillento a su alrededor, dejando constancia de la importancia que aquella pieza tenía en la casa al igual que si de un cuadro familiar se tratase. Me duché, me puse ropa cómoda e hice algo que incluso a mí misma me sorprendió; abrí las persianas dejando que el aire limpio oxigenase la estancia. No pude evitar asomarme a los grandes ventanales y comprobar que el mundo continuaba en movimiento en el exterior. La tienda de Johanna estaba abierta, los gatos maullaban y los niños de abajo gritaban y berreaban como cada tarde. Me hice un café de tamaño industrial, encendí el ordenador, enchufé la impresora y fui analizando cada dato que se me había facilitado. Era como escribir una novela, tan solo que con las directrices de otro cerebro, para mí eso de que me facilitasen la mitad del trabajo suponía que yo tan solo tendría que hacer un esfuerzo mínimo.

Descargué e imprimí una foto, de un banco de imágenes gratuitas, en la que salía un hombre con las características de la víctima y la coloqué en la pizarra, en la parte central arriba del todo. Debajo de esta las que me habían proporcionado de los planos de la casa y de la entrada. A continuación, fui analizando cada punto débil del inmueble y así encontrar zonas muertas en el interior para poder ejecutar a la víctima sin ser vista desde la calle. Lo de los horarios fijos era un punto a favor del asesino, sería más sencillo controlarlo de esa manera. El tipo me caía mal, lo de que le pegaba a la exmujer y que tenía denuncias por abusos sexuales hizo que se me revolvieran las tripas y pensase en el cerdo de Víctor. Por lo tanto, en mi cabeza, al que tenía que matar era a él y, sin ningún tipo de remordimiento por mi parte, continué elucubrando el plan perfecto que se merecía. Después de medio paquete de tabaco, tres horas haciendo cábalas y tachones en un cuaderno, más cuatro cafés, terminé con aquel desgraciado de la forma en la que se merecía.

Entré en el chat del ordenador, antes lo intenté en el del teléfono, pero en ese no se podía escribir, era tan solo para recibir notificaciones. Lo que me pareció curioso fue que no pudiésemos ponernos en contacto con el resto, pero que el inútil que hizo ese grupo no se diese cuenta de que, pese a que no dejase mandar ahí mensajes, si te metías en la información salían los números de teléfono de los demás. Le hice una captura de pantalla por si lo solucionaban o se daban cuenta. No sabía si montar alianzas externas me serviría en un futuro, aunque estuviese prohibido. No me caracterizaba por seguir las reglas. Ya habían pasado las doce de la noche y por un instante me planteé lo de escribir a esas horas. Sin embargo, si se trataba de gente tan aburrida como para meterse en un juego de estas características supuse que estarían despiertos.

—Buenas noches, quiero exponer mi escena del crimen —escribí expectante. La vez anterior no pude participar y en esta ocasión quería ser la primera en dar la respuesta correcta, aunque para este tipo de cosas dudaba mucho que hubiese tan solo una.

—¿Ya?! —exclamó Scully.

—Expón tu teoría y luego el resto tiene que ir viéndole los fallos si es que los hubiese —agregó Fumero.

—El tipo en cuestión me parece un miserable misógino, por lo que lo último que debería ver es como lo asesina una mujer. Así que le mandaría una sicaria. Si está divorciado, vive solo y tiene unos hábitos rutinarios lo más probable es que le guste el alcohol. En la casa no hay cierres que impidan acceder hasta la puerta de la vivienda, cosa que indica que también es una persona que piensa que nunca le puede suceder nada y que es superior al resto del mundo. Si ampliamos la fotografía del jardín se puede entrever un trozo del patio de sus vecinos y estos sí poseen de una alta alambrada que rodea su propiedad. En las ventanas tampoco hay rejas, el problema es que, al vivir en una urbanización, como parece ser, y al lado de una carretera la opción de colarse por la ventana no la he visto viable ya que; primero, pueden descubrirte y, segundo, el ruido alertaría a los que viven cerca.

»En resumen, yo le dejaría en la puerta de su casa, el sábado por la tarde, una caja con una botella de *whisky* y una nota en la que pusiese que una amiga de hace años quiere ir a hacerle una visita. En el alcohol le metería dos pastillas de sildenafil, lo justo para conseguir atontarlo y que abra la puerta. Una vez dentro lo llevaría hasta el dormitorio, este tiene una sola ventana que da a la pared de la casa contigua, hay muy pocas probabilidades de ser descubierto ahí. En cuanto se consiga estar dentro habría que llevar al individuo hasta la cama y allí administrarle tres pastillas más para provocar un ataque al corazón. Sería un asesinato limpio, sin que requiera de alguien extremadamente fuerte y, según cuando sea encontrado, podría ser dictaminado como ataque cardíaco y que no hubiese ningún tipo de investigación —relaté, como si le estuviese planteando alguna de mis escenas a Alonso, cuando este me escuchaba.

Nadie dijo nada en un minuto que se me hizo eterno. Creo que fue la primera vez que me mantuve frente a una pantalla tanto tiempo sin pestañear y casi sin moverme. Por fin el sonidito de un nuevo mensaje salió por los altavoces.

—No conocemos el nombre de ninguna amiga que tenga interés en pasar con él el rato —recalcó Sepúlveda.

—¿Qué es el sildenafil? —agregó Andrea.

—Bueno, se puede hacer un pequeño trabajo de investigación antes y si no, tan solo bastaría decir que es alguien que lo admira por su trabajo o por alguna otra cosa —escribí sintiéndome muchos más insegura de lo que lo había hecho antes—. Andrea, sildenafil es Viagra. Si al sujeto le va la marcha veo un castigo divino que muera empalmado.

—¡Me encanta! —corrió a escribir, yo ya supe nada más leer el seudónimo que esa mujer y yo haríamos buenas migas. El problema era el tal Sepúlveda que me estaba minando la moral.

—Realmente no tengo nada que objetar, creo que es un plan perfecto, siempre que se supere la parte de la mujer desconocida —reconoció Sam dejándome un poco más tranquila.

—¿Y si por casualidad no bebe nada hasta que no llegue la que se lo regaló? —expuso Andrea.

—La sicaria debe aparecer tarde, el hombre se pondrá nervioso al esperar y abrirá la botella para tomar algo y así mitigar su inquietud —fui diciendo a medida que la idea se me cruzaba por la cabeza.

—Si no hay ninguna otra opción la caja queda cerrada. Se os dirán los resultados en unos días. El chat quedará en pausa hasta entonces —finalizó Fumero y, tras unos minutos sin que nadie alegase nada más, la pantalla del grupo se tornó negra.

El guiño

Estaba lo que se dice decepcionada. Creí que nos dirían algo esa misma noche y que sonarían campanitas o algo parecido por ser la primera en responder. Vale, era cierto que mi plan tenía alguna que otra laguna argumental y que, si se tratase de una novela, seguro que habría algún lector que lanzaría las mismas preguntas que Sepúlveda mientras lo estuviese leyendo y yo me acordaría de toda su familia unos mil millones de veces. Pero creía que, para ser una primera toma de contacto, no había estado mal.

Johanna me escribió para ver qué me sucedía y por qué salí corriendo de la tienda. No me apeteció nada en absoluto discutir ni tener otro frente abierto, aún no tenía claro si estaba enfadada con ella por mentirme, o conmigo misma por ser un fraude. Así que decidí no contarle acerca de mi descubrimiento y me limité a un «necesitaba ir al servicio». Tan solo le pareció chistoso y a mí me sacó del apuro.

A la mañana siguiente decidí cumplir mi promesa e ir a visitar a Ágata, me hacía un favor a mí porque estaba aburrida como una ostra y a ella porque la entretenía con mis locuras. A medida que fui bajando las escaleras el olor a gatos y a basura se me fue metiendo en la nariz, llegando al punto de conseguir que me diese una arcada. En la puerta de la vieja ya había otra persona aguardando que le abriese.

—¿Sabes dónde está?! —me rugió el regordete y calvo padre de los tres *gremlins* que vivían debajo de mí, a la vez que aporreaba la puerta como si se le fuese la vida en ello.

—Pues si no está dentro estará cerca dando de comer a las colonias de gatos como siempre. ¿Quieres algo?

—¿Que se mueran ella y esos sucios bichos que viven ahí! ¿No lo hueles? —chilló más fuerte que antes.

—Pues te confirmo que hay quienes pensamos lo mismo de tus queridos vástagos y no te decimos nada porque ya tienes suficiente con soportar tu existencia —le respondí sarcástica.

Vale, fue muy probable que me acabase de pasar tres pueblos con la comparativa, pero me tocaba la moral en grado sumo cada vez que se metían con la pobre anciana. Tendría que ayudarla a limpiar antes de que este energúmeno llamase a los servicios sociales o a la policía y le cayese una multa. El gordo se puso rojo como si fuese un gusiluz¹, me sacó una peineta al más puro estilo infantiloides y subió las escaleras dando pisotones. Se me acababa de iluminar la bombilla y ya sabía a quién se parecían sus criaturitas...

Salí del bloque y me puse a buscar a la anciana sin demasiado éxito, por lo que empecé a preocuparme. Ella no se alejaba demasiado y mucho menos desatendía a sus queridos mininos.

—Johanna, ¿has visto a Ágata? —le grité desde la puerta de la tienda.

—Buenos días, AC. ¿Has abierto las persianas de tu piso? ¿Estás bien? —contestó ignorando mi pregunta.

—Sí, necesitaba un poco de luz en mi vida, pero ¿no has visto a la vieja por aquí? —insistí procurando no enfadarme.

—Pues, si te soy sincera, hace algunos días que no la veo salir —contestó, provocando que su respuesta hiciese saltar mis alarmas—. Cierro un momento y te acompaño a buscarla.

—Coge una silla —le indiqué a medida que iba maquinando cómo entrar en el domicilio.

La ventaja fue que Ágata siempre tenía las ventanas abiertas y que vivía en un bajo, la mujer nunca puso rejas y tampoco las necesitaba. Nadie en su sano juicio se plantearía entrar a robarle. Todos los del barrio sabíamos que la mujer ganaba una mínima pensión y que se gastaba el dinero que tenía en el veterinario y en comida para sus felinos. Me parecía fatal que el ayuntamiento no le echase una mano para sufragar los gastos de las castraciones, no obstante, ella nunca demostró que eso le importase. Era por la mañana y la mayoría de los vecinos estaban en sus trabajos, tan solo recé para que nadie avisase a la policía y me denunciasen por allanamiento.

Coloqué la silla bajo la ventana que no tenía los cordeles para tender la ropa, y con la constante y nerviosa mirada de Johanna me subí e hice de mujer araña, como buenamente pude. Mi agilidad nunca fue lo que se dice mi mejor virtud, así que levantar la pierna lo suficiente e introducirla por el hueco fue toda una odisea para mis músculos. Desde abajo me venían las onomatopeyas de Johanna, era como si fuese ella quien se estuviese subiendo en vez de yo. Una vez que hube metido el pie me agarré al cristal de la ventana y tiré de mi cuerpo con todas mis fuerzas, demasiadas, cayendo en el suelo de la estancia justo donde había algunos areneros atestados de heces que se esparcieron por lo que venía siendo una cocina. Me incorporé rápido, me limpié y me tapé la nariz con la manga. El olor a orín era tan penetrante que parecía que me lo estuviese tragando en vez de inhalando.

Procuré respirar lo menos posible y llamé a Ágata, sin obtener mayor respuesta que la de algunos gatos maullándome mientras se rozaban contra mis piernas. Los comederos y los bebederos estaban vacíos y los animales me miraban como si mi única misión allí fuese proveerles de sus necesidades básicas. La puerta estaba cerrada. La abrí y una bofetada de un fétido ambiente cargado, junto con una nube de moscas y algunos gatos famélicos y

desesperados, que se habían quedado encerrados en el interior de la casa sin posibilidad de escapar, se dispersaron por el interior del domicilio. Anduve unos metros hasta llegar al salón. Hasta entonces era lo único que había visto del hogar de la anciana, porque es donde me sentaba con ella a ver la tele o a charlar, pero allí tampoco estaba. Pensé que el apartamento tendría la misma distribución que el mío, por lo tanto, me dirigí directa a lo que supuse que sería su dormitorio. Llamé a la puerta dos veces y aguardé, hasta que al final la abrí sin ni siquiera poder imaginarme la dantesca escena que iba a revelar esa apertura. Me giré y vomité en el pasillo. Los gatos que me habían seguido, desesperados por algo de alimento, aprovecharon esa dosis extra de comida y se lanzaron como locos a devorar mi regurgitado desayuno, provocando que la fatiga fuese aún mayor y tuviera que salir de allí corriendo, esta vez por la puerta principal.

—¿Qué te pasa? ¿Está ahí? —quiso saber Johanna, cuando me vio en la entrada intentando tomar algo de aire sin dejar de sostenerme el estómago. Es cierto que en mis novelas había relatado crímenes y que prefería ver documentales de asesinos en serie antes que películas moñas en las que chico conoce chica, pero fue muy distinto contemplarlo en persona.

—Llama a la policía —fue lo único que acerté a decir.

—¿Estáis bien? —Iván, el pintor del ático, salió del ascensor justo cuando yo huía aterrada del domicilio de Ágata.

—Ágata está muerta, la han asesinado —les informé a medida que las náuseas se mezclaban con la pena y me ponía a llorar desconsolada.

Me apoyé en la pared y la gravedad fue haciendo que mis piernas flaqueasen para terminar sentada en el suelo de la calle, con las manos sosteniéndome la cabeza para intentar ocultar mi llanto. Una vez leí que cuando rompes a llorar no lo haces solo por lo que te está sucediendo en ese instante, si no por todas las lágrimas que te has tragado en otras ocasiones y estaban aguardando el momento idóneo para salir, y eso mismo creo que fue lo que me sucedió. Iván entró en el domicilio y salió con el teléfono en la mano llamando a la policía. Cuando hubo terminado la conversación se sentó a mi lado y puso su mano en mi rodilla.

—No tardarán en venir, ¿estás mejor?

—Sí, lo está —respondió Johanna por mí, ocupando el espacio de acera que quedaba libre a mi otro lado.

—No comprendo quién ha podido hacer una cosa así. Ella no se metía con nadie. —Entonces recordé la conversación que acababa de tener con el gordo y mi cólera llegó a límites insospechados. Me levanté y subí las escaleras sin pensar siquiera lo que estaba haciendo, aporreé su puerta al igual que él hizo con la de Ágata tan solo hacía unos minutos sin que nadie saliese a responderme.

—AC, han salido, no están. Baja, vamos a tomarnos una tila o algo, ven —la voz de Johanna sonó dulce y tranquilizadora, supuse que eso se debió a que ella no había contemplado lo mismo que yo o no estaría con tanta parsimonia. La suerte acababa de brillarle al gordo, porque de haber estado apostararía que habría hecho algo de lo que me hubiese arrepentido más adelante.

Iván y yo nos quedamos esperando a la policía mientras que Johanna fue a por unas infusiones a su casa.

—¿Sabes algo que el mundo no sepa de esta señora? Sé que erais amigas, ¿hay alguien que hubiese podido querer hacerle daño? —me interrogó Iván.

—No creo que nadie en sus cabales sea capaz de hacer eso.

—¿Y si creyese que es un juego? —me preguntó sorprendiéndome justo cuando las sirenas avisaban que la policía estaba a punto de llegar.

Después de un rato dentro y de que precintasen la casa, continuaron apareciendo coches y una ambulancia. La multitud se fue amontonando en torno al precinto policial y a los coches oficiales. Nadie, a excepción de nosotros, sabía qué había sucedido para tanto alboroto. Aquella era una zona tranquila en la que casi nunca pasaba nada, mucho menos algo similar a esto. A las horas, sacaron una camilla con una bolsa negra cerrada. Uno de los policías se dirigió a nosotros y nos pidió que acudiésemos a la comisaría para declarar en el transcurso del día. Le pregunté qué sucedería con sus gatos y él se limitó a decir que vendrían de la perrera a recogerlos. Eso hizo que mi corazón se encogiese todavía más, la mujer adoraba a esos animales y si terminaban en un sitio así no tardarían en morir, cosa que no podía permitir.

—Johanna, busca los teléfonos de las protectoras y diles que vamos a llevarles unos gatos. Yo voy a buscar jaulas —le ordené, pero justo cuando me di la vuelta Iván me cogió del brazo.

—¿Sabes que no puedes entrar ahí a por los gatos porque la zona está precintada?

—Dejemos las cosas claras; no me conoces, no somos amigos, no creo que lo seamos y suelo hacer lo que me da la gana. Por lo que si quiero entrar cuando los maderos no estén presentes es mi problema —le respondí, siendo más desagradable de lo que lo había sido en mucho tiempo sin saber por qué.

Lo cierto era que el chico no tenía la culpa de nada, sin embargo, estaba en el lugar menos indicado en el instante

más inoportuno y le tocó sufrir mi carácter. Antes incluso de terminar de darme la vuelta para ir por la furgoneta ya me estaba sintiendo culpable por tratarlo tan mal, pero yo era así de estúpida la mayoría del tiempo y podría ser por eso por lo que estaba más sola que la una.

Mientras conducía a las protectoras a las que pudimos convencer de que se quedasen con algunos gatos para recoger las jaulas, la imagen de Ágata no se borraba de mi retina, era como si alguien hubiese estado practicándole una autopsia. Había leído, en mis muchas documentaciones para las novelas, que en algunos cadáveres se quedaba la última expresión que tuvieron al morir, que incluso continúan con las lágrimas en sus mejillas o que la pupila retiene a modo de fotografía velada el rostro de su agresor, tan solo que no tenemos los medios para realizar ese revelado. En la anciana el gesto de terror marcaba sus arrugas, los ojos abiertos junto con algo parecido a una mueca de dolor en sus labios fue lo que no conseguí quitarme del recuerdo. La sangre seca derramada en el suelo no era del color al que acostumbraba ver en las heridas recién hechas, por lo que creo que eso no me dejó tanta huella como todo lo demás.

—¿Estás bien? —me preguntó Johanna, que hasta ese instante había permanecido en silencio en el asiento del copiloto.

—No creo que vuelva a dormir en meses —confesé.

Cuando regresamos al piso, con la parte trasera de la furgoneta llena de trampas, encontramos a más de veinte gatos metidos en trasportines esperándonos en la acera, y a Iván al lado de ellos acariciando a una bonita gata tricolor.

—¿Y esto? —pregunté bajándome.

—Hablé con los maderos, como tú les llamas, y ellos trajeron de la perrera las cajas y me ayudaron a meterlos. Si me hubieses escuchado antes y no hubieras salido corriendo te habrías ahorrado el viaje. Están todos los que había en la casa y alguno más que se quiso meter para comer. El resto de la colonia que Ágata alimentaba podemos seguir teniéndola los voluntarios que queramos. Esta me la quedo yo que creo que se ha enamorado de mí —me explicó sonriendo mientras la gata le ronroneaba en el regazo.

No es necesario decir que me sentí como una completa idiota tras este acto de caridad por parte de mi vecino, después de lo cruel que yo había sido, así que metimos a los animales en el maletero y los llevamos a su nuevo hogar hasta que fuesen adoptados.

Lo siguiente que tuve que hacer fue ir a comisaría a testificar. Si me encontrase aún en mi época literaria llevaría un cuaderno para anotar todo y utilizarlo en alguna novela, pero el mundo de las letras hacía tiempo que no significaba nada para mí, a excepción de un horrible y doloroso nudo en el estómago del que no me podía deshacer.

¹ Gusiluz: Muñeco con aspecto de gusano y cara regordeta que se ilumina por la noche cuando le aprietas la barriga.

El segundo veredicto

Nos habían dicho que teníamos que ir los tres a testificar. Iván se marchó en su coche y nosotras en mi, ahora perfumada, furgoneta. En comisaría pensé que nos meterían como en las películas en una sala de esas con espejos y que un poli haría de bueno y otro de malo, nada que ver con la realidad. Mi decepción fue enorme cuando nos hicieron esperar en un pasillo lleno de papeles en las paredes, para después ir entrando a un cubículo acristalado que separaba las mesas de los agentes. Me tocó pasar en segundo lugar, uno de los guardias me fue preguntando de qué conocía a Ágata, cuándo fue la última vez que la vi y otras preguntas estúpidas normales y corrientes. Tampoco tengo claro lo que pensé que sería una declaración. El problema fue cuando llegó la pregunta de por qué accedí a la casa y si toqué algo. Mi respuesta sonó clara y sincera, tan solo temí que le hubiese pasado algo, era una mujer mayor que vivía sola con gatos. El policía pareció quedarse convencido con mi respuesta y nos dijo a los tres que estaría en contacto con nosotros por si pudiésemos ser de más ayuda.

Entrar en el bloque y no ver la ventana abierta de Ágata ni escuchar a los gatos me dio bastante pena, Johanna se empeñó en que pasase con ella el resto del día en la tienda, sin embargo, necesitaba estar sola. Tenía tres mensajes de mi madre en el móvil para que diese las pertinentes señales de vida a los que respondí con un simple: Estoy bien, me voy a dormir. Esa noche la música del vecino de abajo se escuchó más templada que nunca, los enanos monstruosos del gordo ya se habían dormido y la triste melodía de las notas acompañó mi estado de ánimo. Seguía sin comprender quién querría abrir en canal a la pobre anciana y, lo peor, el porqué. En las novelas siempre tenía que haber una pregunta que fuese contestada a medida que la trama iba avanzando, no obstante, en la vida real en ocasiones no se resolvían esas dudas y el malo a veces se salía con la suya.

Ya era lunes y continuábamos con la pantalla del chat del juego inactiva. Se me podría llamar macabra por querer seguir perpetuando crímenes literarios después de lo de la pobre Ágata, pero era lo único que mantenía mi mente alejada de la realidad. Entré en el grupo de mensajes del móvil, pero me habían echado y ponía que no podía publicar nada, así que me entretuve agregando los contactos de la captura de pantalla que hice. De todos tan solo dos tenían foto en el estado, el resto me salía el redondel en gris. En uno de ellos se veía la imagen de un cenicero con un puro a medio consumir en gris, pero el que realmente hizo que saltase del sofá fue el siguiente, este tenía un dibujo a lápiz de la puerta precintada de Ágata, estaba segurísima de que era la misma que tenía dos plantas más abajo.

Cuando el juego comenzó no me paré a pensar que pudiese conocer a alguno de los participantes, después de todo, no es que hubiese muchas posibilidades de que escogieran a personas del mismo entorno. Sin embargo, la foto era inequívoca y ahí entré en la tesitura de si seguir con la intriga o romper las reglas del juego y ponerme en contacto con esa persona. Mientras continuaba observando cada detalle de la imagen recibí un mensaje de Alonso con un enlace de una noticia para que la leyese. Al entrar lo primero que vi fue la fotografía de Víctor. En el artículo ponía que se había ido uno de los mejores agentes literarios del país y no pude evitar soltar una sonora carcajada. Por lo visto lo habían encontrado muerto en la cama de su domicilio y el funeral sería al día siguiente. No me alegraba por las desgracias ajenas, pero tampoco iba a ser la hipócrita que de pronto dijese que ese energúmeno fue una persona ejemplar en vida y mucho menos acudiría a su entierro.

El timbre de casa comenzó a sonar, cuando salí a ver quién se atrevía a llamar a mi puerta a esas horas de la mañana, tan solo encontré en el suelo otra caja que cogí rápido para, acto seguido, mirar a ambos lados sin encontrar a nadie. Entré corriendo y me asomé a la ventana para ver al repartidor, pero después de más de quince minutos nadie salió del bloque. Lo que sí me extrañó fue ver la tienda de Johanna cerrada, ella siempre estaba dentro antes de las nueve; las luces de la librería eran las primeras que se encendían en cuanto se apagaban las de las farolas de la calle. Muy a mi pesar, dejé la caja sobre la mesa y subí hasta su casa a ver si todo andaba bien, la empatía no era algo que me caracterizase, sin embargo, ella siempre se había portado bien conmigo y merecía un poco de atención por mi parte, para variar.

Después de un rato sin que contestase y que casi le tirase la puerta abajo, Johanna apareció con una bata de casa y una bufanda puesta.

—¿Estás bien? Vi la tienda cerrada y me preocupé.

—Creo que lo de Ágata me ha afectado más de lo que creía en un principio y no me encuentro con ganas de enfrentarme a la clientela. Sé que es mucho pedir, pero ¿podrías abrir tú hoy por mí? Sabes a la perfección cómo funciona la tienda y me harías un gran favor.

Ante esa petición nada normal en mi amiga, y viendo que tenía realmente mal aspecto, no pude negarme. Así que me bajé y estuve toda la mañana y la tarde aburrida, colocando los libros en las categorías que le correspondían y atendiendo a las madres que venían por algún material escolar para sus hijos. Detestaba que las novelas estuviesen

mal catalogadas y eso era algo que Johanna no terminaba de entender. Para ser sincera, creo que ella tan solo se había leído mis libros en toda su vida y desconocía el doble sentido de algunos títulos, con lo que los mezclaba como le daba la real gana.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la campanita de la puerta delató al siguiente cliente, que no era otro que Iván quien me miró un tanto sorprendido por verme detrás del mostrador.

—¿Qué tal la gata? —le pregunté después de unos segundos de incómodo silencio. Desde lo de Ágata no habíamos vuelto a vernos.

—Bien, le puse Ágata en honor a su dueña. Me trae un poco loco porque quiere beberse el agua de los vasos en los que enjuago los pinceles, pero la verdad es que hace bastante compañía. ¿Ahora trabajas aquí?

—No, solo ayudo a Johanna que no anda demasiado bien desde lo del otro día.

—¿Te has parado a pensar quién fue el que le hizo una cosa así a esa pobre mujer?

—Yo solo conocía de ella las historias que me contaba y en ninguna de ellas había ningún personaje que quisiese atentar contra su vida. Supongo que la policía nos irá informando si descubren algo más —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Quieres algo?

—¿Cómo?

—Que si venías a comprar algo o a ver a Johanna.

—Carbón.

—¿Para chimeneas o barbacoa? —respondí intentando hacerme la graciosa. Pero mi cara no acompañaba nunca a mis palabras, por lo que temo que se pensó que lo dije en serio.

—No, perdona, necesito carboncillos de pintar, se me han acabado —contestó un tanto dubitativo. Le enseñé la caja en la que mi amiga guardaba los lapiceros y él mismo cogió tres.

—No tengo ni idea de cuánto cuestan —mentí como una bellaca. De pronto la idea de que fuese él el del dibujo en el estado del móvil del juego se hizo presente en mi alocada mente—. ¿Me das tu número de teléfono y ya Johanna que te diga el precio?

—No te preocupes, siempre los compro aquí, pienso que hay que apoyar al negocio local y no a las grandes superficies —me informó, mandando al garete mi plan a la vez que dejó un billete de diez euros en el mostrador y se despidió con la mano.

Lo de ligar nunca fue lo mío y jamás le pedí un número de teléfono a alguien del sexo masculino. La realidad era que desde que terminé con Alonso no había vuelto a estar con nadie. Él ya me dejó bastante destrozada como para intentarlo de nuevo. Aunque suene a tópico, mi corazón funcionaba igual al que decía Asno en la película de *Sherk*, me consideraba una cebolla y tenían que ir quitando capas. El problema era que cuando eso sucedía me convertía en una persona demasiado vulnerable, y de esa debilidad se aprovechó Alonso.

Una de las cosas que no le perdonaría fue que al tiempo me enteré de que Quijano se encargó de mediar entre Víctor y su fiel amigo Rodrigo Díaz, para que mi moral literaria terminase en el subsuelo terrestre entre las capas de magma. Mi querido agente, Víctor, se encargó de que la editorial que me publicó las dos obras fuese la que dirigía Rodrigo Díaz. Este último tenía unos cincuenta años y era en quien delegaban la tarea de ayudar a exprimir a los autores nuevos, ingenuos y soñadores como fue mi caso. Recuerdo el día que Víctor rescindió mi contrato, Rodrigo estaba delante, por si ya fuese poca humillación oír que mis letras no valían ni para papel higiénico de los labios de una persona, tuve que escucharlo de dos lenguas viperinas distintas.

Después estaba la figura de la segunda en la empresa, era directora ejecutiva al igual que Rodrigo, pero ni pinchaba ni cortaba frente a los autores. Ella tan solo era la que se encargaba de poner el dinero y de seguir creyendo en el Ratoncito Pérez, la dulce Luisa Mayo. La mujer vivía en una completa realidad paralela en lo que concernía a la empresa, la que había heredado al morir su marido, quien junto con los otros dos eran el trío calavera de las letras en el país, teniendo casi monopolizadas las plumas nuevas, e igual de malas personas los tres. No obstante, las pocas veces que me crucé con Luisa la percibí como una mujer entrañable. Posiblemente eso se debía a que nuestro primer encuentro fue en una gran librería del centro. Ella leía cuentos de la propia editorial a unos niños que, en un silencio sepulcral, escuchaban atentos las diferentes voces que brotaban de la garganta de la mujer. Esa tarde, cuando me quise dar cuenta, yo también andaba embelesada en una minisillita en la que no me cabía el trasero, oyéndola narrar las historias.

No obstante, he de reconocer que a medida que me fui topando más con ella dentro de la editorial hubo algo que no terminó de convencerme; siempre llevaba sus largos abrigos de piel, nunca entenderé cómo la gente se puede vestir con trozos de animales a los que han despellejado y criado en jaulas o robado de sus hábitats. Aunque sí es cierto que no cruzó conmigo más que los protocolarios buenos días y buenas tardes, mientras que con otros escritores del sexo opuesto la vi en la cafetería de abajo de las oficinas tomando café y riendo a carcajada limpia.

Estos siempre eran más jóvenes que ella. En más de una ocasión pensé si no se trataría de una viuda negra y ella misma terminó con la vida del desgraciado de su marido, haciéndose un favor tanto a sí misma como al mundo. Creo que ella, como mujer, podría haber dado la cara por mí e interponerse entre esos dos elementos. Johanna era mi único paño de lágrimas y a la que le contaba todo lo que me iba sucediendo, ella decía que Luisa era la cabeza pensante de la empresa, al igual que el malo del *Inspector Gadget*, el Doctor Gang, al que tan solo se le veía la mano y el gato mientras maquinaba sus maléficos planes. Ese símil siempre conseguía sacarme una sonrisa.

Cerré la tienda y me fui directa a mi casa, necesitaba abrir la caja que había recibido. Lo hice bajo la atenta mirada de Pelusilla, quien era incluso más feliz que yo cuando nos llegaban, porque aquí el desastre de persona humana que soy las dejaba tiradas por el salón y él se entretenía metiéndose dentro de ellas. Nunca comprenderé esa obsesión por las cajas. En su interior había otra negra cerrada con el lazo rojo, dentro de esta, un dossier con un diploma por haber superado la prueba y nada más. Mis expectativas de pasar una noche con la cabeza metida en la trama de un nuevo crimen se disiparon por completo. Miré la pantalla del ordenador, desde que comencé a jugar siempre lo tenía encendido y abierto por esa página, ansiosa por nuevos retos. No obstante, aquello seguía inactivo y yo necesitaba dormir para variar un poco.

El olor a café recién hecho se mezcló con el del amoníaco. De pronto me sentí totalmente desubicada, lo último que recordaba es que estaba en el sofá desilusionada por el diploma que me habían mandado, mirando la pantalla del ordenador y deseando que el chat volviese a estar activo, no obstante, ya no estaba en mi casa. Miré a mi alrededor y pude situarme en la de Ágata, no comprendía qué hacía allí. Una resucitada mujer entró en la estancia con dos tazas humeantes y se sentó a mi lado en el sofá, no podía comprender qué estaba sucediendo. Ella sonreía, yo llevaba unos guantes negros puestos que no había visto en mi vida. En el siguiente parpadeo, y antes de que pudiese preguntarle nada, todo se desvaneció y aparecimos en su dormitorio. Ágata estaba tumbada en la cama con la misma expresión de terror con la que la había visto la vez anterior, la diferencia es que se encontraba viva y su miedo era hacia mí. Miré de nuevo mis manos sin tener ningún tipo de control sobre ellas y me descubrí sosteniendo un afilado bisturí, con el que, sin ningún tipo de sororidad, me incliné a su lado. Con una mano le acaricié la frente y con la otra introduje hábil la punta afilada en su muñeca, haciendo un corte profundo que seccionase las venas para que se fuese desangrando. Levanté la cabeza y continué observando a Ágata, estaba despierta pero inmóvil, dos lágrimas corrieron por su arrugado rostro ladeado para ir a terminar en la almohada. No sentí nada, solo curiosidad. A los pies de la cama encontré un cuchillo más grande que cambié por el ensangrentado bisturí. En esta ocasión la idea era abrirle el pecho y comprobar si su corazón podía continuar latiendo una vez que estuviese al descubierto, como cuando le arrancas la cabeza a una cucaracha y su cuerpo sigue moviéndose un rato. Los ojos de la anciana se abrieron todo lo que pudieron y un pequeño susurro lastimero salió de sus resecos y blanquecinos labios. En el instante en el que hice la primera hendidura en la piel, apretando fuertemente el pecho con la punta del cuchillo, este se adentró, Ágata intentó un grito mudo que yo sí verbalicé por ella.

Tercera caja

Desperté chillando, sudando y con el corazón encogido. Me senté en el sofá y las lágrimas comenzaron a salir de nuevo, lloré más en esos últimos días que en años. Fue uno de los sueños más vívidos que había tenido, por un momento me sentí como si en realidad fuese yo la que le estuviera haciendo todas esas atrocidades a la pobre anciana. Pasado un rato, y sin lograr tranquilizarme, me planteé otra cosa que hacía mucho tiempo que ni se me pasaba por la cabeza. Todavía eran las cinco de la mañana, pero estuve totalmente segura de que no volvería a conciliar el sueño, por lo que me puse un pantalón de deporte, una sudadera, cogí los cascos inalámbricos y salí a la calle a correr. Necesitaba soltar toda esa adrenalina y miedo que embarga mi cuerpo y, sobre todo, la sensación de que algo se me estaba escapando. En la escalera me topé con uno de los amantes de la estirada señora letrada saliendo de su domicilio y fue un tanto vergonzoso para los tres.

Ni que decir tiene que después del tiempo que llevaba sin hacer ejercicio lo de correr me duró unos dos minutos, casi echo los pulmones por la boca, así que decidí continuar andando y no morir en el intento. Mientras caminaba hasta la playa para ver el amanecer escuchaba la melodía de Lindsey Stirling en el móvil. El sonido del violín tocado por esa mujer estaba convencida de que se debía parecer bastante a la música de los ángeles. Era de las pocas cosas que lograban tranquilizarme y la que nunca faltó en mi ordenador, acompañando el ruido de mis dedos mientras tecleaban una nueva novela. En este caso, tanto el aire fresco de la madrugada como la melodía me sirvieron para analizar con mayor frialdad la pesadilla que acababa de tener, porque a eso no se le podía llamar sueño precisamente.

La puerta de Ágata no estaba forzada, o yo no me hubiese tenido que colar por la ventana, así que eso podría indicar que ella conocía a su agresor. Por otra parte, la encontré tumbada en la cama, siempre se quedaba en el sofá, decía que era más cómodo dormir con los gatos allí y que de todas formas se iban a ir a su lado. En realidad, yo sabía que lo que le pasaba era que le gustaba otear los canales de publicidad que ponían por la noche. Verla trayéndome el café supuse que fue porque era lo que solía hacer cuando iba a visitarla, en lo que no me fijé cuando estuve fue si en el salón había vasos, ella nunca los dejaba por medio porque los gatos jugaban a las bodas griegas y se los rompían. En cuanto nos los terminábamos los llevaba al fregadero.

Sin darme cuenta, mi cerebro estaba formando la escena del crimen como si de la trama de uno de mis *thrillers* se tratase y, entremedio de mis conjeturas, sentada en la fría arena fue saliendo poco a poco el sol. Le tendría que preguntar a Iván si él se había dado cuenta de ese detalle, aunque de poco me servía si no tenía más datos. No obstante, ir recopilando todo lo posible me hizo sentir que no era una completa inútil y que estaba ayudando a Ágata de alguna forma.

En el portal me crucé con Johanna, que seguía teniendo un aspecto horroroso e iba con la bufanda hasta la nariz como si estuviésemos en pleno invierno en vez de en primavera.

—¿Estás bien? ¿Quieres que me quede en la tienda hoy? —le pregunté intranquila.

—Sí, estoy bien. No te preocupes, debo haberme resfriado con las corrientes de la puerta, la gente tiene la costumbre de abrirla y no cerrarla al salir. ¿Y tú? A esta hora es cuando te estás acostando muchas noches.

—Eso era en mi época de escritora —respondí añorando mis noches en vela—. Necesitaba despejar la cabeza.

Cuando se abrió la puerta del ascensor casi me como, literalmente hablando, a Iván que llevaba un montón de cajas, y ni él me vio con los bultos delante ni yo a él porque iba en mi mundo. Me detuve a tiempo de sostenerle la Torre de Pisa que acabábamos de formar.

—Perdona, no te vi —se disculpó—. ¿Cómo despierta a estas horas? —me preguntó extrañado. Ahí empecé a plantearme la imagen que daba al resto del vecindario y mi humor decayó.

—Salí a correr, lo hago muchas mañanas —mentí levantando la cabeza para que no se me notase que estaba a punto de reírme de mi propia farsa.

Lo esquivé y entré en el ascensor sin poder evitar aspirar el olor a perfume masculino que llenaba todo el habitáculo, y que hizo que mi cuerpo quisiese volver a recordar lo que era tener a un hombre cerca. Me sonrojé con mi propio pensamiento a la vez que veía cómo se cerraban las puertas, mientras Iván observaba divertido los cambiantes gestos de mi cara para, por último, ponerme colorada como termómetro a punto de explotar.

Al salir me prometí darme una ducha de agua fría y quitar esas cosas de mi mente, pero al llegar a la puerta de mi piso y ver otra caja allí en el felpudo, aguardándome, mis planes cambiaron de forma radical. Mis ojos se pararon en la pantalla del ordenador y el chat volvía a estar activo con un nuevo mensaje de Fumero que nos anunciaba que teníamos otro crimen que perpetuar. Era consciente de que saltar de alegría tras leer esas palabras no era de una persona demasiado cuerda, pero jamás afirmé que lo estuviese. Saqué la ya conocida caja negra del interior y la abrí

deseando poder leer el dossier que contenía. En esta ocasión había dos fotografías de lugares de la ciudad, que conocía a la perfección, por lo que eso podría darme algo de ventaja sobre los demás participantes. En una de ellas se veía la cafetería que estaba debajo de la editorial de Díaz y Mayo, y en la otra una de los más prestigiosos salones de belleza. A este acudían tan solo los que tenían billetes saliéndoles por las orejas, en él se hacían sesiones de todo tipo. Si soy sincera, siempre tuve curiosidad por entrar, pero mi presupuesto me lo impidió. Dejé las fotografías y una nueva pieza de puzle pintada en negro a un lado y leí en alto las nuevas instrucciones de la partida.

La víctima

Físico: Mujer adulta, de complexión delgada, altura 156 centímetros.

Carácter: Alegre, decidida, sin escrúpulos.

Fobias: A la pobreza y a envejecer.

Peculiaridades: Viuda negra; ha asesinado a dos de sus maridos para obtener su fortuna y en ningún caso se la ha acusado.

Costumbres: Desayuna de lunes a viernes en la cafetería de la fotografía. Vive en una casa con vigilancia y guardia de seguridad. Viaja siempre con chófer. Acude dos veces a la semana a hacerse sesiones de bronceado y sauna en la clínica de la segunda fotografía.

Pasos a seguir:

1. Lugar más idóneo según sus costumbres.
2. ¿Cómo asesinarla?
3. Forma de que parezca un accidente.

Una vez se tenga claro todo lo anterior se pedirá una puesta en común en el grupo para hablarlo con los demás y deliberar cuál de todas las opciones sería el crimen perfecto. El primero en llegar a la conclusión y que aporte más al conjunto irá obteniendo pistas en las próximas cajas. Suerte y que gane la mente más retorcida.

Coloqué las fotos en la pizarra y me puse a planificar los pros y los contras de las distintas posibilidades antes de que los demás se me adelantase. En esta ocasión ninguno de los participantes contestó al chat, creo que todos andábamos impacientes por comenzar esta nueva partida. Mi idea principal fue envenenarla con el café, pero el problema era cómo hacerlo sin que te viesen. Conocía ese bar a la perfección, allí había tenido infinidad de reuniones con Víctor y Díaz cuando pensaban que iba a ser una de las nuevas escritoras del año, cosa que luego nunca sucedió.

En la entrada había dos cámaras y en la barra, cerca de la caja registradora, otra que, según su altura y posición, estaba segura de que apuntaba tanto al cajón con el dinero como a las mesas en las que se encontraban los clientes. Así que la opción del bar era más bien complicada. Sorprenderla en su domicilio todavía sería más difícil. Sin embargo, a la hora de llevarlo a cabo el que fuese a ejecutarla lo tendría bastante enredado o descendería como mínimo de las *Tortugas Ninja*, así que la casa quedaba descartada. Una bomba en el coche me pareció demasiado *heavy*, al igual que usar la elección del francotirador. Nunca me gustó utilizar ese tipo de recursos en mis manuscritos, los veía muy de película y mi idea siempre fue que el lector pudiese llegar a creer que lo que estaba narrando podría suceder en la realidad. Francotirador descartado también. Me quedaba la opción del balneario, *spa* o como se llamase aquel lugar. Así que comencé a investigar un poco más sobre lo que aquel centro de belleza ofrecía, a ver si de ahí me podía salir el crimen perfecto, esta vez sin que el resto pusiese ningún tipo de objeción.

El teléfono fijo comenzó a sonar demasiadas veces como para que pudiese concentrarme en condiciones, así que finalmente me tocó responder la llamada y dar signos de vida a mi madre. Por lo visto la noticia de Ágata había salido en el telediario y ella andaba más asustada de lo habitual. Su idea era venirse conmigo unos días o que yo me fuese con ellos. Ninguna de las opciones me hizo gracia, quería a mi madre, pero la convivencia entre nosotras era imposible, por lo que mejor verla a ratitos y todos tan felices en sus casas. Decliné la oferta como siempre, mintiendo. Al final tendría que usar una pizarra, pero para anotar todas las excusas que le ponía al mundo porque mi neurona no daba para mucho. Le juré y perjuré que Johanna se había venido a vivir conmigo una temporada porque le daba miedo estar sola. Después de más de media hora logré convencerla y dejarla tranquila, hasta el día siguiente que volvería a llamar y a inventar alguna otra forma de llevarme de nuevo bajo su ala.

Cuando colgué me encontraba demasiado cansada mentalmente como para continuar con el reto, sin embargo, al mirar la pantalla y ver un montón de letras se me vino el mundo abajo. Alguno de los participantes ya respondió y

yo no me había enterado de nada gracias a mi santa progenitora, por no llamarla de la forma que tenía en la cabeza en ese instante. Leí rápido toda la conversación, el primero en hablar fue Sepúlveda:

—Creo que la mejor forma de matar a la Viuda Negra es mientras esté en el bar. Es el sitio que frecuenta y en el que se la puede envenenar con más facilidad. Yo me haría pasar por un camarero y le echaría una dosis letal de cianuro en el café. A continuación, me iría de allí sin que nadie lo notase porque estarían distraídos con la muerte de la clienta.

—¿Y cómo conseguirías cianuro? —continuó Andrea.

—Dicho veneno se encuentra en los matarratas o en droguerías. Si lo mezclas con el zumo o el café mitigas su sabor amargo y a los pocos minutos provocará vómitos y la muerte —le explicó el concursante.

No obstante, yo sabía que eso tenía unas taras tremendas porque ya lo había usado en alguna novela. El cianuro se podía detectar en un cadáver si al abrirlo tiene la sangre de un rojo brillante, además, también se podía detectar si se les hacen las pruebas pertinentes a distintos órganos y desprende un olor a almendras amargas, por lo que la investigación seguiría su curso. Continué leyendo y mordiéndome las uñas porque necesitaba hablar ya, pero también tenía que terminar de ver qué habían argumentado los demás.

—Esa clase de venenos tienen la leyenda urbana de ser irrastreables, pero no deja de ser un mito y descubrir las causas de la muerte es algo sencillo. Además, en esa cafetería en concreto tienen una instalación de vigilancia puesta las veinticuatro horas por lo que sería fácil atar cabos y descubrir al asesino —contradijo Sam, mientras yo saltaba sentada en el sofá y gritaba sola como las locas. ¡¡*Touché!*!

—Yo le pondría una bomba en el coche —soltó de pronto Scully, provocando que me diese un ataque de risa por lo brutita que era la pobre mía. Le hubiese contestado que mejor una abducción alienígena, pero no tenía la suficiente confianza y quería que me tomasen en serio.

La conversación se había quedado ahí, disponía de pocos minutos o segundos para terminar de planearlo todo y argumentarlo en el grupo. El problema era que estaba nerviosa y mi cerebro no funcionaba bien bajo presión. Volví a mirar las fotos que tenía enfrente, entré rápidamente en la web del salón de belleza y analicé todas las opciones viables hasta que, por fin, lo vi todo demasiado claro, tétrico de narices, pero genial.

—En el salón de belleza —escribí esas simples palabras antes de que nadie se me adelantase.

—En ese sitio sí que es imposible porque siempre hay empleados con los clientes —alegó Andrea sacándome una sonrisa maquiavélica.

—La Viuda Negra, como la llamó el compañero Sepúlveda, acude dos veces a la semana a una sesión de bronceado. En ese lugar se usan cabinas horizontales, está de un cuarto de hora a veinte minutos sola en una habitación poniéndose morena —escribí.

—¡¿Y pretendes freírla a modo huevo?! —exclamó Scully.

En ese momento amé a esa mujer por las ocurrencias tan locas que tenía. No servía de nada, pero me encantaba que formase parte del grupo.

—No, Scully, eso ya lo anda haciendo ella solita —ironicé sin poder evitarlo antes de continuar—. He estado estudiando a fondo el lugar y son de los que lo mismo imparten *Reiki*, que dan masajes con los pies o que practican las sesiones de *apiterapia*. Una persona no alérgica puede morir con varias picaduras de avispas. He calculado que eso serían unos 10 miligramos de veneno de himenópteros. Los animales suelen estar encerrados a oscuras y la luz de la cabina UV los atraería si están a menos de cuatro metros. Lo único que hay que hacer es bloquear las barras laterales de apertura total de la máquina de bronceado y soltar en el cubículo a las avispas, a los quince minutos las picaduras le producirán un *shock* anafiláctico.

—¿Cómo se puede liberar a los insectos sin que nadie te vea? —preguntó Sepúlveda.

—Haciéndote pasar por una clienta más. He descargado los planos del local, los tienen colgados en su web para fardar de las múltiples opciones que ofrecen a los que puedan permitirse ir a ese sitio. El de las avispas está al lado de las cabinas de bronceado. No sería complicado coger una de las cajas, soltarla mientras la mujer reposa dentro y cerrar la puerta. Además, tengo entendido que cada salón está insonorizado para mantener la privacidad de sus clientes debido a cierto tipo de masajes, no demasiado ortodoxos, que realizan y en los que se podría escapar algún sonido que otro no deseado. Así que puede gritar lo que quiera que nadie la oirá.

—Es genial —me aplaudió Sam, ruborizándome en la distancia.

—Me quito el sombrero —agregó Sepúlveda.

—Macabramente espectacular —añadió Scully.

—Lo veo viable —comentó Andrea.

—La caja queda parada. Al igual que la vez anterior estad atentos a futuras instrucciones, diplomas, nuevas pistas, premios o retos. Después de analizar bien el plan que AC ha trazado os diremos si la caja se ha cerrado de forma

satisfactoria —finalizó Fumero, cerrando de nuevo el chat, dejándome a mí con la adrenalina por las nubes. La misma que necesitaría la Viuda Negra de forma urgente si le picaban la mitad de las avispas de la caja.

Espectros del pasado

Tení a que reconocer que volver a sentirme segura de mis indagaciones y crear tramas me hacía feliz como una perdiz. Recordé que me había olvidado por completo de un manuscrito a medio terminar. La historia era buena, o al menos eso creía. Johanna fue mi lectora cero y se enfadó mucho cuando decidí dejarla. Se trataba de un thriller paranormal en el que su protagonista recibía mensajes de un fantasma mientras dormía e iba sintiendo en cada sueño lo mismo que le fue pasando a la otra persona en vida. Curiosamente, parecido a lo que me sucedió la otra noche con el asesinato de Ágata y que había vuelto a mi cabeza en cuanto se me terminó el juego. Abrí el documento y me puse a escuchar el borrador, la opción de que el programa te lo narrase en alto, con voz de máquina tartamuda, eso sí, me ahorra el tener que estar sentada delante de la pantalla. Me tumbé en el sofá y me limité a escuchar las palabras que yo misma había escrito y que ya casi ni reconocía como propias.

Abrí los ojos y me quedé un poco sorprendida al ver los colores anaranjados del cielo que indicaban que la luna estaba preparada para sustituir al sol. Cuando miré la hora comprobé que había dormido más de lo que imaginé en un principio, ahora me quedaba toda una noche en vela y un cambio de horario divertido. Me asomé para ver si podía ir un rato con Johanna. Me extrañó ver la tienda cerrada sin que fuesen las ocho, pero en la mañana no se la veía demasiado bien, luego le mandaría un mensaje. Puse la televisión para que hubiese sonido de fondo, detestaba el silencio, desde que no estaban los gatos maullando por las noches parecía que faltase algo. Con los pies encima del respaldar del sofá miré de nuevo los dos contactos que tenían fotografía de los que guardé del grupo del juego. Sabía que no debía hablarles y no estaba segura de si alguno de ellos era el de Fumero, por lo que hacerlo podría suponer mi descalificación y que mis días volviesen a estar vacíos. No obstante, que tuviese el dibujo de la puerta, aún precintada, de Ágata hacía que me carcomiera por dentro. Escribía un mensaje y lo borraba, así estuve unos diez minutos hasta que Pelusilla se tumbó sobre mi estómago y me miró como si estuviese igual de enfadado que siempre.

—Pelusa, ¿lo mandó? —le pregunté al gato—. ¿Qué hacemos? —insistí esperando que me sirviese como un extraño oráculo felino. Entonces el animal me maulló, empezaba a pensar que en su idioma eso significase «dame de comer y déjate de tonterías», pero yo me lo tomé como me dio la gana y le di a enviar.

—¡Hola! Bonito dibujo —le escribí esperando que me contestase. No sabía qué ponerle porque tampoco estaba segura de con qué participante estaba hablando. Lo único que sé es que los minutos hasta que respondió fueron igual de largos que lo que tarda una lavadora en terminar y a posteriori poder abrir la maldita puerta.

—¿Sabes que no podemos hablar entre nosotros? —me preguntó. Ahora estaba casi segura de que acababa de meter la pata, para variar.

—¿Siempre sigues las reglas? —dicen que no hay mejor defensa que un buen ataque y ese era un mantra que tenía grabado a fuego tanto en mi vida como en mis escritos, por lo que usarlo me pareció lo más acertado.

—Me gustan tus libros —soltó de pronto, cambiando de tema y cogiéndome por sorpresa. El corazón me latía a mil por hora, era lo más divertido e intrigante que me había pasado en años. Estaba igual de nerviosa que si fuese de nuevo una adolescente y supiese que estaba haciendo algo malo.

—¿Me has leído? —pregunté haciendo alarde del ya conocido ego del escritor. Todos los que juntamos letras lo tenemos, aunque pocos lo reconozcan. Nos encanta hablar con los lectores que casi siempre se saben mejor nuestras obras que nosotros mismos.

—Por supuesto, eres buenísima. Por cierto, genial el ataque de las avispa, jamás se me hubiese ocurrido, es una escena del crimen genial. Aunque tengo que decirte que yo sí he estado en ese salón de belleza y te ha fallado algo —me informó, eso último comenzó a hacerme dudar si me estaba confundiendo y en mi cerebro se había dibujado erróneamente la figura de un hombre con el rostro difuminado, con el que comenzaba a tontear. ¿Y si se tratase de una mujer?

—¿Y se puede saber cuál es ese fallo?

—Frente al local hay un banco con un cajero fuera y desde ahí se podrían sacar las imágenes del que entra o sale del negocio —alegó.

Reconozco que era algo rebuscado, pero que en el fondo tenía razón. Si se pusiesen a investigar en condiciones podrían sacar de esa cámara las imágenes del día de la muerte de la Viuda Negra.

—¿Por qué no lo dijiste en el chat?

—Porque dentro de las posibilidades que nos dieron la tuya era la más verosímil a la hora de llevarla a cabo en la realidad, por lo tanto, me pareció la más acertada —argumentó, siendo lo más coherente que había leído en mucho

tiempo, siempre que no se tuviese en cuenta que el tema a tratar era la mejor forma de terminar con la vida de otra persona.

—Estoy en desventaja y no me parece justo —me quejé, tirando el anzuelo a ver si conseguía sacarle el nombre.

—Lo sé y me resulta bastante divertido —confesó—. Te dejo que me hagas dos preguntas, siempre que en ninguna de ellas tenga que revelar mi identidad.

—¿Eres hombre o mujer? —La primera pregunta la tuve clarísima, aunque no podía estar segura de que me dijese la verdad, algo en mi interior me dijo que lo haría.

—Soy un hombre, supuse que esa ya la tendrías clara. ¿Siguiente pregunta?

—Esa me la guardo para más adelante, la dejaré como si fuese el comodín extra. —Necesitaba saber quién era y tan solo tenía una oportunidad para preguntar, pero nadie dijo nada de seguir conversando en alguna otra ocasión. Además, me gustaba el juego de la incertidumbre.

—Perfecto, entonces. Nos vemos en la siguiente caja y que gane la mente más retorcida de todos. Un beso, AC, descansa.

No respondí nada más, aunque me moría por seguir hablando con él. Se sentía interesante y seductor, me imaginé su voz como si fuese un locutor de radio; el problema era que esos tienen una voz preciosa y sugerente y luego su aspecto físico no suele concordar con lo que una se imagina que serían.

Sin darme cuenta mis dedos comenzaron a teclear como locos, palabra tras palabra proseguí con la historia que tenía olvidada desde hacía tanto tiempo y, lo más sorprendente de todo, fue cómo me sentí al recordar lo que es concederles vida a los protagonistas y provocar que rían, lloren o, incluso, mueran. Estuve inmersa en la escritura como antaño. Mientras el mundo soñaba, yo creaba un sueño.

A la mañana siguiente desperté feliz, más de lo que lo estuve en meses. Me duché, me vestí y subí a ver a Johanna, ya que mi autopromesa de preguntarle cómo se encontraba cayó en saco roto después del troteo con el misterioso participante. Al salir escuché en el descansillo de las escaleras jaleo en el bajo. Lo primero que pensé fue que alguien estaba entrando en casa de Ágata y casi volé por los escalones saltándolos de dos en dos. Efectivamente, sí que había gente en el domicilio, pero se trataba del policía que me dio su tarjeta por si le podía ser de más ayuda. Me quedé en la puerta abierta, detrás de la cinta y le di un improvisado «buenos días», como si todo fuese un encuentro casual y no estuviese a punto de morir por falta de oxígeno tras la carrera.

—Buenos días, señorita Catalina —respondió cortés eliminando mi nombre de la frase.

—AC —le corregí intentado no ser demasiado desagradable—. ¿Hay alguna novedad en el caso?

—Señorita AC, sigue siendo un caso abierto de homicidio y no puedo revelarle ninguna información.

—Cierto, disculpe. Ágata era una mujer dulce que no le hacía daño a nadie y no soportaría que su crimen quedase impune.

—En cuanto pueda decirle algo no se preocupe que será la primera persona en saberlo. De todas formas, ya que está aquí, me ahorrará subir a verla. Está citada mañana ante el notario y le traía yo la notificación, al ser uno de mis casos quería estar enterado de todo lo que sucediese, así que le hice el favor al compañero de entregarle el papel, ya que me dirigía hacia aquí.

—Papel, ¿de qué?

—Por lo visto la difunta le ha dejado algo en herencia y es hora de que lo recoja.

—¿A mí? No sé qué será, pero aún no ha sido enterrada. ¿No se supone que sin saber qué pasó no se puede hacer eso? —La noticia me cogió por sorpresa y no supe cómo reaccionar.

—No, una cosa no tiene que ver con la otra. Lo que me resulta curioso es que sea precisamente usted la que más interesada está en los detalles de su muerte y a la que el notario avise para la lectura del testamento —argumentó en alto, sin que pudiese terminar de racionalizar lo que estaba sugiriendo entre líneas.

—¿Se me acusa de algo, inspector? —le pregunté cambiando mi tono cordial a uno mucho más agresivo. No podía ni tan siquiera imaginar que a nadie se le pasase por la cabeza que yo le hubiese hecho una cosa así a Ágata o a cualquier otro ser vivo.

—Tengo entendido que escribe libros sobre asesinatos, no sería la primera que ha confundido la ficción con la realidad —continuó, dejándome de piedra—. Es broma, mujer —interpretó la peor sonrisa fingida de la historia, me cedió el papel para que lo firmase y se fue cerrando de nuevo la puerta del apartamento.

Detrás de mí escuché movimiento dentro del almacén, el mismo que seguramente pertenecía a Johanna, así que entré, aún con la cabeza algo perturbada tras las acusaciones veladas que me acababa de proferir el inspector. El piso que estaba frente al de Ágata era casi diáfano, tan solo tenía dos muros de carga dividiéndolo, para que así cupiesen más trastos, que en definitiva era lo que solíamos guardar allí. Las luces eran bombillas que colgaban de sus respectivos cables y la mitad de ellas estaban rotas o fundidas por golpes con los muebles. Anduve siguiendo los

sonidos hasta llegar a la última partición, en la que se encontraba mi amiga, afanada en subir una caja casi más grande que ella encima de un viejo congelador.

—¿Te ayudo? —pregunté dándole un susto considerable.

—¡AC! —gritó soltándola y esparciendo el contenido por el suelo—. ¡Dios, casi me matas de un infarto! ¿Qué haces ahí escondida?

—Primero, no estaba escondida. Oí jaleo y pensé que serías tú, y segundo, no soy un jodido gato para llevar cascabel y alertar de mi presencia —le chillé, cargando contra ella toda la furia y frustración que me había reprimido minutos antes.

—¡Ey! ¿Estás bien? —quiso saber, pisando los bártulos del suelo dirigiéndose hasta mí. Al contrario que cualquier otra persona hubiera hecho, después del señor berrido que le di, ella se preocupó y se acercó a consolarme—. Salgamos de aquí, te invito a café y me cuentas.

—¿Y las cosas? —inquirí, señalando la caja.

—Estoy segura de que no se van a mover de ahí. Ya vendré luego. Hoy me encontraba mejor y bajé a buscar algo para cambiar la decoración del escaparate.

No abrí el sobre del notario hasta que no me hube tomado un café cargado, fumado tres cigarros y contado a Johanna todo. Ella se quedó aún más molesta que yo con la muda incriminación en el asesinato de la anciana. Pese a que se ofreció repetidas veces para acompañarme a las seis de la tarde al notario, preferí ir sola. No sin prometer que en cuanto llegase entraría en la tienda para comentarle qué había pasado.

No tenía ni idea de cómo tenía que acudir a la citación, era la primera vez en mi vida que asistía a la lectura de un testamento. Cuando se moría alguien en la familia mis padres y el resto de mis tíos se ocupaban de todos los trámites burocráticos, que a mí tanta pereza me daban. Después de algunos cambios de ropa decidí ir con unos vaqueros y un jersey de entretiempo. Cuando llegué a la ubicación indicada me esperé en una sala que olía a madera antigua y a polvo, con sofás de piel de los que tienen botones para ceñirlos y gigantescas estanterías de libros de abogacía. El suelo de mármol tan solo hacía que la seriedad del lugar se acrecentase aún más y le concedía al conjunto mayor frialdad y austeridad. A los pocos minutos de esperar ya no sabía qué hacer, no me pareció bien sacar el móvil y ponerme a husmear las redes en un momento, pese a que esos sillones tan solo estuviesen hechos para ser observados, aguanté estoica; al nada de estar sentada en ellos el culo comenzaba a dormirse y te sentías abducida para atrás quedando con los pies en alto como los niños pequeños. Decidí ponerme a leer los títulos de las estanterías para matar el tiempo, cuando la puerta se abrió y entró Iván acompañado de la secretaria que me había metido a mí allí.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunté extrañada al verlo.

—Supongo que hemos recibido la misma notificación para estar presentes en la lectura del testamento de Ágata —respondió, encogiéndose de hombros a la vez que la mujer regresaba a buscarnos para llevarnos a la sala donde aguardaba el notario.

El hombre estaba sentado tras una gran mesa de roble que le venía demasiado grande para lo pequeño que era. Tan solo había dos sillas frente a él, por lo que cada uno ocupamos la nuestra. Antes de que el notario comenzase a leer no pude evitar preguntarle si vendría alguien más, a lo que contestó que éramos los únicos beneficiarios. Agarré un pañuelo de papel entre las sudorosas manos y escuché atenta todo lo que fue diciendo. El problema fue que a medida que ese hombre hablaba yo lo escuchaba como a cámara lenta y de sus labios tan solo salían palabras que no logré comprender, en parte debido a mis nervios y en otra a que estaba usando tecnicismos hasta que llegó a la parte tan cineasta en la que contaba que el albacea de Ágata había sido el encargado de ratificar sus últimas voluntades.

—Hallándose en pleno uso de sus facultades mentales, me exhibe y me entrega un sobre cerrado que lleva impreso en lacre rojo un sello con las iniciales A.M. y, al hacerlo, dijo de viva voz que: Dentro del mencionado sobre sellaba su testamento, haciendo constar que todo en él va escrito de su puño y letra, que es su deliberada y última voluntad y que desea que, luego de cumplidas las solemnidades exigidas para que fuere y valiere como testamento cerrado, quedase para su custodia en poder del autorizante. A continuación, procedo a abrir el sobre delante de... —El notario se detuvo, con los DNI de ambos en la mano, aguardando a que nos identificásemos nosotros, antes de proseguir la lectura. A esas alturas sobra decir que casi no recordaba mi nombre. Mi acompañante dijo en alto el suyo completo y los dos se me quedaron mirando unos segundos hasta que reaccioné y formulé el mío. Me pareció oír una risita socarrona de Iván al descubrir cómo me llamaba en realidad. El notario repitió los nombres y añadió—: Les dejo mi piso ubicado en la calle Mariana Pineda número 183, bajo derecha, totalmente libre de cargas. Así mismo, les insto para que se encarguen de buscar un buen hogar a todos los gatos que cuido. Fin del testamento —concluyó, dándonos a cada uno una llave de lo que imaginé sería mi nueva propiedad compartida.

Iván y yo nos miramos igual de estupefactos sin saber qué decir. Firmamos los papeles y nos marchamos juntos

dando un paseo. Fuimos andando rápido, procurando evitar los incómodos silencios de dos personas que son casi unas completas desconocidas y que, de repente, tienen un apartamento a medias. No pude evitar mirar de soslayo su sonrisa, era de las pocas veces que lo había visto sonreír y, además, me percaté de que tenía una curiosa forma de andar, daba pequeños y saltarines pasitos. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y con la luz dándole en la cara parecía uno de esos musos que mis compañeras de letras tanto utilizaban para inspirarse cuando escribían.

Cuarta caja

Mientras caminábamos fui pensando en distintas conversaciones para romper el silencio que se había instaurado entre nosotros, sin que se me ocurriese nada que mereciese la pena. Me limité a andar con la vista clavada en el suelo hasta que fue él quien pronunció algo que, en un principio, supuse que ya sabría.

—¿Ágata no tenía más familia? —me preguntó cuando llevábamos recorridos unos cuantos metros sin decir palabra.

—No, ella me contó que estuvo enamorada de un hombre, pero que con los años descubrió que murió, así que desde que lo supo se estabilizó en el bloque y se dedicó a los gatos. No estaba al corriente de que contigo mantuviese tanto contacto como para nombrarte en su herencia, bueno... —titubeé avergonzada—, para ser sincera, tampoco la tenía conmigo.

—Yo solía llevarle el pan por las mañanas, demasiado temprano para que tú estuvieses en la calle —puntualizó—. La mayoría de los días me invitaba a café, pero siempre hablaba de sus gatos, me contaba si alguno tenía heridas o si hacía tiempo que no veía a otro y cosas así. Me daba pena y la ayudaba a pagar algunas facturas del veterinario o le mandaba pienso por mensajero para que no descubriese que era yo, no obstante, supongo que siempre lo supo —respondió, encogiéndose de hombros y dejándome bastante alucinada con su explicación.

El resto del trayecto, en vez de hablar acerca de lo que haríamos con la casa, nos dedicamos a charlar sobre la cacería de los felinos y la policía. Cuando llegamos a la altura del bloque Johanna ya se encontraba en la puerta de la librería, impaciente por oír lo que había pasado. Al vernos juntos frunció un poco el ceño en señal de extrañeza. Iván se quedó parado unos segundos con nosotras en la entrada y se despidió apresurado después de que le sonase una notificación en el teléfono.

—¿Has quedado con él para que te acompañe y a mí me dijiste que no? —gruñó incluso antes de que Iván hubiese pisado el portal.

Johanna era mi única amiga. Ella también estaba bastante sola, tenía un carácter demasiado extraño y, conjeturo que, ya que en su vida no me tenía más que a mí, podía llegar a ser bastante posesiva y absorbente en algunas ocasiones.

—¡No empecemos, que la de las novelas soy yo! Cualquier día de estos te veo de escritora fantasma con esas locas ideas que tienes. Además, es aún más fuerte que todas las historias que se te acaben de pasar por la cabeza. Te cambio la información por un café, una silla y un cigarro —la chantajeé sonriendo.

Hacía tiempo que no teníamos un rato de tertulia debido a todo el lío de la muerte de Ágata y de las cajas, de las que no le había hablado aún. Sin embargo, no creí que tardase en hacerlo, no me gustaba tener secretos con ella. Johanna sacó veloz el pago que le requerí y le fui contando la locura del notario y del piso. A medida que iba escuchando, los gestos de su cara fueron mutando desde la incredulidad al asombro, para concluir con una mueca de la que no fui capaz de descifrar el sentimiento. Finalmente, le enseñé la llave para que mi narración cobrase más verosimilitud. Esta era una normal y corriente, con la peculiaridad de que Ágata tenía la costumbre de ponerle pintañas rojo en un lado y así diferenciarlas. Lo sé porque alguna que otra vez me tocó ir a buscarle pienso para las colonias a su casa, mientras ella se quedaba en un banco al solecito hablando con los mininos. Esa particular manía me llamó siempre la atención. Una vez la tuve en la mano miré a mi amiga y, de pronto, una de mis disparatadas ideas me cruzó por la cabeza.

—¿Qué? —preguntó ella, sabiendo de sobra que la respuesta no le iba a gustar.

—Pon el cartel de «Vuelvo en 5 minutos», vamos a investigar un poco más la escena del crimen —le ordené, levantándome y metiendo las sillas rápido dentro de la tienda.

—AC, ya ha estado la policía, no creo que haya nada que no esté revisado.

—Ellos no tienen mi mente psicópata —me jacté, dándome cuenta al momento de lo mal que acabaría de sonar eso si el agente me hubiese oído.

—A veces das un poco de miedo —reconoció Johanna, mientras hacía lo que le había mandado sin rechistar más.

La casa seguía con un olor intenso a amoníaco y a podrido. Preferí no pensar si lo segundo se debía a la comida que estaba descomponiéndose o a los días que esa pobre anciana permaneció muerta sobre la cama. Definitivamente, después de mi vacilación estuve convencida de que jamás dormiría en ese lugar. Tendría que hablar con Iván sobre lo que íbamos a hacer con la inesperada herencia. Él estaba forrado y no necesitaba el dinero del inmueble, sin embargo, yo llevaba más tiempo en números rojos de lo que el banco permitiría a cualquier persona, siempre que sus padres no tuviesen con ellos ahorrados un pastizal. Cosa que mi madre me solía echar en cara una vez a la semana para recordarme que mi lugar era con ellos y así dejar de gastar dinero sin necesidad en un piso estando sola. Lo que

no sabía era que esas palabras lo único que lograban era que mi autoestima se fuese todavía más por el retrete y alejaba la posibilidad de que mi esperado regreso al hogar se produjese.

Efectivamente, tal y como vaticinó Johanna, allí no había nada que no hubiese visto antes, sin embargo, tenía la idea de las tazas metida en la cabeza desde la otra noche. Fui a la cocina y allí estaban, aguardándome en el fregadero. Las cogí y las olí, bajo la asqueada y atónita mirada de mi amiga, a la que creo que le faltaba poco para pensar que se me estaba yendo la cabeza del todo. Una era de café y la otra de infusión. No es que de pronto me hubiese convertido en un sabueso, es que el fondillo negruzco solidificado de la primera era fácil de reconocer y la segunda tenía aún el sobre reseco atado con un nudo al asa.

—Creo que Ágata conocía a su asesino —confesé a mi amiga, más que para informarla de que mi cordura seguía en la misma cuerda floja de siempre, para decirlo en alto y ver cómo sonaba.

—¿Dos vasos sucios te hacen pensar eso? —exhortó Johanna, visiblemente incómoda por mi deducción—. AC, creo que esto te está empezando a superar o que el olor es demasiado fuerte y te nubla la razón.

—Ágata siempre daba café o algo de beber a quienes veníamos a verla, la puerta no estaba forzada, no había señales de que la hubiesen atado o amordazado, por lo que su agresor tuvo que poder estar con ella sin que sospechase lo que iba a hacer y que el factor sorpresa le diese la oportunidad de administrarle algún tipo de calmante o droga. Solo espero que no pasase demasiado tiempo y en la autopsia lo hayan detectado, para poder cerrar el cerco más y que capturen al desgraciado que lo hizo —argumenté mientras salíamos.

En una cosa llevaba razón mi amiga, allí no se podía estar, la peste era tan solo soportable durante un breve periodo de tiempo. Luego, en vez de acostumbrarte, parecía que se agudizase más. La luz estaba cortada y los productos del frigorífico comenzarían a andar solos si no poníamos remedio.

Subí con la intención de descansar un poco. La sesión de escritura, además de haber resultado sorprendentemente fructífera, también fue agotadora y el resto del día no es que hubiera sido un camino de rosas. Me ducharía, me haría un bocadillo y me tumbaría en el sofá a no hacer nada más que cambiar canales con el mando de la tele. El problema fue que cuando llegué a la puerta de mi casa una nueva caja reposaba en el felpudo al igual que las anteriores y mis planes se truncaron de nuevo.

La abracé como si me acabasen de poner los regalos de navidad debajo del árbol, me sentí un tanto estúpida en cuanto me di cuenta de mi entusiasmo. No obstante, no podía negar que ese maldito juego me había devuelto mis ganas de vivir e incluso de escribir, y eso era más que suficiente para estar contenta. Entré tropezando con Pelusilla que estaba tumbado en medio del salón, mirando a un punto concreto de una de las paredes de la estancia en la que no había nada o yo no lo veía. Cuando el gato de las narices se quedaba embobado escuchando u observando algo que yo no podía, se me ponían los vellos de punta y me entraban ganas de gritarle; aunque conociéndolo, también era factible que lo hiciese solo por molestarme.

La abrí y en su interior reposaba la caja negra del lacito rojo que contenía mi siguiente reto. El ordenador, al igual que desde que comencé el juego, estaba encendido con la pantalla del chat inactiva. Dentro de esta había un dossier con los datos de la víctima y dos fotos. En una se veía un hotel que se había ganado su fama por ser el centro de todos los adúlteros de la ciudad, sus habitaciones tenían la mayoría un *jacuzzi* y camas redondas; lo sabía porque mi ex y yo fuimos en una ocasión. El sitio no tenía una recepción en sí, todo funcionaba de forma telemática y cada una de las estancias poseían su propio acceso independiente. Dejabas el coche en tu plaza de garaje cerrada e insertabas el código que te proporcionaban después de abonar una cuantiosa regalía por dichos servicios tan privados. Es decir; tú entrabas y salías sin tener que pararte a que nadie te viese. El lugar era más tétrico que romántico y en alguna ocasión incluso se me había pasado por la cabeza usarlo como escenario para mis novelas, ya luego Díaz junto a Víctor se encargaron de hacerme ver que lo mío no eran las letras y nunca lo llevé a cabo. Contemplar las instantáneas fue como si el universo me estuviese gritando que la idea era buena y eso me puso nerviosa e impaciente a la vez. La segunda foto se trataba de una captura de un chat de citas: «El ligón sonriente», ponía en la parte superior, rodeado de los típicos corazoncitos rojos. En eso sí que estaba perdida, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba lo de las citas virtuales. Siempre he pensado que para lo de quedar a ciegas nadie te decía exactamente el nivel de embriaguez que debías llevar y preferí no intentarlo. Dejé las fotos en mi pizarra, ya limpia del caso anterior y con todos los papeles guardados en sus respectivos archivos. Podía ser la peor a la hora de ordenar cajones o armarios, no obstante, cuando se trataba de documentación me transformaba en la Kim Woodburn² de la información. Me senté en el sofá y leí en alto las características de mi nuevo homicidio virtual.

La víctima

Físico: Hombre de 42 años, mide 175 centímetros, complexión delgada.

Carácter: Extrovertido, social, avaricioso.

Fobias: Odia no ser el centro de atención.

Peculiaridades: Vive prácticamente en casa de sus ligues. Suele frecuentar el hotel que tenéis en la fotografía. Tiene un perfil muy activo en la web de citas de «El ligón sonriente». Le pierden las faldas. Es un embaucador que ha hecho fortuna a base de engañar a sus clientes haciéndoles firmar contratos abusivos que les han arruinado la vida.

Pasos a seguir:

1. Forma de seducirlo.
2. ¿Cómo asesinarlo?
3. Manera de deshacerse del cadáver.

Una vez se tenga claro todo lo anterior se pedirá una puesta en común en el grupo para hablarlo con los demás y deliberar cuál de todas las opciones sería el crimen perfecto. El primero en llegar a la conclusión y que aporte más al conjunto irá obteniendo pistas en las próximas cajas. Suerte y que gane la mente más retorcida.

En este caso no había dudas, la muerte tenía que ser dolorosa. Nunca fui demasiado *gore* a la hora de relatar los asesinatos de mis tramas, pero, en esta ocasión, me sentía bastante macabra y quería que el resto de los jugadores supiesen que no tenían nada que hacer si yo me lo proponía. Bueno, también he de reconocer que dejar así medio pasmado al misterioso concursante con el que estuve hablando de forma clandestina me motivaba muchísimo. Releí los datos y la imagen de mi ex apareció en mi mente. Él encajaba tanto en esa descripción que incluso daba miedo. Eso era una de las cosas que aprendí a la hora de crear personajes, la mayoría de los escritores tienen un muso o una musa que los inspira a la hora de planificarlos. Yo, por el contrario, pensaba siempre en caras conocidas para guiarme mejor cuando tenía que realizar el perfil de los protagonistas. Nunca lo hice queriendo, solo que mi cerebro funcionaba así, supongo que me era más sencillo darles vida si ya de antemano sabía que la tenían. Además, me resultaba gracioso jugar a modo de titiritero con sus marionetas. Me sentía como *Geppetto* moviendo los hilos de muchos Pinochos a mi antojo. Ahora tan solo me faltaba investigar un poco en el chat ese de citas e idear la trama perfecta.

2 Kim Woodburn: Presentadora del programa *Hogar sucio Hogar*.

Entre mentes retorcidas

Cuando se llama mucho al diablo este al final termina apareciendo. Cogí en móvil para inscribirme en la página en cuestión y, antes de poner el ridículo nombre de la web de citas en el buscador, la pantalla se iluminó mostrando la palabra «Alonso». Me puse nerviosa, como si estuviese haciendo algo malo y me fuesen a pillar, y en vez de darle a colgar, pulsé el botón de responder teniendo que oír su tediosa voz.

—Estoy debajo de tu casa, ¿quieres que suba un rato? —preguntó sin decir ni un mísero «hola».

Me asomé a la ventana y comprobé que no se trataba de ningún farol, en efecto su ruidoso motor se encontraba frente a la puerta de la librería. Johanna y él nunca se llevaron bien. Ella siempre me advirtió de las intenciones de Quijano. Por desgracia, nunca le hice caso y me caí estrepitosamente por eso. Todavía me pregunto si alguna vez sintió algo por mí o tan solo fui otra moneda de cambio que tiró cuando ya no le servía. No podía negar que, pese a todo, en mi fuero interno seguía teniendo esa lucha entre el amor y el odio. Él continuaba manteniendo contacto con mi madre, aunque lo más probable era que fuese ella la que lo llamaba y le decía que viniese a darme la lata.

Ahí era donde entraban siempre en acción mis dos personalidades, una *miniyó* con aureola de santa y la otra con cuernos de demonio, cada una en un hombro. La buena me decía que Alonso no tenía por qué cogerle el teléfono a la pesada de mi señora progenitora, ni venir a buscarme y que si lo hacía era porque continuaba sintiendo algo por mí. Por otro lado, estaba la mala, que contrarrestaba el argumento de la anterior con una simple frase y esta ganaba la balanza de las dudas: Le han dejado sin plan y te tiene como último recurso para meterla.

—Tengo compañía, lo siento. Otro día quedamos —respondí a la vez que me monté un papel improvisado y añadí alejándome un poco el aparato de la cara—. ¡¡Ahora mismo voy, cari!!

Juro que en mi cabeza sonó menos patético de lo que lo hizo en alto, y si a eso le sumamos que me cogió con medio cuerpo fuera de la ventana mirando su coche cuando se asomó por la ventanilla, ya mi humillación fue apoteósica. En otro momento a lo mejor hubiese caído en sus fauces destructivas y le hubiera dicho que sí, pero mi neurona estaba centrada en ese nuevo caso y, para variar, mi cerebro gobernó a mi entrepierna. Suspiré profundo intentando alejar todos los sentimientos que me producía tener a Quijano cerca, si lo llamaba por su apellido me resultaba más fácil continuar odiándolo.

Hay veces en las que las novelas nos cuentan historias sobre relaciones amorosas tóxicas. En ocasiones los lectores no llegamos a comprender por qué no simplemente le da una patada en el culo y se marcha la persona que está sufriendo por dicho amor. No obstante, cuando te paras a analizar la realidad casi siempre supera a la ficción y a esta no le ponemos tantas trabas. La crítica que más recuerdo de una de mis novelas fue en la que describí a un hada del mismo tamaño que un humano y me respondieron que las hadas eran pequeñas. Jamás olvidaré mi respuesta: «Se me olvidó al escribirlo que hay quienes toman café con hadas cada día, perdón por el garrafal error». Me quedé más a gusto que un arbusto con mi contestación, hasta que Díaz me amonestó por haber tratado así a un comprador en potencia. Lo de que el cliente siempre lleva la razón es una norma obsoleta que debería desaparecer. Me di un guantazo yo misma para alejar los fantasmas del pasado y así evitar que se entrometiesen en mi nuevo reto.

Entré en la dichosa web, esta vez desde el ordenador, preferí dejar el móvil a un lado y no caer en la tentación de leer ningún mensaje que pudiese llegarme. Me intenté suscribir con el pseudónimo de Dana Scully, no pude evitarlo, pero el karma quiso que ese nombre estuviese cogido, así que usé el mío propio, Ana Verde. Una vez que le di a aceptar y releí el nombre en alto me di cuenta de que no era el más indicado para este sitio, pero ya le había dado a enviar y no iba a perder más tiempo en tonterías. Las preguntas eran interminables, aquello parecía un cuestionario para un informe psicológico en vez de para una web de ligues.

Tenía debajo de la pantalla la ventana del chat inactivo del grupo de psicópatas, sí, ese nombre nos venía que ni pintado. Me estaba poniendo nerviosa porque tardaba demasiado y, además de tener más o menos en la cabeza cómo y dónde quería que muriese el tipo, me faltaba aún encontrar la mejor manera de atraparlo. Una vez que hube terminado, seguí escudriñando el programa de las narices y de pronto la luz del iconito de abajo se encendió, provocando que mi corazón se acelerase y que las manos comenzasen a sudarme, haciendo que me diese un microinfarto. Como si estuviese desactivando una bomba moví el cursor para poner en el panel principal el chat y leer lo que Fumero había puesto:

—Buenas noches, jugadores. Todos tenéis vuestras cajas con los datos de la nueva víctima. Se abre el debate para ver quién de vosotros es capaz de crear el crimen perfecto en esta ocasión.

Ninguno contestamos. Estaba segura de que el resto andaba también analizándolo todo, bueno, menos Scully, a la que imaginaba pintándose las uñas de rojo. Cogí la tiza y empecé a dibujar lo que recordaba de la habitación del hotel y el garaje privado. Lo de hacer esbozos nunca fue lo mío, estaba segura de que si pintaba un ahorcado le

faltaría algún palito, pero no quería terminar con la tinta de la impresora, así que me tocaba diseñar el esquema como buenamente pudiera. Me fui deleitando en cada macabra idea que se me pasaba por la cabeza e, incluso tengo que reconocer, que se me escapó alguna que otra sonrisita al más puro estilo Joker. Fue entonces cuando me di cuenta de cuánto había echado de menos escribir. Desde que todo esto empezó mis ideas volvieron a surgir de la nada, sin esfuerzo ninguno, mi humor había cambiado por completo e incluso las llamadas telefónicas de mi madre me resultaban menos fastidiosas. Las letras, las tramas, la documentación... crear... eso era lo que le daba sentido a mi vida y ponía el punto de realidad a mi ficción.

Tan solo me faltaba enterarme bien de lo de las citas. Por lo visto la aplicación tenía una opción con la que podías saber qué solteros estaban más cerca de tu ubicación, bastante útil si eres un asesino o un acosador, la verdad, me lo ponían mucho más sencillo. La gente o andaba desesperada o completamente loca, no terminaba de tener claro cuál de las dos opciones era la más acertada para aceptar esas condiciones. El destino quiso que la primera señal en el mapa de ligoteo que me salió fuese, ni más ni menos, que la de Alonso, algo que tampoco me extrañó demasiado. No pude evitar curiosear su perfil, y así terminar de convencerme de que no merecía la pena que ocupase ni un segundo más de mis pensamientos. Según él, era empresario, medía más de 1,80centímetros, moreno, de ojos intensos y lo que más admiraba de una mujer era la total entrega en la relación. Solté una sonora carcajada y casi se me saltaron las lágrimas cuando en mi cabeza apareció el Quijano que era en realidad y la cara de sus citas a ciegas cuando lo vieses por primera vez. Tenía que reconocer que el dato de la distancia entre los distintos sujetos del chat me venía perfecta para concluir de rematar los detalles de mi plan.

—¡Conseguido! —escribió Dana antes de que me diese tiempo a poner nada en el chat. Al contrario que la vez anterior, que me enfadé porque me adelantasen, en esta ocasión estaba nerviosa por saber qué se le había ocurrido—. Yo usaría el chat para quedar con el tipo y cuando estuviéramos en mi casa le diría que he preparado una cena especial en la azotea. En el momento en el que me fuese a besar lo acercaría al pretil y le empujaría. Se podría simular un suicidio.

Eso tenía lagunas por todos lados, pero lo cierto era que la idea de tirar a Alonso al vacío y verlo caer no me desagradó nada en absoluto; la balanza de mi aversión por él se intensificó en cuanto vi su perfil y que lo tenía activo desde antes de comenzar conmigo. No quise ser yo la que truncase los ánimos de Scully y aguardé a que alguien le empezase a decir las trabas de ese plan. Cosa que no tardó mucho en ocurrir.

—No hay motivos para un suicidio, no has dejado carta de despedida, el cadáver está demasiado cerca de la persona que perpetra el asesinato, con lo que sería fácil de descubrir —escribió Sepúlveda. A medida que lo leía en mi mente escuchaba: «Mimimimimimimi». El viejo que leía novelas de amor me estaba comenzando a caer como tres patadas en el estómago.

—Cierto, no pensé en eso, lo siento —se disculpó.

—Yo no dejaría el cadáver para que lo descubriesen, simplemente lo haría desaparecer. Es un hombre con un serio problema de faldas, egocéntrico, ególatra y misógino por lo que a nadie de su círculo le extrañará que esté escondido durante un tiempo —añadió Andrea.

La chica hablaba poco, pero cuando lo hacía me inspiraba confianza, no sé, tenía la sensación de que si nos conociésemos en persona nos llevaríamos bien. Estaba a punto de ponerme a escribir mi teoría cuando Sam se me adelantó y puso la suya.

—He estado investigando y el hotel es de los más privados que existen. Se puede quedar con él a través del chat, no creo que sea difícil de engatusar, y una vez allí se le drogaría con facilidad metiendo algo en la bebida para reducir su fuerza. Yo lo mataría y lo dejaría allí para que lo encontrasen en el lugar que más familias ha podido llegar a romper con sus escarceos —concluyó, dejándome con la boca abierta y con un mosqueo monumental por haberme entretenido y no escribirlo yo antes. No obstante, aún me quedaba algo que alegar. Además, lo de las familias rotas era demasiado suponer, dos no juegan si uno no quiere por muy persuasivo que sea el otro. Eso me dejaba claro que el jugador había sido engañado y aún mantenía la espinita clavada, con lo que no pudo evitar poner esa coletilla al final que realmente sobraba.

—La entrada a las habitaciones se hace por un *parking* privado en el que dejas el coche en garajes individuales desde los que accedes al interior. No hay cámaras ni tampoco vigilancia. La mayoría de las suites disponen de *jacuzzi* en el centro. Yo me marcaría un Sharon Stone en *Instinto Básico* y usaría el punzón de hielo. Si lo introduces por la oreja, con la suficiente destreza de sacarlo por el ojo más cercano a esta, la muerte es inminente. Un tanto sangrienta, pero no importa si tienes en cuenta que dispones de la privacidad suficiente para limpiar la escena con lejía, meter el cadáver en el maletero y llevarlo a algún sitio para que sea encontrado lejos del lugar o, como bien dice Andrea, esconderlo para siempre y que no lo encuentren hasta que las pruebas que puedan quedar hayan desaparecido del todo —expliqué satisfecha con mi aportación.

Sí, lo del punzón me había salido así de modo improvisado y si encontraban el cuerpo esa forma de matar podría significar que entre el agresor y la víctima había relación y se estaba vengando, pero por eso tan solo dije que se le apuñalase una vez; es un crimen pasional, no obstante, al no tener más heridas creaba la duda. Distinto sería si el cuerpo tuviese más cortes, entonces estaríamos hablando de ensañamiento que, pensado por otro lado, si el asesino no tiene contacto alguno podría servir para despistar a los investigadores una vez que encontrasen el cuerpo.

—Me parece simplemente genial —aplaudí Dana.

—Tu idea de tirarlo desde la azotea también era buena —la alenté sintiendo empatía por ella.

—¿Cómo has descubierto tanto del hotel? En la web no describen el acceso y el que te coge el teléfono no te da muchos más datos a no ser que alquiles la habitación, cosa que cuesta un dinero considerable —inquirió Sepúlveda, dejándome fuera de juego.

—He estado —respondí de forma concisa. No los conocía de nada, por lo que no tenía que mentir ni esconderme, además, en definitiva, se trataba de un hotel, la gente podía hospedarse en él sin que significase nada extraño.

—¡Me dejas muerto! —exclamó Scully, pero al instante corrigió—. Muerta, perdón, las uñas no me dejan teclear bien. —Ese fallo de sexo hacia sí misma me dio que pensar que a lo mejor la única que no estaba mintiendo en el juego era yo, y de pronto ya no me hizo tanta gracia la de los expedientes X.

—Si nadie tiene nada más que añadir se cierra el chat para revisar lo que habéis aportado. Estad atentos a la resolución, en esta ocasión el ganador tendrá un regalo extra —finalizó Fumero poniendo de nuevo la ventana del chat en negro, sin que nadie más pudiese alabar mi gran teoría.

El atasco

De nuevo se me había hecho más tarde de lo que pensé. Las esperas entre los veredictos y las nuevas cajas se me hacían eternas. El blog de notas de mi retomada novela descansaba sobre el sofá, abierto por una página en la que había garabateado unos croquis ininteligibles para el resto de los mortales, pero totalmente lógicos para mi extraño cerebro.

El juego conseguía darme agilidad mental y meterme de nuevo en el mundo de los crímenes, se trataba del mejor *sudoku* para escritores de *thriller* que nadie podría haber creado. Pienso que si lo presentaran de esa forma tendría mucho éxito entre los *juntaletras*. Me senté decidida a continuar escribiendo cuando el móvil, ahora con sonido desde mi conversación con el misterioso participante, comenzó a pitar indicándome un nuevo mensaje. Lo primero que pensé fue que sería Alonso volviendo a insistir para meterla en caliente esa noche en modo desesperado. Sin embargo, cuando vi en la pantalla el nombre de «Señor X», que fue como apodé a mi adversario hasta que supiese más datos sobre él, mi corazón se saltó un latido.

—¿Sabes que es trampa jugar con ventaja?

—¿Se puede saber por qué la tengo?

—Si has estado en los escenarios que tenemos que investigar vas un paso por delante del resto, ¿no crees?

—Ha sido pura casualidad —le contesté a la vez que recordé que era la segunda vez que este tipo de eventualidad me sucedía en el juego. La cafetería también la conocía a la perfección. Aquella revelación me dejó un poco dubitativa.

—¿No será porque te están mandando pistas que los demás no tenemos por ir ganando las pruebas?

—Pese a que Fumero lo dice en cada cierre de caja a mí tan solo me meten piezas de puzzles que ni siquiera he mirado bien —me defendí. Aunque para ser sincera, en la prueba que ignoré creo que había más cosas. Tendría que hacer una nota mental para revisarla de nuevo.

—¿Qué te está pareciendo el juego? A mí no me dan piezas de esas.

—Lo cierto es que a mí me encantan este tipo de cosas. No es que pueda hablar de forma literal con nadie sobre cómo cometer el crimen perfecto —tampoco tenía con quién—, así que agilizar la mente siempre es positivo.

—¿Qué le pasó a tu última novela? Es distinta a las anteriores, diría que no la has escrito tú —interrogó cambiando de tema sin que me lo esperase.

—Lo cierto es que ese libro lo escribí cuando ya sabía que mi vida en el mundo literario iba a finalizar. Nunca tuve demasiadas expectativas y la corrección que le hicieron cambió casi por completo el manuscrito que yo escribí en un principio —me sinceré.

La verdad era que esa novela me gustó bastante hasta que la retocaron por no decir la reescribieron de cero. Díaz y Hugo me dijeron que mis libros no funcionaban porque eran muy siniestros. Su explicación fue que hoy en día la gente lo que necesita es amor y reírse, por lo tanto, era sobre lo que tenía que escribir. El problema principal fue que yo no me consideraba una escritora «guionizable». Cuando tecleaba lo hacía porque mi corazón quería hacerlo y mi cabeza andaba inmersa en alguno de mis mundos irreales, pero totalmente tangibles para mí. En el instante en el que tuve que cambiar de género y salir de mi zona de confort los dedos se me trastabillaron, las manos no querían moverse y mi cerebro se negaba a regir con normalidad, así que no les hice caso y escribí de nuevo lo que me dio la gana. Cuando la cogieron se la pasaron a un escritor fantasma para que la modificase. Como resultado fue la bazofia que sacaron al mercado y la que terminó por hundirme.

—Es una pena. Me encantaron los anteriores. ¿Sigues escribiendo? ¿Harás un libro de todo esto? —continuó insistente.

—Puede ser. Gracias. Algo. No creo —respondí a cada una de sus preguntas de forma escueta para que se percatase de que el tema me estaba comenzando a incomodar.

—Disculpa, no pretendí molestarte. —Chico listo—. ¿Sabes ya la pregunta?

—¿Qué pregunta?

—La pregunta a la respuesta que te debo —me recordó, poniendo al final de la frase un icono de una carita con las cejas en alto. Siempre me había parecido muy infantil usar esas cosas y esa era la primera vez que él lo hacía. La verdad era que no había vuelto a pensar en eso y que no quería desperdiciarla en alguna tontería que se me ocurriese de pronto.

—La mantengo a modo de comodín.

—Me parece bien, continúo impaciente a la espera entonces. Buenas noches, AC.

—Buenas noches, Señor X —concluí a lo que él añadió más iconitos de esos, pero ahora con el que representa al muñeco guiñando un ojo.

Me estaba gustando ese tira y afloja que teníamos, sin embargo, cada vez que me recordaba mi fracaso literario me ponía triste y quería huir de las preguntas. Ese había sido mi sino en los últimos meses, escapar de cualquier cosa que me recordase a las letras. Aunque que mi única amiga tuviese una librería no lo hacía más sencillo. Recordé que tenía un poco abandonada a Johanna y que tendría que hablar con Iván sobre lo que íbamos a hacer con la casa de Ágata. Me puse una nota en el teléfono y añadí otra para llamar a mi madre antes de que ella lo hiciese. Por primera vez en mucho tiempo habían aparecido mis ganas de relacionarme con personas humanas y no solo con la alfombra viviente que poseía por gato. El mismo que miraba como un obseso a la puerta de entrada, a un punto en el que no había nada, dejándome esa sensación de que él veía algo que yo no. Me tumbé en el sofá, le di la espalda y me dormí con todos esos planes en la cabeza y con la dulce melodía de mi vecino de abajo. Hacía tiempo que no la escuchaba y, ahora que no había gatos en el vecindario, se oía a la perfección.

+ + +

Alguien estaba aporreando mi puerta, demasiado temprano como para que mi neurona supiese ni siquiera en dónde me encontraba. Me levanté de un salto, de mal humor, despeinada, con la ropa del día anterior arrugada por dormir en el sofá y, seguramente, con un hilillo blanco dibujado en la cara que corría desde mi mejilla hasta la oreja, rastro inequívoco de la babilla que se me cae al roncar. A lo único que acerté fue a ponerme las zapatillas de *Homer Simpson*, que me regaló Johanna hace algunos años por Navidad, y a abrir la puerta acordándome de la familia del que estuviese llamando.

—¿Qué?! —grité a la vez que mi cara iba cambiando de tonalidades al ver a mi vecino de arriba puro en boca y a Iván detrás de él. Ambos me observaron divertidos y en silencio hasta que medio desperté y entrecerré la puerta un poco, dejando ahora solo la mitad de mi cara al descubierto.

—Atasco —me pareció entenderle al del puro.

—AC, hay algún problema en las tuberías en nuestra parte del bloque. Los de los *gremlins* no están y queríamos saber si a ti también te pasaba para intentar solucionarlo —me explicó Iván. Mi cerebro ambicionó entender lo que oía y relacionarlo con algo que tuviese sentido para mí.

—Un momento —atiné a decir por fin, dejándolos a los dos en el pasillo.

En cuanto el espejo del baño me devolvió el reflejo comprobé que todo lo que vaticiné era incluso mejor que como realmente me veía, abrí el grifo para lavarme la cara rápido e intentar peinarme con los dedos, olvidando lo que me condujo hasta allí. A los dos minutos el lavabo comenzó a salirse y el agua fue cayendo en cascada al suelo, mojándome las acolchadas zapatillas. Cerré el grifo diciendo más de un improperio por la que acababa de liar sin haber tomado un mísero café, me puse los zapatos de deporte, me tragué un buche de enjuague bucal para que no pareciese que tenía a alguien muerto dentro de la boca y salí de nuevo a la entrada.

—¿Y bien? —balbuceó mi vecino de arriba con el puro aún en la boca algo más consumido que hacía un momento. Me preguntaba cómo podía respirar con eso en los labios. Su olor me resultaba repulsivo siempre, pero a esas horas lo era incluso más.

—Las mías también están igual.

—Me temo que tendremos que ir a casa de Ágata y ver si el problema está allí —indicó Iván haciendo un ademán con la mano para que los siguiese.

Aquello se estaba empezando a parecer terriblemente a una junta de vecinos. Al del puro le había tocado ser el presidente de la comunidad durante dos años, estaba segura de que si no fuese por eso no estaría con nosotros investigando la avería. Jamás lo vi hablar con nadie y, a decir verdad, ese día fue el que más veces escuché su ronca voz.

Cuando llegamos al acceso del bloque el músico estaba allí, esperándonos con cara de haber dormido más o menos lo mismo que yo, sin embargo, distinguir las ojeras en su oscura tez era más complicado que hacerlo en las mías. No recordaba desde cuándo no había tantos vecinos juntos. Por lo visto lo de la avería era algo que estaba afectando a más gente de la que pensaron en un principio. Johanna entró y nos vio a todos apretujados en la entrada, mirándonos con cara de sueño, y de idiotas, sin saber a quién seguir o qué hacer.

—¿Buenos días? —pronunció esta a modo de pregunta, enarcando las cejas un tanto descolocada al ver la multitud mañanera.

—¿Vosotros también tenéis problemas con las cañerías? —preguntó por fin el músico rompiendo el extraño silencio que se acababa de crear.

—Ni idea, no me di cuenta —comentó Johana que no se estaba enterando de nada.

—Vamos a casa de Ágata a ver si el atasco es ahí —le expliqué a los dos intentando salir de aquel estrechamiento, que hacía que mi espacio personal se viese demasiado comprometido para mi gusto.

Iván abrió la puerta y una mezcla de olores asquerosos salieron al descansillo como si quisiesen escapar de allí. Primero entró él, le siguió el del puro, conmigo justo pegada a su espalda, tapándome la nariz con la sudadera como pude, detrás de mí vino Johanna y persiguiéndola el músico. Por lo visto todo el mundo tenía la imperiosa necesidad de meter, literalmente, la nariz donde no los llamaban. No podía culparles, las personas eran morbosas por naturaleza y saber que allí se había cometido un crimen era algo que llamaría la curiosidad de cualquiera, y qué mejor momento que aquel para husmear. Tan solo esperé que no nos sucediese como en una de mis películas preferidas de Christina Ricci, *Los visitantes*. En ella los que se quedaban a ver las catástrofes ajenas permanecían atrapados en el tiempo y se veían obligados a continuar haciéndolo cada vez que aconteciese una nueva.

—¡Qué peste! —exclamó el músico una vez que estuvimos todos en el salón, casi igual de apretados que antes.

—Tenemos que traer una empresa de limpieza, AC —me reprochó Iván como si eso no se hubiese hecho ya por mi culpa o algo así.

—¿Por qué vosotros? —medio murmuró el viejo haciendo que me preguntase cuánto podía durar un maldito puro.

—Ágata les dejó en herencia el piso a ellos —les informó Johanna de pronto dejando a los dos hombres descolocados.

—¿A vosotros? —se extrañó el músico, siendo aquella la conversación más surrealista del mundo en el lugar menos indicado.

—¿Podemos ir a ver si hay alguna avería aquí e irnos de una vez? —protesté comenzando a impacientarme.

Johanna, el músico y yo nos fuimos a la cocina y abrimos el grifo, el agua comenzó a salir despacio hasta que se detuvo en un fino hilo apenas perceptible. En ese instante recordé que habíamos dado de baja los suministros para que el lugar no siguiese originando gastos innecesarios hasta que decidiésemos qué hacer con él. No es que yo fuese fontanera ni nada por el estilo, así que el desagüe del fregadero me miraba y yo lo miraba a él sin saber qué estaba buscando.

—¿Sabes algo de tuberías? —me preguntó el muchacho, no demasiado convencido de dejarme las riendas de la improvisada investigación.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —confesé un tanto avergonzada. Un grito de Iván me sacó del apuro y los tres fuimos hasta el baño a ver qué había pasado. Frente a este estaba la puerta cerrada donde murió la pobre anciana. No me atreví a dejarla abierta la vez anterior que estuve con Johanna y por el momento se quedaría así.

—AC, ven un momento, a ver si tú puedes —me pidió Iván, sentado en el suelo frente al inodoro, como cuando tienes una resaca horrible y vomitas hasta la primera papilla. Eché a un lado al viejo, puro en boca apagado, y me incliné al lado del retrete temiendo lo que me iba a pedir—. Estamos viendo si la avería proviene de aquí, creo que hay algo atascado en el codo, pero no me entra bien la mano para poder agarrarlo. Creo que a ti sí te cabrá.

—¿En serio?! —exclamé alucinando con su asquerosa petición. El servicio no estaba lo que se dice sucio de horrible, pero si ya me costaba limpiar el mío, lo de introducir una extremidad en el de otro no me resultaba nada agradable.

—Me parece una auténtica tontería lo que estáis haciendo —dijo Johanna de pronto—. Aquí no ha habido nadie desde que la vieja murió y cuando eso pasó todo funcionaba bien. No creo que el problema venga de esta casa, miremos fuera o llamemos a un técnico que sepa lo que hace —continuó diciendo. La verdad era que lógica no le faltaba a mi amiga, pero el tono que estaba usando era inusualmente agresivo hasta para ella.

Estaba segura de que eso de que tuviese que meter ahí la mano le hizo a ella menos gracia que a mí. Johanna tenía esa lucha demasiado feminista en contra de cualquiera que tuviese pene, y que ellos poseyesen la batuta en algo que nadie sabía hacer, la estaba comenzando a sacar de sus casillas. No obstante, preferí acceder y no quedar como una pobre e indefensa damisela. Antes de que Johanna acabase con su mohín me senté en el suelo, me remangué la sudadera y metí la mano hasta mi codo en el interior de lo que era agua estancada con minúsculas cositas negras moviéndose dentro de ella, a las que no quise prestar demasiada atención para no comenzar a chillar. Mis dedos tocaron algo duro que se había quedado encajado al final. Tal y como advirtió Iván, lo que fuese estaba justo entrando en la curva descendiente de la tubería y bloqueaba la salida de aguas residuales del resto de los pisos de más arriba. El problema fue que para que yo pudiese acceder a él tendría que ser de plastilina y no era el caso. Saqué la mano sin querer mirármela y me encogí de hombros.

—Hay algo, pero no llego. Tendríamos que quitar el inodoro entero —me lamenté.

—Os estoy diciendo que habría que llamar a un profesional —repitió Johanna ofreciéndome ayuda para incorporarme. Salimos de allí para dejar de aspirar el fétido aroma y nos fuimos todos a la calle.

No recuerdo la última vez que estuvimos casi al completo los inquilinos reunidos. Una vez en la acera, Iván se

acercó a mí y empezó a decir no sé qué de avisar a una empresa de limpieza para que vaciasen todo el piso y donar las cosas a la beneficencia. La idea de que las pocas posesiones y recuerdos de Ágata terminasen por ahí tirados no me agradó en absoluto, aunque la otra opción tampoco es que me hiciese saltar de alegría, no obstante, sabía que era lo más correcto.

—Iván, si no te importa prefiero hacerlo yo. Hoy me pondré en cuanto se solucione el atasco —le pedí.

—No deberías, recuerda tu alergia, es preferible que se encarguen profesionales y si él puede pagarlo... —protestó Johanna, metiéndose donde no la llamaban. Esa mañana no la soportaba, podría ser que fuese mi falta de cafeína y de nicotina, me di cuenta de que se me olvidó el tabaco arriba con las malditas prisas.

—Si es por el dinero, no pasa nada, yo me encargo —agregó Iván tocándome todavía más la fibra mañanera.

—¡A ver si me entendéis los dos, lo voy a intentar explicar para tontos: Quiero hacerlo yo, y punto pelota! —exclamé casi chillando, les di la espalda y me fui dentro del bloque para subir por el paquete de tabaco y así no matar a nadie.

El músico estaba a un lado observando la escena como el que ve un teatro, solo le faltaban las palomitas. Centré mi mirada en él y vi que tenía las uñas pintadas de rojo, el color sobresalía frente a sus morenos dedos. Se dio cuenta de lo que enfocaban mis ojos y se cruzó de brazos intentando ocultar sus manos, por lo visto era cierto eso de que en todas las casas había cadáveres en los armarios.

Entré en el bloque, como un toro cuando le apartan las portezuelas del ruedo, a la vez que se abrió la puerta del ascensor con el viejo del puro cargando una caja de herramientas y una, visiblemente pesada, cesta negra con cosas dentro. Ni me di cuenta de que se había ido. Me arrojé la espuerta encima para que lo ayudase y lo seguí hasta el interior de la casa, resignada. Se sentó frente al servicio y se puso a dar golpes a la base del inodoro sin decir nada más. Al reclamo del ruido llegó el resto del grupo, que se arremolinó en la puerta del baño expectante por ver qué sucedía. Yo me limité a ir dándole las herramientas que medio entendí que me pedía, entre su ronca voz y el perenne puro en la boca lograr traducirlo no fue tarea fácil. Viéndolo trabajar me paré a pensar que no sabía absolutamente nada de la mayoría de ellos. Este hombre poseía la pericia y las manos de alguien que estaba acostumbrado a los trabajos manuales.

Mientras lo observaba, no pude quitarme de la cabeza los delicados dedos con las uñas pintadas del músico y, por otra parte, también estaba Iván, quien era un completo misterio para mí. Tan solo conocía de él que tenía dinero para parar un tren, pero que, aun así, dormía solo cada noche y no tenía ninguna visita de amigos ni de familiares. Si a ese pintoresco grupo le sumábamos la personalidad de Johanna; feminista, independiente y, estaba casi segura, homosexual reprimida para no causar disgustos a unos progenitores retrógradas. Y para poner la guinda al pastel estaba yo, que no tenía muy claro ni cómo catalogarme. Lo cierto era que formábamos un grupo, cuanto menos, curioso. Ella adoraba las letras e incluso había intentado escribir alguna que otra cosa, el problema era que cuando me daba los manuscritos para que le diese mi opinión no podía terminarlos. Pienso que escribir no es algo que pueda hacer todo el mundo, pero no iba a ser yo la que la frustrase diciéndoselo.

Después de taladrar mis oídos durante algunos minutos con el sonido de los martillazos, por fin pareció que el inodoro se desprendió del suelo por primera vez desde que lo colocaron. No me considero una persona cobarde, aunque tengo que reconocer que en mi fuero interno andaba rezando para que no apareciese ninguna cucaracha del interior, o tiraría a todos los mirones de la puerta al suelo y saldría escopeteada del cubículo a ponerme a salvo del bicho. Por otro lado, recordé que en las casas en las que habitan gatos, dichos insectos no se asoman a no ser que quisieran morir, y lo que más hubo en esa casa eran felinos.

Iván entró para ayudar al hombre a levantar el sanitario y colocarlo sobre la placa de ducha. Una negra oquedad quedó al descubierto en la pared, con algo alargado y brillante dentro. Tal y como dije, ese instrumento había estado obstaculizando la bajada del resto de los pisos hasta crear un tapón considerable. A la vez que ese pensamiento cruzó por mi cabeza también lo hizo lo que sucedería después si se retiraba sin tomar las debidas precauciones. Sin embargo, mi mente fue analizándolo justo al mismo tiempo en el que la mano de Iván tiraba con fuerza del objeto, siendo demasiado tarde para que pusiese pies en polvorosa. Todo lo que se había estado amontonando durante no se sabe cuánto tiempo cedió por la gravedad. Algunos residuos continuaron su camino y otros fueron entrando por el boquete, medio inundando de excrementos y toallitas sin deshacer el atestado baño. A todo esto, mi única preocupación fue salir de allí lo más rápido posible y no le presté atención ni a Iván ni al viejo, quienes ni se inmutaron por la presencia de heces entre sus pies, ellos estaban demasiado alucinados mirando lo que acababan de sacar de la pared.

Veredicto y nuevas pruebas

Estaba claro que aquello no había llegado allí por arte de magia. No imaginaba a Ágata tirando un bisturí por accidente al inodoro. Un *déjà vu* pasó por mi cabeza al ver la afilada arma y fue como si de nuevo me encontrase en la pesadilla de la otra noche. Se trataba de una prueba importante, dudaba bastante que les sirviese de algo en la investigación, las huellas, restos de sangre o cualquier otro rastro que pudiese haber tenido ya o no estaban o se habían, textualmente, contaminado. Sin embargo, todos estuvimos de acuerdo en llamar al simpático detective que tanto cariño me tenía.

Salimos sin querer tocar nada más, menos mal que lo de meter un equipo de limpieza se quedó tan solo en el ego capitalista de Iván, o podrían decir que había sido idea mía para eliminar pruebas, ya me esperaba cualquier cosa de la mente *conspiranoica* del que llevaba el caso.

Tantas personas allí no hacíamos mucho, así que, a excepción de Iván que se quedó con Johanna y conmigo en la entrada de la librería, los otros dos se marcharon a sus casas a esperar por si el policía quería llamarles. Mi amiga hizo café para los tres y me dio un cigarro. No me quise mover de la puerta, lo cierto era que sentía curiosidad por saber quién traía las misteriosas cajas. No tenían remitente ni sello de franqueo, por lo que el que fuese estaba metido en el juego, o era el propio Fumero. Necesitaba ponerle cara a esas letras.

—¿Creéis que esto es por una cagada de la policía al no inspeccionar en condiciones la vez anterior? —preguntó Iván mientras miraba las ventanas de la anciana como si de pronto fuese a asomarse a mirar a sus felinos.

—Por supuesto, no hay duda de que no hicieron bien su trabajo —afirmó convencida Johanna dándome qué pensar.

—Yo encontré a la pobre mujer muerta días después de que la matasen, si eso hubiese estado ahí todo el tiempo las tuberías se deberían haber atascado antes. El problema es que mi cerebro de novelista siempre piensa cosas que luego suelen distar bastante de la realidad —confesé.

—¿Y qué es lo que le palpita, señora literata? —quiso saber Iván robándome el cigarro, como si nuestra confianza hubiera aumentado a nivel superlativo de pronto y yo me hubiese perdido la mitad de la película. Detestaba que hiciesen eso, lo miré con ganas de morderle, a lo que obtuve una amplia sonrisa como respuesta por su parte y un pitillo nuevo por la de mi amiga, que ya me conocía y prefirió apaciguar a la fiera que llevo dentro con más nicotina.

—¿Sabes que he tenido las manos metidas en mierda y no me las he lavado, verdad? —le informé a modo de venganza mientras veía la cara de asco que iba poniendo, pero el chico hizo de tripas corazón y continuó fumándose—. Pues —comencé a decir dándole una enorme calada al nuevo cilindro, soltando el humo a modo de circulitos, satisfecha por mi fechoría—, mi mente gira en torno a la idea de que eso llegó ahí con posterioridad. Aunque dudo que los agentes mirasen dentro del servicio tanto como para descubrir el bisturí. Me temo que al asesino se le olvidó en alguna parte de la casa al salir. Lo que no comprendo es, si regresó para recogerlo, ¿por qué no se lo llevó?, ¿por qué arriesgarse a tirarlo ahí y que alguien pudiese encontrarlo? Eso solo me deja dos opciones: una, que está más cerca de lo que imaginamos y, otra, que necesita ser descubierto y anda dejándonos pistas para que lo hallemos.

—¿Sabes que eso es muy retorcido y que no tiene ni pies ni cabeza? —añadió Iván frunciendo el ceño, supongo que intentando visualizar las tramas que le acababa de narrar.

—AC, ya te dije el otro día cuando estuvimos allí que se te está yendo la cabeza con esto —me advirtió Johanna preocupada.

—¿Estuvisteis? —preguntó el chico justo cuando el coche del inspector se detuvo delante nuestra.

—Me resulta bastante curioso que precisamente vosotros seáis los que hayáis encontrado una nueva prueba del crimen en una escena que ya hemos revisado a conciencia —fue diciéndonos a medida que se bajaba del vehículo—. ¿Y usted es? —preguntó dirigiéndose a la pálida librerera.

—Johanna —respondió secamente. Estaba convencida de que en la academia de policía les enseñaban a intimidar o algo parecido y él había sacado matrícula de honor.

—Encantado, soy el inspector Carvalho.

—¿Cómo el de las novelas? —dijo rápido mi amiga con un tono de sorna en su consulta.

—Si me diesen un euro cada vez que escucho esa estúpida pregunta no estaría aquí ahora mismo. ¿Dónde está lo que se supone que han encontrado?

—Lo hemos dejado dentro de la casa —le informó Iván, conduciéndolo hasta el interior.

Desde luego no iba a ser yo la que los acompañase, ya me tenía suficiente tirria y mi humor no era el más indicado para hacerle cambiar de opinión, por lo que cuanto menos tiempo estuviese cerca de mí mejor para los dos. Tan solo

recé para que no apareciese una nueva caja o sería difícil de explicar.

—¿El de las novelas? —le pregunté a Johanna sin saber por qué había empezado a reírse en el momento en el que el inspector desapareció de nuestra vista.

—AC, el protagonista de las novelas policíacas de Vázquez Montalbán. ¿No me digas que no te suena? —Me encogí de hombros y la desilusión se dibujó en su cara, haciéndome sentir culpable y apuntándome una nota mental en la que me decía que tenía que leerlo—. ¿Realmente piensas que el bisturí que hemos encontrado es con el que le hicieron esas terribles cosas a Ágata?

—La verdad es que sí, pero me faltan datos. Si esto formase parte de la trama de alguna de mis novelas te aseguro que ahí hay cosas que desconocemos. No comprendo cómo ni por qué ha llegado el arma al retrete y eso me licúa el cerebro. Sé que no me lo voy a quitar de la mente hasta que lo descubra, pero sin más información es imposible resolverlo. Como ya he dicho antes, tiene toda la pinta de ser una mala decisión apresurada, pero ¿por qué esa carencia de tiempo? ¡Ah! No sé, esto se está volviendo demasiado extraño incluso para mí. Puede que tengas razón y me esté obsesionando un poco con el tema —reconocí. Una vez que escuché todas mis conjeturas en alto, lo cierto era que sí parecían un tanto descabelladas y rebuscadas.

El inspector salió con unos guantes puestos y una bolsita transparente que portaba la supuesta arma del crimen. Se acercó al coche, llamó por radio y guardó en el maletero, dentro de una caja negra, el hallazgo. Tal y como supuse, no había terminado conmigo todavía.

—Van a venir a precintar de nuevo el domicilio. No quiero que entre absolutamente nadie y, en esta ocasión, me encargaré yo en persona de confirmar que el lugar está limpio. Aquí hay algo que me huele mal. No se vayan demasiado lejos por si las tengo que llamar —nos informó usando un tono demasiado amenazador como para que fuese una simple advertencia.

—Perfecto, señor Carvalho, no saldremos del país —agregué irónicamente. Él se limitó a ignorarme, se sentó en el coche y esperó allí a que llegasen los que iban a volver a registrarlo todo.

—Este tío es imbécil —me susurró Johanna, no pudiendo estar más de acuerdo con ella.

—Me subo a casa, estoy esperando un paquete y quiero darme una ducha para despejar las ideas —me despedí, ansiando quitarme del campo de visión del inspector.

Por mucho que lo deseé, el veredicto no estaba en el felpudo aguardándome para alegrarme el día. No había nada mejor que descubrir que eres la mayor psicópata de un grupo de tarados para que la mañana cambie. Pelusilla andaba jugando con una bolsita de plástico por el salón. Pensé en lo aburrido que tendría que ser llevar la vida de un gato doméstico y estar todo el día solo sin nada que hacer; así que lo dejé en su mundo, me llené la bañera, puse música y me quedé dentro hasta que mis dedos comenzaron a estar igual de arrugados que los garbanzos en remojo.

Me sentí como nueva, sí era cierto que mi cabeza no dejaba de pensar en Ágata y en el dichoso bisturí que usaron para casi abrirla en canal como a un pollo, no obstante, mis músculos agradecieron un poco de mimo después de dormir en el sofá; no recordaba el tiempo que hacía que no me metía en la cama por la noche. Escuché un ruido y salí del baño envuelta en una nimia toalla, el pelo chorreando, mojando todo el suelo y ambicionando no caerme, al andar descalza, por ir a comprobar qué trastada había hecho ahora mi compañero de piso peludo. Lo que no me esperé fue encontrar el portón de la calle abierto y detrás de él a Iván con el felino en brazos.

—¿Cómo has entrado?! —le inquirí corriendo hasta él para recuperar a mi mascota.

—No he entrado, continuó fuera y creo que esto te pertenece —indicó dándome a Pelusilla, señalando sus pies en la baldosa del exterior del apartamento. El traicionero gato se revolvió en el momento en el que lo cogí y se tiró al suelo con la intención de irse de nuevo escaleras arriba.

—¿Y a ti qué diantres te sucede ahora, gato desagradecido?! —le espeté a la vez que la toalla que me cubría se iba deslizando a cámara lenta, mientras el improvisado nudo que la sujetaba se deshacía, y me quedé como mi madre me trajo al mundo delante de Iván.

Nos agachamos a la vez para recogerla del suelo y terminamos dándonos un cabezazo, la situación empezó a parecer sacada de una mala novela romántica cómica. Alargué veloz la mano y me cubrí como buenamente pude, intentando ignorar el dolor del golpe en la sien, en esos instantes era peor el sentimiento de ridículo que cualquier daño físico. Y por si todo este espectáculo no fuese suficiente, Johanna bajaba las escaleras quedándose petrificada en cuanto nos vio de esa guisa. Di un portazo sin decir nada más, ni mi mente ni mi boca eran capaces de unir dos palabras que tuviesen sentido. Solo me quedé apoyada en la puerta, desnuda, con la toalla en la mano, roja como un tomate, mirando al culpable de todo que ya estaba en el sofá, observando las motitas de polvo que se vislumbraban en medio de un rayo de sol que entraba por la ventana, como si no hubiese sucedido nada.

No tenía claro cómo iba a mirar a Iván de nuevo a la cara, y lo peor de todo era que estaba casi segura de que había cerrado la puerta cuando entré; o el gato acababa de adquirir superpoderes o yo me estaba volviendo loca. Aún más

terrorífica fue mi expresión cuando mis ojos se posaron en la mesa del ordenador y descubrí una carpeta marrón que hacía unos minutos no estaba ahí. La toqué con el mismo miedo con el que un especialista desactiva una bomba, de pronto la ducha no me sirvió de nada porque me puse a sudar igual que si hubiese corrido media maratón. De forma instintiva miré a todos lados del salón, después recorrí el resto de habitaciones y hasta que no me hube asegurado de que me encontraba sola no me vestí y regresé para examinarlo.

Una cosa era que supiesen mi dirección y me dejasen en persona las cajas en la puerta, pero otra muy distinta que se metiesen en mi casa sin mi autorización. Sin abrir el dossier y con dedos temblorosos, cogí el teléfono y le escribí al misterioso participante, ese por el que estaba comenzando a sentir algo más que curiosidad. Tenía el mismo fallo que poseían las protagonistas de mis novelas, cuando se enamoraban se volvían dependientes anímicamente de la persona a la que profesaban ese amor, idolatría o llámalo como quieras. Necesitaba hablar con alguien de esto y el único con el que podía hacerlo era con él.

—¿Has recibido algo? Tenemos que hablar. ¿Puedo llamarte? —le escribí desesperada por escuchar su voz.

El tiempo que transcurrió entre que le di a enviar y me contestó lo pasé mirando concentrada el papel marrón que contenía los nuevos documentos del juego. Pese a que a mí me pareció una eternidad, tan solo habían pasados unos pocos minutos.

—No me llegó nada. Lo siento, AC, pero no creo que esté bien que hablemos por teléfono, no considero que sea de recibo ni siquiera que estemos manteniendo estas conversaciones. Pero ¿te ha pasado algo? Cuéntame por aquí, sé leer y todo —respondió haciendo que se me encogiese el corazón, sintiéndome sola de nuevo y provocando que tuviese ganas de llorar.

No comprendía cómo me había atado sentimentalmente de esa forma a alguien que no conocía en absoluto, que incluso podría ser mi abuelo; o peor, un asesino en serie de verdad y yo le estaba tentando para que se acercase a mí. Mi orgullo se antepuso a mis sentimientos y le contesté cambiando de forma drástica mi actitud.

—Nada, era solo para darte una pista de lo que me ha llegado, pero es cierto, no debemos tener contacto entre nosotros. Suerte en el juego.

—No te enfades, es solo un juego, cuando todo esto termine te prometo que me podrás oír todo lo que quieras —agregó.

No pensaba contestarle más. Tomé aire profundamente, me encendí un cigarro y abrí la carpeta.

Veredicto cuarta caja

Ha demostrado tener una mente capaz de obtener los mejores resultados entre el resto de los jugadores.

Su plan para terminar con la vida del último sujeto fue demasiado sencillo y rápido de ejecutar.

En esta ocasión, le informamos de que el cadáver no será encontrado, se ocultará en un lugar seguro durante algunos años hasta que el rastro se enfríe.

Como regalo a sus aportaciones en la estructura del contenido de este juego le facilitamos, antes que a los demás concursantes, los datos de la siguiente caja y otra pieza más del puzle que tendrá que resolver una vez haya concluido satisfactoriamente todas las escenas y comprenda todo mejor.

ATT: Fumero.

La tuve que leer dos veces y repetirme mentalmente unas mil más que aquello era solo un juego. Se trataba de una aventura virtual en la que estaba participando y la misma que estaba logrando que volviese a ser yo de nuevo. El problema era que todo parecía tan jodidamente real que conseguía ponerme los pelos de punta. Me centré en la idea de que no cerré bien la puerta y en que el repartidor dejó el paquete en el primer sitio que vio en mi salón. Pelusilla le podría haber dado con la patita a la puerta hasta terminar abriéndola si yo no la había atrancado del todo. Además, me daba la impresión de que andaba enamorándose de la gata de Iván y que por eso tenía esa necesidad imperiosa de escaparse a las escaleras últimamente. Todo tenía su lógica, tan solo debía mirarlo con otra perspectiva y apartar de la cabeza mis locas ideas *conspiranoicas*, haber estado tanto tiempo con Johanna me estaba pasando factura. Bastante más calmada, después de elucubrar ese nuevo razonamiento, cogí la siguiente hoja con la ilusión renovada. Tener ventaja sobre el resto de jugadores molaba bastante, y usar mi cabeza en cómo asesinar gente en vez de en cómo tirarme por la ventana después de que Iván me viese desnuda también servía de ayuda.

Quinta caja

Nunca me había parado a mirar bien las piezas de puzle que introducían dentro de las cajas. El otro jugador me dijo que a él no se las metían, no pensé que fuese algo exclusivo para mí. Eso me otorgó un poco más de confianza y, todo hay que decirlo, subió bastante mi malogrado ego, hecho trizas por culpa de mi querido representante literario y de mi editor. Rodrigo era de esas personas que siempre sonreía mientras hablaba, además, contaba las cosas con una entonación embelesadora e hipnótica. El hombre podía estar comparándote con un mojoncillo con piernas y no te sentaba mal mientras lo hacía. Tan solo cuando te dabas la vuelta y lo perdías de vista era que reaccionabas y te percatabas de todo lo que sus palabras habían podido llegar a minar tu moral. Esa habilidad, por suerte, la poseen tan solo unos pocos energúmenos en el mundo. Él podía ser capaz de hacerte sentir bien y al minuto siguiente, cuando regresabas a la realidad, estar como una verdadera porquería.

A veces pensaba que si no les hubiera dejado trastocar mis manuscritos todo habría sido distinto. Al principio te prometen mucho, te dicen que eres buenisima y que serás el próximo gran lanzamiento en el mundo editorial. Sin embargo, cuando ya te han engatusado empiezan los «y si». Los míos fueron los: ¿Y si cambiamos esta parte para que haya mayor inclusión de sexos?, ¿y si corregimos esta otra para que llegue a un colectivo de lectores más específico?, y mi favorito de todos, ¿y si metemos más escenas de cama porque el argumento no es lo suficientemente bueno como para atrapar al consumidor? Yo, como buena novata ilusionada, acepté todos esos «y si» modificando lo que me decían, vendiendo mi alma a las letras, destrozando mi esencia con cada uno de esos cambios hasta llegar al punto en el que no reconocía ni mis propios escritos como tales. No obstante, me quedó el orgullo de saber que el que menos se modificó fue el que más se vendió y también el que más le gustó a mi compañero de asesinatos virtual. Pensar en Díaz lograba que se me revolviere el estómago, tan solo me apaciguaba un poco saber que, al menos, Víctor ya no respiraba el mismo aire que yo. Era consciente de que mi reflexión podía resultar bastante macabra, pero también se trataba de la realidad y no podía negármela.

Cogí el nuevo caso sintiéndome honrada por ser la primera de todos en leerlo, no sabía de cuánto tiempo de ventaja disponía, así que; limpié mi pizarra, pedí bastante comida basura, con la intención de no salir de la casa en un tiempo y no tener que encontrarme con Iván, y mientras esperaba que llegase me puse a leer el nuevo caso entusiasmada.

La víctima

Físico: Hombre, complexión delgada, estatura 175 centímetros. Más de sesenta años.

Carácter: Ácido, socarrón malintencionado, persuasivo, embaucador.

Fobias: Adora el dinero y todo lo que tenga que ver con él. Vendería a su madre si eso le hiciese tener más poder. Sufre de un problema de juego en el que pierde todo lo que gana para intentar tener más.

Peculiaridades: Acude todos los sábados por la noche a un bar de partidas de cartas ilegales, después visita un prostíbulo y se desahoga agrediendo a las chicas. Pide comida siempre al mismo restaurante los domingos y termina el fin de semana borracho por haber perdido el dinero el día anterior.

Pasos a seguir:

1. Formas de atraparlo.
2. ¿Cómo asesinarlo?
3. Manera de deshacerse del cadáver.

Una vez se tenga claro todo lo anterior se pedirá una puesta en común en el grupo para hablarlo con los demás y deliberar cuál de todas las opciones sería el crimen perfecto. El primero en llegar a la conclusión y que aporte más al conjunto irá obteniendo pistas en las próximas cajas. Suerte y que gane la mente más retorcida.

Lo que más me atraía de estos personajes que habían creado para el juego era que no podía sentir ningún tipo de empatía para con ellos. La mayoría de los que describían se veían como seres despreciables a los que no me apenaría asesinar en ninguno de mis libros, si formasen parte de los mismos. Había matado a protagonistas de los que estaba enamorada, por lo que maquinar estas muertes era mucho más sencillo si se trataba de esa clase de personas.

En esa ocasión, la cosa se estaba comenzando a complicar. Pese a que el sujeto mereciese dejar de existir yo no tenía ni idea de partidas de cartas ni de prostíbulos, por lo que la delantera que llevaba se podría ver bastante mermada. Al igual que las otras veces, el dossier incluía dos fotografías; una de la entrada de un bar en el que había

una baraja en una esquina, dando a entender que aquel sitio era el de las partidas clandestinas, y otra realizada de noche desde la distancia, en la que tan solo se identificaba el nombre del sitio en luces de neón sobre el tejado de la misma. Ahí no hizo falta ninguna descripción más por parte de los creadores, era obvio lo que se hacía en el interior. Coloqué las dos en la pizarra psicópata y me puse a investigar los nombres de los antros a ver si podía sacar algo en claro, cuando el timbre de la puerta sonó interrumpiéndome, con lo que esperé fuese la comida. Al escribir, además de fumar como un carretero, siempre me daba un hambre atroz y, por lo visto, eso que estaba haciendo era bastante similar a crear una trama literaria, así que los síntomas eran los mismos.

Al abrir la puerta me encontré a una sonriente Johanna con varias bolsas de plástico humentes en las dos manos. Miré rápido detrás de mí, tenía todo lo de las cajas por medio del salón, incluida la pizarra con las dos fotos.

—Me he topado con el repartidor en la entrada y te he pagado todo esto. Lo que no sé es si has pedido para ti sola o si tienes pensado invitar a medio equipo de fútbol —me sonrió. Después de que la pobre se acababa de gastar un pastizal no podía solo arrebatarlas y quedarme tan pancha.

Ade

—Ando metida en la documentación de un manuscrito —le mentí antes de que me preguntase.

—Estoy muy contenta de que vuelvas a escribir. Eres muy buena, AC, que nadie nunca te diga lo contrario. Lo único que pasa es que has tenido mala suerte y espero que paguen por todo lo que te hicieron —me alentó. Johanna resultaba, la mayoría de las veces más tétrica que yo, pero como ella era rubia y yo morena parecía que fuese al contrario. No comprenderé nunca por qué en la mayoría de las historias las de pelo negro somos las malas.

Dejé la comida encima de la mesa grande del salón para no quitar mis cosas de las cajas de la pequeña, cuanto menos moviese menos probabilidad habría de que Johanna husmease. A ella le encantaba ser mi lectora cero y meterse en todas mis tramas desde el principio. No tenía claro si la mentira que me inventé fue la mejor teniendo en cuenta su obsesión con mis novelas.

—¿De qué son las fotografías que tienes en la pizarra? —preguntó curiosa.

Sabía que tendría que contarle algo, no había parado de mirar todos mis papeles desde que entró en casa. Siempre he tenido una cosa clara, tanto a la hora de escribir como en mi vida, si eres una mala mentirosa di verdades incompletas que se asemejen con la realidad. Y eso fue lo que hice, pensé que, por otro lado, sería divertido que ambas nos pusiésemos a maquinar esta caja. De todos modos, yo estaba bastante perdida en esta ocasión, así que un poco de ayuda no me vendría mal.

—Me he propuesto un nuevo reto, necesito ver las distintas formas que tengo de terminar con un personaje sin que me cojan, así que he elegido estos dos escenarios al azar. El problema es que no sé mucho de ninguno de ellos. Me toca investigar.

—Bueno, si te paras a pensar es una buena forma de agilizar de nuevo la mente y volverte la AC psicópata de siempre.

—¿Quieres que lo hagamos juntas? —le sugerí sabiendo de antemano su respuesta.

Indagué un poco más sobre el bar de las partidas mientras ella se encargó de situar el antro de perversión. Johanna tenía la habilidad de quedarse con detalles tontos en los que nadie más se fijaba y no tardó en dar con la ubicación exacta del turbio bar motel. Usamos la aplicación del mapa aéreo para hacernos los croquis. Los míos siempre eran medio ininteligibles, sin embargo, Johanna tenía un don increíble para el dibujo y cuando terminó de hacerlos me dio hasta pena pintarrajearlos con mis conjeturas. Era divertido hacer esto con alguien más. La vida del escritor es bastante solitaria, cuando el mundo duerme el *juntalettras* sueña.

—¿Cómo imaginas que sería mejor terminar con este protagonista? —me preguntó Johanna.

—Pues yo creo que no deberíamos esconder el cuerpo. Es más, si lo dejamos a la vista de todos sería la mejor forma de ocultar nuestro rastro.

—Explícame eso que me he perdido —Johanna se metió tanto o incluso más que yo en el juego, me planteé contarle la verdad, pero quería ganar y si Fumero se enteraba de que no lo estaba haciendo sola me descalificaría.

—Este señor acude al prostíbulo y golpea a las pobres chicas, creo que lo más equitativo es que reciba una dosis de su propia medicina, solo que en esta ocasión será letal.

—Siempre he detestado a los que se creen con el poder absoluto, por tan solo tener dinero. No quiero saber mucho sobre la novela en la que saldrá, pero ya estoy deseando leerla —me confesó ilusionada—. ¿Nunca has sentido la necesidad de llevar a cabo alguna de tus teorías?

—Johanna, es ficción, eso es precisamente lo que nos diferencia a los escritores de los asesinos reales. No me digas que tú sí, porque no te veo capaz ni de terminar con una mosca —la acusé riendo por sus alocadas ocurrencias.

En momentos como esos era en los que creía que tenía que ser un poco menos sociópata o al final terminarían por acusarme de algún caso real, si es que eso no había sucedido ya. Era consciente de que el policía con nombre de

personaje de novelas me tenía en el punto de mira en lo que concernía al caso de Ágata y más aún después del hallazgo del bistori.

Nos pasamos el resto del día riéndonos y maquinando el crimen perfecto. En un descuido de mi amiga cerré la tapa del portátil para que no viese el chat, recé para que el juego no comenzase sin mí y perder esa ventaja que me había ganado. Ya teníamos casi lista la trama de este nuevo asesinato y deseaba exponérsela a los demás. Sin embargo, decidí ser buena compañera y, cuando la partida comenzase para todos, les dejaría una hora para que lo meditasen antes de hacer mi entrada triunfal.

Una vez concluido nuestro trabajo, Johanna subió las escaleras para irse a dormir, a la vez que yo cogía el ascensor para bajar basura. Mi idea era no salir en algunos días y no quería que el lugar comenzase a oler como mi nueva e inesperada propiedad.

De lejos vi una figura sentada en el banco en el que Ágata se llevaba horas al sol dándole de comer a los gatos, por un instante, mi mente me jugó una mala pasada y creí que se trataba de ella. Aceleré el paso para husmear, de todas formas, tenía que tirar las bolsas en los contenedores que estaban al lado; me dije a mí misma para convencerme de que no me estaba volviendo loca al querer ir a ver de quién se trataba.

—¿Tampoco puedes dormir? —Iván estaba sentado con la luz del teléfono alumbrándole el rostro. Desde nuestro altercado con la toalla no habíamos vuelto a estar los dos solos. Justo en el momento en el que descubrí al morador del banco, esas imágenes cruzaron por mi cerebro haciendo que me pusiese colorada como si acabase de suceder. Por suerte el cobijo de la noche hizo que eso no fuese demasiado notorio.

—Explícame algo, tienes un ático con una terraza impresionante en la que te puedes sentar tranquilo a ver las estrellas sin que nadie te moleste, ¿qué haces al lado de los cubos de la basura a oscuras?

—Conoces mi casa mejor que yo —se burló. Era verdad que había fantaseado con vivir en ese ático en innumerables ocasiones, sin embargo, esa se trataba de la primera vez que medio lo confesaba en alto sin darme ni cuenta—. Allí arriba no existe la posibilidad de verte mientras que aquí aumentan, como puedes comprobar —añadió levantándose. Si no fuese porque llevaba las bolsas de basura con olor a pis de gato la escena hubiese resultado hasta romántica.

—¿Y para qué querías verme exactamente? —le pregunté sin poder evitar que mi modo coqueteo se encendiese.

—Creo que sucede algo extraño. El otro día, antes de encontrar el bistori, quise decírtelo por eso fui a tu casa, pero la toalla me nubló las ideas y se me olvidó —manifestó sacando a la luz el temido temita—. ¿Has visto a algún repartidor subir las escaleras en este último mes?

—¿Cómo? —Se fue al garete el momento unicornio vomitando purpurina.

—Seguro que serán cosas mías, pero he visto paquetes en la puerta de tu casa y me pregunto si el que asesinó a Ágata no fue uno de esos repartidores que se toman la confianza de subir a los domicilios en vez de llamar al telefonillo de la calle.

—Pues no. Sinceramente, no he visto nada extraño. Las cajas que dices son pedidos de comida para gato, me sale mucho más barata si la encargo *online*. El chico que la trae trabajó conmigo en el reparto, por eso las has visto en el felpudo de mi casa, me las deja ahí para no tener que regresar si no estoy —mentí como una bellaca inventando cada palabra a medida que salía de mi boca, pero también haciendo una preocupante nota mental de todo lo que Iván estaba sospechando y que no me resultó para nada descabellado.

—Bueno, suponía que todo tendría una explicación lógica, pero mi cabeza no deja de darle vueltas al tema de Ágata, de la herencia, del crimen... Y después de encontrar hoy el bistori dudo que deje de hacerlo hasta que no descubra una respuesta lógica —se disculpó, esperando que concluyera la misión que me había llevado a nuestro encuentro casual y acompañarme de vuelta al bloque.

En la entrada me encontré en la tesitura de si subir por el ascensor, y pasar esos segundos robados en el cubículo aspirando su aroma, o si hacerlo por las escaleras para evitar el silencio incómodo que pudiese producirse. Antes de que tomase una decisión un estruendo hizo que los dos diésemos un brinco, sobresaltados.

—¿Eso ha sido en casa de Ágata o en los trasteros?! —quise saber, totalmente desubicada debido al eco que las escaleras nos devolvían. Al retumbar el ruido en las paredes provocó que no reconociese su origen.

Iván y yo nos miramos desconcertados y alertados por el escándalo. La puerta de la anciana estaba cerrada por lo que la opción más lógica eran los trasteros.

—No tengo las llaves aquí —me dijo enseñándome un curioso llavero de resina con la imagen de la película de *Los Goonies*. En este había algo escrito, sin leerlo supe que ponía: «Los goonies nunca dicen muerto», adoraba esa película, y junto a este colgaba una linterna UV de las que usan en las discotecas para ver los sellos invisibles.

Saqué las mías y abrí la puerta a la vez que encendí la pantalla del teléfono. Gracias a mis visitas con Johanna al lugar estaba al corriente de antemano de que la luz brillaba por su ausencia allí dentro. Iván hizo el intento de pasar

delante de mí, cosa que le impedí anteponiéndome a él, detestaba que los hombres tomasen la figura de caballeros andantes. Fuimos revisando los espacios libres sin hablar y sin encontrar a nadie hasta que, justo en el que mi amiga guardaba sus cosas, vimos algo moverse en el suelo en uno de los rincones más alejados.

—¿Quién anda ahí?! —inquirió Iván levantándose la mano para alumbrar mejor el sitio. En el suelo se veía un pie con un zapato de deporte y muchas cajas sobre lo que se suponía que era el resto del cuerpo.

Sospechoso

Le di una pequeña patadita a la extremidad para comprobar si su dueño se movía, cosa que hizo tras un casi mudo alarido de dolor, lo que provocó que diese un paso atrás, asustada, y pisase a Iván, demasiado cerca de mí como para incluso notar su aliento en mi oreja. Este me agarró para evitar que cayésemos, me echó a un lado y empezó a mover los bultos que cubrían el cuerpo. Cuando por fin pudimos verle la colorada cara descubrimos al músico bohemio casi inconsciente.

—¡Juan, despierta! —exclamó Iván mientras sentaba al chico.

Aquello me hizo sentir bastante mal, en todos los años en los que llevábamos viviendo en el mismo bloque jamás me preocupé de saber su nombre, solo lo llamaba «el músico» o cuando estaba con Johanna narrando mis inventadas historietas le nombraba como «el mulato guapetón». Tenía que enterarme de cómo se llamaba el anciano del puro y dejar de ser antisocial. Iván tenía la cabeza de Juan apoyada en su antebrazo para sostenerla en alto, al ponerme a su lado con el teléfono y alumbrarlo mejor descubrí un reguero de sangre que caía por la manga de la camisa, presumiblemente del pobre muchacho.

—No te muevas, puede tener un traumatismo o algo por el golpe —le advertí. Iván sacó su móvil para iluminar el lugar mientras yo salí a llamar a la ambulancia y esperarlos fuera.

Una vez en el exterior, vi luces dentro de la librería, no era extraño que Johanna se quedase hasta altas horas de la noche colocando cosas, lo raro es que yo sabía que ella ya se había acostado hacía un rato. Justo cuando estaba cruzando la calle para mirar de quién se trataba, mi interlocutor descolgó el teléfono y me dediqué a darle las instrucciones pertinentes para que llegasen lo antes posible. La calle María Pineda era muy conocida en la ciudad desde la misteriosa muerte de Ágata, tan solo esperaba que no lo fuese aún más por una segunda. Cuando levanté la vista ya estaba frente al escaparate de Johanna, aproximé la nariz como lo haría un niño tras un expositor de dulces, pero no volví a ver nada raro. Los nervios estaban jugándomela de nuevo y lo más probable era que se tratase del reflejo de mi propia luz que todavía continuaba encendida.

Los sanitarios no tardaron en llegar con las luces y la sirena puesta, haciendo que medio barrio se asomase a las ventanas para ver qué sucedía. Entré con ellos para conducirlos hasta Juan, quien continuaba inmóvil sobre Iván. Con cuidado lo subieron a una camilla y lo metieron en la ambulancia. Todo sucedió demasiado rápido, el chico, pese a su tez morena, se veía preocupantemente pálido.

Los médicos de la ambulancia preguntaron si alguno iríamos con él al hospital. Yo no lo conocía, no sabía si tenía familia a la que avisar, pero no podía dejarlo solo, cuando estuve a punto de ofrecerme voluntaria Iván se giró y dijo que iría él.

—Nada más que sepa algo te llamo —me avisó, metiéndose en la parte trasera del vehículo que estaba a punto de arrancar.

—¿Qué ha pasado? —la voz de Johanna a mi espalda me sobresaltó.

Aún llevaba la misma ropa con la que la vi antes. Mis manos comenzaron a temblar sin ninguna explicación, creo que encontrar el cadáver de Ágata y ahora ver al músico casi muerto en el suelo era algo que pensé que tan solo sucedía en mis novelas y que jamás lo viviría en primera persona. Me abracé a mi amiga y me puse a llorar como si Juan fuese alguien importante en mi vida, como si me doliese en el alma que algo malo le sucediese. Sin embargo, no era así, lloraba de forma egoísta, simplemente necesitaba hacerlo.

—Estoy comenzando a cansarme de venir a esta dirección. —El acento del inspector fue inconfundible y, también, lo último que quería escuchar esa noche. Me giré y me enfrenté a su acusadora mirada a la vez que me limpiaba las lágrimas. No podía explicarle qué me pasaba y estaba convencida de que él ya había comenzado a hacer sus cábalas, sin que ninguna de ellas fuese acertada, pero seguro que todas apuntaban a mí.

—¿También se encarga de investigar los accidentes domésticos? —le inquirí.

—Me resulta muy extraño que, justo en el mismo edificio en el que tengo un asesinato sin resolver, de pronto, haya un accidente doméstico —añadió diciendo esto último poniendo énfasis en las dos palabras que yo acababa de decir—. Me da bastante en que pensar.

—Pues piense lo que quiera que así la mente no se le atrofiará. Si no necesita nada más de nosotras nos marchamos. Buenas noches —le informó Johanna cogiéndome la mano y conduciéndome al interior del bloque, pasando delante del inspector como si de un ente se tratase. Jamás pensé que mi amiga tuviese los ovarios de hablarle así a un agente de la ley.

Su respuesta le cogió igual de desprevenido que a mí y no tuvo tiempo de reacción. Cuando se quiso dar cuenta nosotras ya estábamos montadas en el ascensor. Si eso fuese una de mis tramas, mientras las puertas se cerrasen el

hombre me miraría intimidante y se señalaría sus ojos con dos dedos para luego dirigirlos hacia mí. El problema era que aquello no se trataba de ninguna ficción inventada y en vez de ocurrir lo que yo escribiría, él se limitó a sacar un bloc pequeño en el que se puso a anotar cosas.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que estabas con Iván? —me fue preguntando Johanna mientras subíamos hasta mi planta.

—Supongo que Juan estaba buscando algo en el trastero y se le cayó todo encima. Tenemos que poner luces en ese sitio de una vez —fui narrando cuando ya el ascensor se detuvo. No tenía intención de explicarle lo de Iván porque; primero, no había sido de forma intencional que nos encontrásemos, segundo, estaba un poco harta de esa animadversión contra todo hombre que se me acercaba, y tercero, mi estado anímico no era el indicado como para aguantar sandeces.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No —respondí demasiado rápido como para que no le sentase ni medio bien—. Tengo ganas de estar sola, lo siento.

Se despidió con la mano y con cara de estar aguantando una falsa sonrisa en la comisura de los labios. Sabía que en ocasiones me comportaba de una forma más borde de la cuenta, sin embargo, también era cierto que la mayoría de las veces el mundo pretendía meter las narices donde no lo llamaban.

Me tiré casi encima de Pelusa, que para variar andaba tumbado en el sofá haciendo el vago, abrí la tapa del ordenador y vi que el chat se acababa de encender. Fumero escribió a los demás la misma carta que me mandó a mí. El resto de participantes ya tendrían sus respectivas cajas y estarían viendo las fotografías. Por ese lado estaba tranquila, mi plan era inmejorable, un tanto sádico, no obstante, mis últimos casos lo habían sido y el personaje en cuestión se lo merecía. Además, se trataba de ser la mente más retorcida y psicópata. Tal y como me prometí les dejaría una hora para que no asumiesen que les sacaba ventaja. Estaba atenta al teléfono por si Iván me daba noticias del hospital, pero también necesitaba una ducha, embutirme en mi pijama y después dejar a los jugadores con la boca abierta.

Con toda la parsimonia del mundo me dediqué ese tiempo que tanto necesitaba, cogí algo más de la comida basura que nos sobró y me senté dispuesta a escribir, cuando vi que el indicador decía que Andrea ya lo estaba haciendo. Era una participante extraña, hasta la fecha no es que hubiese aportado nada primordial al grupo y sus preguntas hacían suponer que no estaba demasiado puesta en el tema de las tramas criminales, así que me pareció de decoro dejarla terminar y luego hacerlo yo.

—Buenas noches. Considero que ese tipo de personas merece que el mundo sepa dónde y cómo han muerto, por lo que en esta ocasión no escondería el cadáver. Primero lo dejaría acudir a la partida de cartas y después a su encuentro con las prostitutas. Cuando salga de allí lo hará en estado de embriaguez y será más sencillo reducirlo. Me metería en la parte trasera de su vehículo a aguardar que se sentase y al hacerlo le cercenaría la yugular de un lado a otro sin que se enterase de lo que le está sucediendo. Mientras se va desangrando me pondría a su lado y le daría varias puñaladas en el pecho como si se tratase de un crimen de odio o pasional, dejando el cadáver dentro del coche para que lo encontrasen por la mañana.

Mi cara fue un poema a medida que leía la escena, eso era exactamente lo que se nos ocurrió a Johanna y a mí tan solo unas horas antes. ¿Tan obvio era este caso? ¿Estaba perdiendo facultades? El miedo a que Víctor y Díaz tuviesen razón y yo tan solo fuese otra escritora mediocre más a la que sacar el poco jugo que contenía me aterró, todos esos pensamientos empezaron a inundarme. Solo Sepúlveda aplaudió el resumen de Andrea, yo seguía en estado de *shock* y, por la hora en la que había comenzado la partida, supuse que el resto estarían ya durmiendo y cuando se despertasen verían que se habían quedado sin opciones a tan siquiera participar en esta caja.

No me salía darle la enhorabuena, esa era «mi idea». Me arrepentí de ser buena persona y dejarlos pensar, era imposible que ella también hubiese recibido la caja antes, no jugó en la anterior partida y no se lo merecía, así que lo único que me quedó fue pensar que era más fácil de resolver de lo que mi mente imaginó en un primer momento. El problema más concretamente es que yo me consideraba la peor perdedora del mundo, mis complicaciones con el alcohol comenzaron por quebrantar mi esencia, por malgastar mi alma, por abandonarme a mí misma y si me quedaba callada me mordería y terminaría envenenándome, cosa que no estaba dispuesta a que sucediese.

—No está del todo mal. Sin embargo, tiene bastantes lagunas —fui improvisando a medida que escribía—. Si le cortas el cuello habrá sangre por todas partes, será complicado que no dejes vacíos con tu brazo, y si a continuación quieres seguir dándole puñaladas en el pecho acabarás como Drew Barrymore en la serie de zombis de *Santa Clarita Diet*. Algunos de los clientes del burdel te pueden sorprender en medio del asesinato y si estás entera manchada será difícil pasar inadvertida.

Sí, era totalmente consciente de que me acababa de tirar por tierra a mí misma y que cualquiera podría haberlo

hecho si hubiese sido yo la que escribiese esa trama antes. No obstante, no permitiría que se quedase con la gloria cuando ya se había demostrado quién era la mejor jugadora, y no teníamos conocimiento de las cajas que nos quedaban aún por jugar. Si esta fuese la última me la habían arrebatado por estúpida. El móvil empezó a sonar con un número fijo desconocido.

—AC, todo está bien. Tan solo ha sido el golpe, le han dado un sedante para el dolor y le han puesto algunos puntos en la cabeza. Suponemos que se le ha caído todo encima mientras buscaba en alguna caja del trastero. Tenemos que poner luces y estanterías en ese lugar —me informó Iván en cuanto descolgué.

—Me alegro de que no haya sido nada más. ¿Te vienes de vuelta?

—Sí, mañana cuando pase el médico a verlo he dejado dicho que me avisen para regresar a recogerlo. Ahora pilla un taxi. ¿Estás bien?

—Solo estaba preocupada —mentí—, ¿quieres que vaya a buscarte?

—Según, ¿sigue oliendo a gato tu furgoneta? —se burló logrando sacarme una sonrisa—. No, descansa, mañana bajamos a arreglar el trastero y te quiero con fuerzas para sostener la linterna. Un beso, AC.

Colgó antes de que me diese tiempo a reaccionar o a insultarlo por meterse conmigo. Lo cierto fue que escucharlo me tranquilizó un poco y me sacó del juego, el mismo que estaba empezando a tomar derroteros más personales de lo que debería. Nadie había escrito nada más mientras hablaba. El silencio o la falta de reacción por parte del resto se me hicieron eternos hasta que Fumero concluyó la caja.

—La mejor aportación de esta trama ha sido la de Andrea, se tendrán en cuenta las recomendaciones de la otra participante para eliminar las posibles trabas al crimen. Estad atentos a las siguientes notificaciones.

En esta ocasión el mensaje fue diferente a los demás y me dejó un tanto vacía, me faltó esa algarabía que fluía por mi sangre cuando concluía alguna escena. El juego cuando no me nombraban la ganadora no era igual de emocionante. Cerré la tapa del ordenador y me tumbé a dormir esperando con ganas que la mañana llegase para ponerme a mover cajas con Iván.

El timbre sonó demasiado pronto, para mí solo habían pasado unos minutos desde que cerré los ojos. Miré por la ventana y la oscuridad del cielo me indicó que quién estuviese llamando a la puerta se había caído de la cama. Medio entumecida por el frío y por haber vuelto a dormir en el dichoso sofá, con el culo de Pelusa demasiado cerca de mi cara, me levanté y abrí. El viejo del puro estaba apostado en el rellano de la escalera, vestido con un chándal que no iba demasiado con su edad y aspecto de haber dormido incluso menos que yo. Me pregunté qué sería tan urgente como para bajar a verme.

Confesiones

Su inusual visita hizo que terminase de espabíllarme en pocos segundos. Se le veía preocupado, no es que tuviésemos una relación vecinal tan estrecha como para que se presentase sin avisar a esas horas en mi casa.

—Buenos días, ¿podemos hablar? —me dijo con voz ronca, pero sin su habitual puro en la boca.

—Claro, pasa —le ofrecí sintiendo más curiosidad que miedo porque descubriese el desordenado salón, con mi pizarra psicópata presidiendo la mesa grande incluida.

No estaba acostumbrada a tener tantas visitas y tendría que comenzar a plantearme lo de trasladar la base de tramas al cuarto que estaba destinado para ese fin, pero también tenía la cama para dormir y tampoco la usaba. Era algo habitual en mí lo de ocupar tan solo un espacio. En casa de mis padres tenía la guarida, como yo la llamaba, en mi habitación, salía tan solo para robar comida del frigorífico y regresar a escribir. Ciertamente echaba de menos esos tiempos en los que mi mayor preocupación era la de inventar historias sin la presión de tener que gustarle a nadie. Guardaba un vano recuerdo de que antes de entrar en la secta de esa editorial asfixiante, unía letras por el placer de hacerlo y creaba para mí, escribía lo que me gustaría leer si estuviese al otro lado de las páginas de un libro.

El hombre accedió y se quedó de pie en medio de la estancia, mirando de reojo las cajas esparcidas por el suelo, el ordenador portátil sobre la mesa pequeña y la pizarra apoyada en una silla alta de la cocina que ahora formaba parte del mobiliario del salón. Los restos de mi segunda cena estaban al lado de un montón de papeles garabateados, en los que iba apuntando las ideas que se me ocurrían y, a todo ese espectáculo, se le sumaba Pelusa durmiendo en el brazo del sofá sin prestarle ningún tipo de atención. La verdad era que, vista desde esa perspectiva, mi vida parecía bastante más desquiciada de lo que realmente era, o tal vez no. Si me paraba a pensar, y me sinceraba conmigo misma, así se encontraba mi cabeza en esos instantes.

—Te espero en el bar de la esquina y tomamos un café —agregó el hombre, perceptiblemente incómodo por no saber bien dónde sentarse, cosa que me alivió bastante.

En cuanto salió me lavé la cara con agua fría, me cambié de ropa y, sin saber muy bien por qué, hice algo que antes era bastante normal en mí, introduje en mi desgastado bolso de tela un cuaderno y un bolígrafo. Nunca sabes de dónde te pueden venir las ideas y mi neurona no daba para retener mucha información, además, era una negada para las tecnologías y eso de anotar cosas en el teléfono no era lo mío porque luego olvidaba dónde se guardaban.

Eran las siete de la mañana y el sol empezaba a asomarse por la línea que ocultaban los bloques cercanos. Respiré el aire fresco de un nuevo día demasiado impaciente, estaba deseando encontrarme con Iván, saber cómo estaba Juan y escuchar eso tan importante que tenía que decirme el viejo del puro, del que aún no sabía el nombre. De pronto, la inseguridad y la depresión de la noche anterior desaparecieron, era un juego, tenía que mentalizarme de que tan solo estaba probando una versión beta de algo que conseguía volver a activar mi creatividad, aunque fuese perpetrando crímenes virtuales.

Al doblar la esquina se encontraba el bar que abría antes de toda la barriada. Los que iban a trabajar, cuando casi no habían puesto las calles ni encendido las farolas, hacían su obligada parada allí para tomar café. Realmente para el cuchitril que quedaba a la vista tenía uno de los mejores cafés que había probado jamás, el único problema era que el dueño y camarero del local formaban la típica maruja de barrio que se enteraba de todos los chismes. El hombre hacía de cura tras el confesionario, solo que en vez del cubículo de madera utilizaba la barra del bar, y en lugar de ostias consagradas servía tapas. Sin embargo, lo que más le diferenciaba de un clérigo era que este no se guardaba las confesiones, se dedicaba a narrarlas a todo el que ponía la oreja cerca, y por eso no visitaba ese local con más frecuencia, pese a tenerlo al lado de casa.

Mi vecino, conocedor de la fama del camarero, se había colocado en una mesa de la terraza lo suficientemente alejado de él como para que no pudiese escucharnos. Ya tenía una copa pequeña de brandy, un café solo negro como las entrañas de un demonio y un vaso de agua, además de su gran cenicero y su inseparable puro sobre la mesa. Supuse que hasta que no desayunaba no lo encendía, si es que a aquello se le puede llamar desayunar... Pedí otro café y me senté enfrente del anciano que miraba al horizonte como si estuviese viendo algo demasiado especial para prestarme atención. Encendí un cigarro y dudé en sacar mi libreta de anotaciones, después de meditarlo algunos segundos decidí dejarla reposando sobre mi regazo.

—¿Y bien? —exhorté impaciente pasados algunos minutos. El bar estaba vacío en ese momento, por lo que el hombre tras la barra no nos quitaba el ojo de encima a la vez que se afanaba en secar con un trapo los vasos que sacaba del lavavajillas.

—¿Qué sucedió ayer con el negrito? —me preguntó refiriéndose al muchacho de forma cariñosa. Si su invitación había sido tan solo para enterarse del incidente de Juan me iba a decepcionar bastante.

—Tuvo un percance en el trastero, Iván y yo lo encontramos y se lo llevó la ambulancia. Se ha quedado una noche en observación —le informé, un poco hastiada y bastante decepcionada.

El silencio volvió a primar en la improvisada reunión, comenzaron a llegar clientes más interesantes que nosotros y el camarero se unió a su conversación, quitándonos de su punto de mira.

—AC, tengo algo que preguntarte. No estaba seguro de estar en lo cierto, pero después de ver tu salón he salido de dudas —susurró acercando demasiado el humo de su puro a mi cara, a la vez que consiguió avergonzarme por el lamentable estado de mi domicilio. La nota mental imprescindible del día era recogerlo y ponerlo medio decente por si recibía alguna otra visita inesperada—. ¿Qué piensas sobre el juego de las cajas? —Me cogió por sorpresa la pregunta y no supe ni qué, ni cómo contestarle—. Soy Sepúlveda, —confesó— he sospechado desde el principio que tú podrías ser realmente tú, pero también existía la posibilidad de que fuese alguno de tus lectores usando tu nombre como pseudónimo. Me pareció extraño que alguien usase su verdadero sin saber en concreto de qué se trataba.

—No me dio por pensarlo demasiado y no me conoce tanta gente como para relacionar las iniciales conmigo como persona física —respondí, intentando justificar mi nefasta elección y, simultáneamente, bastante sorprendida por descubrir que conocía mi faceta literaria y que era otro de los participantes. Menos mal que estaba casi segura de que él no se habría apuntado al chat de citas, o verificaría que era medio idiota porque había vuelto a hacer lo mismo allí... En ese instante me importó poco que se sintiese incómodo y saqué mi cuaderno de notas para ir apuntando lo que me pareciese importante—. Se supone que no debemos tener contacto entre nosotros o nos descalificarán del juego.

—¡Están sucediendo cosas más importantes que esa estúpida partida! —exclamó levantando la voz y haciendo que el interés del camarero volviese a recaer en nuestra mesa.

—No tengo ni idea de lo que hablas, lo único extraño o importante que nos ha sucedido es la muerte de Ágata —le indiqué sin saber dónde quería llegar con aquella revelación.

—¿No te parecen demasiadas coincidencias que ambos formemos parte de esto y que al poco tiempo de recibir la primera caja la pobre mujer muriera asesinada también en nuestro bloque? —continuó con un tono mucho más bajo que el anterior—. Además, también está el accidente de Juan y las extrañas muertes de esas personas relacionadas con el mundo editorial y que te tocan tan de cerca.

Seguía sin comprenderlo, el hombre tenía una edad considerable, se le veía solitario y se pasaba las noches frente al televisor o en la ventana asomado fumando. Lo de las conspiraciones era algo que casi seguro se llevaba intrínseco en la edad, no obstante, sus conjeturas me cogían desprevenida.

—¿De qué muertes estás hablando? —le pregunté siendo totalmente sincera.

—AC, eres joven y tienes toda una vida por delante. El inspector me llamó anoche y me hizo muchas preguntas sobre ti, por supuesto que no le conté nada del juego que has creado, pero considero que esto se te está yendo de las manos. Debes terminar de una vez y asumir las consecuencias, no seré yo el que te delate, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra —agregó citando un pasaje del Evangelio de San Juan y dejándome aún más descolocada que antes de sentarme.

—¡Buenos días! Nos hemos levantado temprano hoy. ¿Estorbo? —le interrumpió Johanna sonriente sentándose a mi lado.

—Seguiremos hablando en otra ocasión, pero medita lo que te acabo de decir, niña —concluyó dejando un billete de veinte sobre la mesa y largándose sin darme más explicaciones.

Realmente me estaba cansando de estas estúpidas conjeturas. Si bien es cierto que yo también consideraba que era mucha casualidad que ambos formásemos parte del juego, si me paraba a pensar también me escamaba el no tener ni idea de a qué se dedicaba y que, además, se lanzó demasiado rápido a abrir el inodoro de Ágata para recuperar lo que se podía considerar el arma del crimen. Y lo peor de todo era que este hombre me consideraba el artífice tanto del juego como de la muerte de la anciana, y también expuso una acusación velada sobre otras defunciones que desconocía. Notaba cómo la tensión comenzaba a subírseme y empecé a ver un poco nublado. Era demasiada información para esas horas de la mañana y mi cabeza no terminaba de comprenderlo.

—¿Qué le pasa a Jorge? ¿Está recordando viejos tiempos y te usa como alumna? —se mofó Johanna pidiendo un café y poniéndose en el lugar del misterioso anciano, creándome más dudas de las que ya tenía que, supongo, se reflejaron en mi cara al escuchar su aclaración—. Creí que te había hablado de él, debo tener alguno de sus libros por la librería.

—Espera, ¿qué?

—Hace muchos años, en la época del golpe de estado, Jorge estuvo escribiendo libros de política. Según su punto de vista, creando personajes inventados, pero basados en figuras conocidas que eran fáciles de diferenciar si se ponía un poco de atención al texto. No logró que ninguna editorial le publicase, creo que una de ellas le dijo que sus historias eran imposibles de vender. Así que autopublicó, si no me equivoco, dos de ellos y continuó trabajando en una empresa de construcción familiar. Como no tiene hijos y él ya está jubilado ahora la llevan sus sobrinos.

—Y todas las noches que me he estado inventando historias sobre él asomado a la ventana fumando el puro y dejando caer la ceniza en la cabeza de Ágata, ¿nunca se te ocurrió contármelo?

—No mates al mensajero, no hace mucho que me enteré de su vida, por casualidad llegaron esos libros a mi poder con un lote de segunda mano que compré. Ya sabes que me gusta revisar cada uno de ellos por si hubiese algún tesoro escondido, tras ver al joven que salía en la foto de la parte de atrás y el nombre simplemente le pregunté. Pensé que lo sabías y por eso decías que le gustaban las conspiraciones.

—Johanna, yo me acabo de enterar de su nombre hace unos segundos. Cuando dije eso fue por puras elucubraciones.

—AC, tienes que relacionarte más con la gente, te estás volviendo más sociópata que yo, aunque estoy segura de que te conoces al dedillo la vida entera de Iván.

—Tengo que ir a hablar con él —afirmé levantándome de la silla con la intención de interrogar al viejo hasta que me contase todo lo que sabía.

—¿Me explicas por favor qué te ha pasado con él?

—Es una larga historia, solo que creo que piensa que tuve algo que ver con la muerte de Ágata y necesito que me explique el porqué —le dije siguiendo en mi línea de verdades a medias.

—Yo que tú no le haría demasiado caso. Nadie tomará en serio las conjeturas de ese loco charlatán. Si quieres abro la tienda más tarde y voy contigo. Yo lo ato y tú le preguntas —concluyó Johanna haciéndome reír al imaginar la escena de las dos teniendo al pobre hombre amordazado.

—Deberías dejar de leerme, estoy empezando a ser una muy mala influencia para ti.

—Eso dicen mis padres —se burló, levantándose y caminando a mi lado hasta la puerta de la tienda—. No hagas ninguna tontería ni te sofoques por necesidades. Por cierto, hablando de progenitores, tu madre me llamó ayer para ver cómo me iba viviendo contigo. Si te vas a inventar algo como eso deberías comunicármelo si quieres que actúe como coartada.

Se me había olvidado por completo el tema de mi madre. El lujoso coche de Iván se detuvo a nuestro lado. Se bajó rápido y se dirigió al lado del copiloto a ayudar a un convaleciente Juan que llevaba una llamativa venda blanca rodeándole toda la cabeza, el contraste de la gasa con su piel la hacía todavía más visible y escandalosa. En la parte trasera de la misma se veía una gran mancha roja, supuse que era donde le habían cogido los puntos por el golpe.

—¿Cómo sigues? —le pregunté cogiéndole el brazo que le quedaba libre para ayudarlo también a caminar. En el fondo me sentía un poco culpable por no haberlos acompañado al hospital ni anoche ni ahora en la mañana.

—Solo me duele cuando sonrío —dijo a la vez que hacía exactamente lo que anunció que no debería hacer.

—¿Qué hacías solo a esas horas en el trastero? —demandó saber Johanna mandando la palabra empatía fuera de su diccionario.

—Llevo algunas noches oyendo ruidos y golpes ahí abajo, tan solo fui a mirar si pasaba algo. Pensé que a lo mejor se había metido algún indigente y quería ver si necesitaba algo. Lo último que recuerdo fue ver a una silueta de espalda al fondo del trastero, pero luego todo se volvió negro y un fuerte olor a alcohol y a desinfectante del hospital que llenó mis fosas nasales —reconoció el chico llevándose la mano a la nuca de forma instintiva al rememorar el dolor del golpe.

—Hoy mismo AC y yo vamos a poner luces y a organizar un poco el trastero, cambiaremos también la cerradura y os daremos una llave a cada uno —afirmó Iván, mientras Johanna nos observaba sorprendida ante tal revelación.

—No vais a hacer nada de eso —objetó cruzándose de brazos y haciendo un infantil mohín—. La mayoría de las cosas que hay ahí dentro son mías y no voy a dejar que me las rompáis o desordenéis.

—Johanna, está todo hecho una verdadera porquería —le recordé arrepiñiéndome al instante de haberlo dicho. Johanna era muy posesiva, tanto con sus pertenencias como con las personas que creía que también lo éramos.

—Dedícate a limpiar tu casa que lo necesita más que ese lugar y yo me encargaré de ordenar lo de ahí abajo —terminó la frase dándonos la espalda y cruzando la carretera para entrar en su tienda dejándonos, a los otros dos sin saber qué más decir, y a mí con la cara como un tomate de la vergüenza. No pensaba volver a dirigirle la palabra hasta que me pidiese perdón.

Iván y yo ayudamos a Juan a entrar en su casa y lo dejamos en un curioso sofá de mimbre cubierto por dos grandes cojines grises. El lugar olía a una mezcla entre incienso y marihuana. Tenía figuras de Bob Marley y de Marilyn

Monroe, una mezcla un tanto peculiar, pero el chico en sí lo era, así que no me extrañó demasiado que su decoración fuese extravagante.

—Gracias por ayudarme anoche, si no hubiera sido por vosotros seguramente me habría desangrado ahí abajo. No seré yo el que regrese a mirar ningún maldito ruido más —nos agradeció Juan con la voz entrecortada un poco emocionado. Iván se acercó al chico y le dio un miniabrazo varonil. Yo, por mi parte, permanecí en la puerta sonriendo como una estúpida, sin saber qué responderle. Las relaciones humanas no eran lo mío, creo que por eso Pelusa y yo nos comprendíamos tan bien.

—¿Estás bien? —Esta era una pregunta que se estaba haciendo demasiado habitual entre Iván y yo.

—¿Lo dices por Johanna? No pasa nada, es como mi hermana mayor y a veces también una enorme cretina —le confesé. Mientras hablaba olí el humo del puro que aún permanecía en el ascensor y recordé que tenía alguien a quien torturar si fuese necesario con tal de obtener respuestas. Pero antes me enteraría de esas supuestas muertes relacionadas con mi mundo ya que, lo peor de todo, era que no tenía claro a qué se refería con eso.

Asesinatos

Entré en casa con ganas de tirarle algo desde la ventana al cristal de la librería de mi supuesta amiga del alma, detestaba muchísimo que se comportase de esa forma tan infantil. No tenía pensado hacer nada extraño con Iván, solo me sentía bien a su lado y quería conocerlo mejor, pero si estuviese en mi mente algo más me lo estaba complicando bastante. Ella sabía de sobra que tan solo seríamos buenas amigas, sin embargo, como continuase con esa actitud me iba a obligar a alejarme y yo era especialista en hacer eso.

Me eché un café y me senté delante del ordenador a mirar las últimas noticias sobre defunciones, cuando el sonido de un mensaje en el teléfono hizo que diese un pequeño saltito de alegría. Sé que dije que no le volvería a hablar, pero otra cosa era responderle si él lo hacía primero.

—¿Me explicas qué ha sucedido con esta caja? —El participante secreto acababa de ver el chat y, como supuse, no tenía claro los derroteros que esta jugada había tomado.

—Buenos días, Bella Durmiente. A buenas horas miras el chat.

—He estado liado, ¿sabes que tengo una vida además de la virtual?

—No lo sé porque no quieres ni que oiga tu voz. —Me lo dejó demasiado fácil como para no aprovecharlo, no obstante, me arrepentí en el momento en el que le di a enviar. Al releerlo comprobé que había parecido demasiado interesada y desesperada. «¡Mierda!».

—Andrea se te ha adelantado esta vez, la verdad es que ha estado rápida con la exposición, aunque tus contras también han sido acertados. Si fuese yo quien tuviese que realizar el homicidio utilizaría las dos tramas unidas —confesó.

—¿Has oído algo de unos asesinatos? —le pregunté sin más preámbulos.

—Algo he escuchado, pero las casualidades existen y no me he parado a pensarlo más. Sin embargo, sí es cierto que algunos te rozan demasiado como para que el inspector no te tenga en su punto de mira —me informó. Al igual que Sepúlveda, Jorge o como quisiera que se llamase el viejo del puro, él también sabía cosas que yo no y eso me enfadó sobremanera.

—Ya que nadie me cuenta qué sucede tendré que averiguarlo por mí misma —concluí silenciando el móvil de nuevo y centrándome en esta nueva investigación.

Lo primero que hice fue analizarlo como si de una trama literaria se tratase, anoté lo que sabía, que tampoco es que fuese demasiado: Ágata murió en mi mismo bloque y yo tenía cierta relación con ella. Además, no podía olvidar anotar que me había dejado el piso en herencia a medias con Iván. Por otro lado, estaba la muerte de Víctor, de esa tan solo conocía que lo encontraron en su casa, para conseguir más datos tendría que llamar a Alonso, él seguramente sabía al dedillo todos los detalles más escabrosos sobre el tema.

Además de esos dos no era consciente de ninguna otra pérdida cercana, así que lo más sensato era llamar a mi querido ex y ver qué me contaba. Haciendo de tripas corazón marqué su número, sin leer los dos mensajes nuevos que el participante X me había mandado, sin embargo, el teléfono daba apagado o fuera de cobertura y saltaba inmediatamente el contestador, con esa voz que tanto me excitaba: «Siempre estoy disponible para una buena conversación, deja tu mensaje y te contactaré lo antes posible. Gracias». Me pareció extraño porque él siempre tenía el móvil disponible, era su herramienta tanto de trabajo como de ligue. Le dejé una nota de voz diciéndole que necesitaba hablar con él, estaba convencida de que en cuanto la oyese vendría a casa corriendo en lugar de llamarme, pero era un mal menor que tendría que asumir si quería respuestas de primera mano.

Tenía la tarjeta del inspector y otra opción era meterme de lleno en la boca del lobo preguntándole a él directamente, aunque eso me haría parecer más culpable. Un sospechoso siempre necesita información acerca de sus crímenes y así saber por dónde tirar. Eliminé esa elección de la lista y me metí en el buscador del ordenador para ver si en realidad tenía algo por lo que preocuparme. Se me ocurrió escribir el nombre de «Víctor Hugo» y la palabra «muerte» al lado, en cuanto que mi dedo pulsó el botón de *enter* comenzaron a salir artículos hablando del tema. En unos ponía que lo encontraron a los días de morir en extrañas circunstancias. En otro había una foto medio pixelada del cuerpo atado sobre la cama, en esta la cara de la persona no se veía bien, lo que sí se podía distinguir era una botella de vino volcada en el suelo.

Detesté a ese hombre en vida y lo seguiría haciendo después de muerto, no obstante, no me pareció loable que este tipo de fotografías se hubiesen divulgado, si es que era real y se trataba de él. Víctor tenía más enemigos que amigos y no me extrañó que alguno de ellos hubiese pagado por dicha filtración. Continué leyendo hasta que mis ojos se detuvieron en el enunciado de uno que me llamó especialmente la atención: «Rodrigo Díaz se queda como único

responsable de la gran Editorial Entre Líneas después de las dos muertes de sus socios». Abrí veloz la noticia y continué leyendo.

Las desgracias acompañan a esta longeva editorial de publicación tradicional. Entre sus tres socios descubrieron la pluma de grandes escritores dándolos a conocer al resto del mundo. Hace unos días lamentábamos la terrible muerte de su agente literario Víctor Hugo y hoy, por desgracia, tenemos que comunicar la noticia de otro nuevo varapalo a esta empresa familiar. La viuda Luisa Mayo ha sufrido un fatal accidente durante una sesión de belleza.

No logré seguir, las manos me temblaban y no podía más que leer una y otra vez lo de *fatal accidente en una sesión de belleza*. Sabía a la perfección que, aunque en la noticia no nombrasen el lugar en el que murió, el sitio al que Mayo acudía siempre era al carísimo salón en el que tuvimos que idear la trama del asesinato velado. Yo misma fui quién propuso la brillante idea de matar a la protagonista con las picaduras mientras se bronceaba.

Como me acababa de decir el jugador X, las casualidades existían, aunque esto comenzaba a parecerse demasiado a la realidad. Ahora comprendía por qué la insistencia del inspector al decirme que tenía algo turbio escondido, si me paraba a analizarlo desde el exterior todo apuntaba hacia mí. Tenía un móvil para dos de las tres muertes y, aunque estas habían sido consideradas «accidentes», yo estaba comenzando a plantearme cuánto de verdad había en esa afirmación. Debía subir a hablar con el viejo quisiese él o no, por lo que, sin pensarlo, corrí saltando de dos en dos los escalones y empecé a aporrear su puerta con la misma premura que si la casa estuviese ardiendo.

—¡AC, para, no hay nadie, lo vi salir hace un rato! —me gritó Iván bajando las escaleras.

—¡Tengo que hablar con él! ¡Necesito que me explique cosas y es muy importante que lo haga ya! —le chillé obcecada y continué llamando al timbre, notando que las lágrimas empezaban a mojarme las mejillas sin que pudiese evitarlo.

Mi insistencia empezó a ser agresiva y los puños sucedieron al dedo en el botón. De pronto estaba descargando toda mi incompreensión en aquel trozo de madera que no tenía culpa de nada. Sentí que me aferraban las manos desde atrás y las bajaban hasta mi estómago para, a continuación, ser abrazada de la forma más tierna y delicada que lo habían hecho jamás. Las piernas me flaqueaban, era consciente de que me mantenía en pie tan solo por el agarre de Iván, si él no me estuviese sosteniendo ya estaría en el suelo, destrozada y convertida en un mar de lágrimas, algo sin sentido para el resto del mundo si alguien me hubiese visto. Con un ágil movimiento me giró y me apretó contra su pecho donde proseguí mi turbadora escena, pero ahora llenando de mocos y lágrimas la camiseta del pobre muchacho, quien continuaba paciente abrazado a mí. Cuando estuve un poco más calmada, levantó mi cara y me dio un dulce beso en la frente, que hizo que se me erizase todo el cuerpo como si de una pequeña descarga eléctrica se tratase.

—¿Mejor? Subamos a mi casa y te haré algo para que te relajes. Puedes esperar a que Jorge llegue, en cuanto lo haga escucharás un portazo para nada divertido. —Sonrió sin dejar de soltarme la mano conduciéndome escaleras arriba.

Si los ángeles existían no deberían diferir demasiado de aquello que tenía ante mis ojos. En cuanto entramos al ático de Iván accedimos a un gran salón, este estaba repleto de estanterías que llegaban desde el suelo hasta el techo, colmadas de libros encerrados tras puertas de cristal. Bella debió de sentir algo parecido cuando entró en la biblioteca de Bestia en el castillo. En el rincón más próximo a la terraza había puesto un diván gris y sobre este una gran lámpara de pie metálico curvado con una enorme tulipa blanca redonda en su extremo, hábilmente colocada para que la lectura fuese perfecta. El lugar olía a una mezcla entre limpio y fragancia cara masculina, además de tener velas de canela encendidas sobre la mesa central.

Ahora tenía claro que Iván jamás volvería a entrar en el antro al que yo llamaba hogar después de ver esto. Se trataba del hombre más pulcro y detallista que había conocido nunca, sabía que una chica venía a limpiarle de vez en cuando, pero, aun así, los hombres con los que había tratado no mantendrían el lugar en tan óptimas condiciones. No pude evitar correr hasta las estanterías y ponerme a curiosear todos los tomos que aguardaban ser leídos, además de cientos de recuerdos de viajes a los que yo nunca iría. Tenía de casi todo el mundo, fotos en Dubái, figuritas de la Torre Eiffel e incluso pequeños almanaques de hacía quince años de Djibouti, lugar que no tenía claro dónde estaba, pero que se veía alucinante.

Preferí no pensar en mi aspecto después del sofocón de hacía tan solo unos segundos, cuando lloraba se me subía la tensión y me ponía roja como un tomate, además de que mi nariz continuaba moqueando y mejor no hablar del estado de mis ojos o de mi atuendo. El salón era como las bibliotecas de colecciones antiguas a las que tienes que acudir con ropa formal si quieres que te dejen entrar y yo me sentía como una intrusa que se acabase de colar.

Dos libros que me eran demasiado conocidos se encontraban colocados en un lugar privilegiado en el centro de las estanterías a la altura de mis ojos. Estaban junto a un tomo amarillento de *La Historia Interminable* y, al acercarme un poco más, comprobé que se trataba de una de las primeras ediciones en las que la letra de la novela era de dos

colores y se podía leer una historia de un lado y otra de otro. Creo que ahí fue cuando mi boca comenzó a desencajarse y empecé a sentir un poco de vergüenza porque mis novelas estuvieran rozando aquella joya atemporal, que daba miedo solo mirarla no se fuese a deshacer.

—¡Dios mío! —fue lo único que acerté a decir, intentando desviar mi vista de mis fracasos literarios y centrarme en las demás obras de la literatura que Iván poseía.

—Supuse que te gustaría ver que tenía dos de tus primeros libros, además quería que me los firmases y nunca encontraba el momento oportuno para ello, este medio raptó me ha venido bien para poder conseguir tu rúbrica de una vez. —Sonrió ruborizándose.

Me hizo recordar esos tiempos en los que mis amigos venían a casa para que les firmase mi primera novela, y no pude más que sentir un pellizco en el estómago, seguido de una pena que me llenó por completo y logró que mis ojos volvieran a amenazar con desbordarse en lágrimas.

—Hace mucho tiempo que no firmo ninguno de mis libros, porque no los considero como míos —le respondí, dando una gran bocanada de aire para intentar que mis lagrimales detuviesen su erupción inminente y a la vez recordando que necesitaba un cigarro con urgencia—. ¿Puedo salir a la terraza mientras haces el café?

—Claro, espera en la hamaca de fuera, allí tienes ceniceros —afirmó adivinando mis intenciones.

Si el salón biblioteca era impresionante, atravesar esa puerta te transportaba a un cuento de hadas. Las macetas que se medio vislumbraban desde abajo formaban un cómputo perfecto que hacía que pensases que no te encontrabas en la ciudad. Diminutos arbolitos con frutitas parecidas a las de juguete, flores que no había visto en la vida y una casita de madera imitando a la de un hada colgada del techo. Me puse de puntillas para poder verla mejor por dentro y en su interior descubrí a un pajarillo durmiendo tranquilamente hecho una bolita. Si este extraño hábitat ya me resultó encantador, girarme y toparme con un columpio de mimbre y una mesa imitando al tocón de un árbol ya hizo que sintiese envidia insana por Iván.

Me senté con el mismo cuidado que cuando tocas algo que se puede romper, tal y como me indicó, encima del cristal de la mesa había un cenicero con una foto de las Islas Seychelles en su interior que me dio pena ensuciar. Mientras luchaba conmigo misma por si encender el pitillo que tenía en la boca o morirme del mono de nicotina. Iván apareció con dos humeantes tazas en la mano. La luz de la mañana llenaba la terraza y le dio directa en la cara, haciendo que el color de sus ojos fuese aún más intenso y que las pequeñas arrugas que marcaban los rasgos de su rostro se atenuasen, confiriéndole un aspecto mucho más interesante y bondadoso de lo que antes me había resultado. Se sentó junto a mí en el estrecho sillón móvil rozando su pierna contra la mía, recordándome el tiempo que hacía que no estaba tan cerca de ningún hombre.

—¿Quieres contarme qué pasa? —me preguntó rompiendo el incomodísimo silencio en el que nos encontrábamos.

—Es demasiado extraño incluso para mí y no tengo claro si decirlo en alto me servirá de ayuda —confesé.

—Como prefieras, a veces también sucede que evocar las locuras hace que parezcan más coherentes —alegó siendo lo más congruente que había oído en años.

—Podría ser que alguien estuviese usando mis ideas para perpetrar crímenes reales en personas cercanas a mí o no, no lo sé en realidad. Por eso necesito hablar con Sepúlveda —confesé equivocando el nombre del viejo al de su avatar.

—¿Sabes que no hace mucho que murió, verdad? —me respondió un tanto confundido tras mi error.

—Con Jorge —rectifiqué.

—Si te soy sincero no creo que tengas que tomar muy en cuenta las batallas que te cuente el pobre hombre, lleva algunas semanas actuando de forma más extraña de lo habitual. Sale de noche, vuelve de madrugada y la otra tarde me lo encontré saliendo del trastero. Mucho me temo que fue él quien le asestó el golpe a Juan —musitó pensativo—. Estoy casi seguro de que se asustó. Se está volviendo aún más *conspiranoico* de lo que ya era.

—Puede ser que haya exagerado un poco mi reacción. Esta mañana me pareció bastante cuerdo cuando desayunamos.

—Así que lo que tengo que hacer para llamar tu atención es hablarte sobre ovnis —confirmó pensativo, sacándome una sonrisa sincera.

Me encontraba realmente bien con él. Era un hombre inteligente, culto, con temas de conversación racionales y además estaba forrado de dinero, lo que no comprendía era qué hacía viviendo allí pudiendo estar en cualquier parte del mundo.

Me estuvo contando un poco de cada sitio en el que había estado, me podría pasar horas escuchándole narrar historias. Tenía las vivencias de alguien mucho más longevo, era como oír a un abuelo relatar su vida, con la diferencia de que a Iván le quedaban mucha más por vivir. En algunas ocasiones se emocionaba tanto al gesticular que su mano rozaba mi brazo o su pierna chocaba contra la mía, temí estar tan embelesada que se me cayese la baba

o algo peor. Mi vejiga hizo acto de presencia cuando más a gusto me sentía rompiendo la magia del momento, teniéndole que preguntar por el baño, mientras él se quedó afanado quitando malas hierbas a las macetas de la terraza.

Seguí sus indicaciones de «al fondo a la derecha» y evité hacer la broma de decirle que igual que en los bares, porque de aquel lugar se podría decir cualquier cosa menos que se asemejaba a ningún tugurio en el que hubiese estado. El largo pasillo que salía del salón tenía puertas cerradas a ambos lados, las mismas que me gritaban que las abriese y husmease un poco dentro de ellas, para poder seguir embebiéndome de todo lo que yo no llegaría a poseer en la vida. No obstante, me contuve haciendo un esfuerzo mayor, lo último que quería era que me pillase in fraganti metiendo las narices donde no me llamaban. Al fondo a la derecha justamente había dos puertas en una especie de esquina, por lo que ahora no sabía dónde entrar, pero mis necesidades fisiológicas estaban al límite. Sin pensar estar haciendo nada malo agarré los dos brillantes pomos y los abrí a la vez para tardar el menor tiempo posible. Sin embargo, jamás pensé encontrar lo que vi frente a mis ojos.

Especulaciones

Miré detrás de mí para comprobar que Iván continuaba en la terraza. Entré rápido con el móvil en la mano para fotografiar todo lo que había allí y mandárselo a Johanna por si me sucedía algo. El cuarto estaba lleno de retratos a lápiz de mi cara, si quitaba lo macabro que me resultaba haber sido tan observada sin darme ni cuenta, en ellos salía mejor de lo que era en la realidad. Mis imágenes rodeaban un gran trozo de corcho similar a mi pizarra psicópata y, al igual que yo, también estaban las fotografías incluidas en los dosieres de las cajas, con la excepción de que junto a cada una de ellas había otras que yo no tenía, pero que, sin embargo, reconocía a la perfección. Luisa, Víctor y Rodrigo estaban en lo que supuse eran sus respectivos casos.

Con manos temblorosas cogí un dosier que había encima de la mesa en el que ponía AC en grande, lo abrí como si de una bomba se tratase y estuviese a punto de explotarme en la cara y, en efecto, así fue. Dentro había fotografías mías con Ágata, con Johanna y sola en el banco de los gatos fumando, instantáneas robadas y que no tenía ni idea de cuándo fueron hechas. Lo que más me turbó fue hallar detrás de ellas mis contratos editoriales con tachones en rojo y tras estos unos folios mecanografiados metidos en una carpetita de plástico que conocía a la perfección. Se trataba del primer manuscrito que mandé a casi todas las editoriales del país y el mismo por el que nadie apostó y se quedó relegado al fondo de uno de los cajones de la mesita de casa de mi madre. Lo que realmente me daba más miedo era no saber cómo había llegado hasta ahí.

La puerta de un armario frente a mí estaba medio abierta dejando a la vista las cajas de los casos amontonadas. Cerré la puerta tras haber fotografiado todo, teniéndolo listo para enviárselo a mi amiga; esperaba que si nadie volvía a verme con vida al menos ella tuviese algo con lo que tirar de la cuerda y descubrirlo. Entré en el baño justo cuando escuché a Iván preguntar si todo iba bien. Tragué saliva y le respondí lo más calmada que pude, me eché agua en la cara, terminé lo que había ido a hacer y regresé hasta la entrada de la terraza.

—Tengo que irme —le informé procurando no sonar demasiado alterada.

—¿Estás segura? Jorge no ha llegado aún, le hubiésemos oído despotricar cuando no le abre la llave. —Me sonrió, pero yo ya sabía que detrás de esa sonrisa se escondía algo demasiado turbio.

—Acabo de recordar que le prometí a Johanna ayudarla con el trastero —mentí, dirigiéndome a la puerta con pasos largos para salir cuanto antes de allí.

—Si necesitas que vaya solo tienes que silbar, estaré aquí fuera, atento a todos vuestros movimientos —bromeó, poniéndome la piel de gallina, puesto que yo ya era consciente de que aquella afirmación era una realidad velada.

Cerré la puerta de su casa, incluso antes de que él hubiese llegado hasta mí para despedirse, y bajé las escaleras aún más rápido de lo que las subí. Nunca ese tramo se me había hecho tan largo. No fue hasta que salí a la calle que tomé una gran bocanada de aire, estaba sin aliento, las manos me temblaban y el corazón me latía a mil por hora. No sabía bien qué había visto ni qué pensar, de lo que estaba segura era de que Iván no era trigo limpio y que, al igual que Jorge, formaba parte del juego.

La teoría de que él era el participante X con el que había estado hablando tomó demasiado peso como para ignorarla. Instintivamente cogí el teléfono con las dos manos y me lo llevé al pecho. Tenía que revisar las fotografías que había sacado de todo, pero aquello me comenzaba a superar y necesitaba acercar posturas con Johanna para que me ayudase, aunque hacerlo sería meterla a ella también en mierda y eso no quería que sucediese.

La cabeza me iba a explotar, si estuviese en una de esas novelas en las que tú mismo escoges el destino del protagonista y en el pie de página pusiese: «*Quieres ir a hablar con el inspector y contarle todo. Vas a decirle a tu amiga la verdad y entre las dos investigaréis. Encontrar a Jorge y sonsacarle la información*»; o «*Sigue tú sola indagando*», no tendría ni la más remota idea de lo que hacer, que era justo lo que estaba pasando en esos instantes en los que me encontraba de pie, fuera del bloque, con cara de estúpida y con una incertidumbre tan grande que casi sentía que me iba a desmayar por no respirar lo suficiente.

—AC, ¿estás bien? —La voz de Juan detrás de mí hizo que casi me muriese de un microinfarto, respondiéndole de manera visual, con mi ridículo salto, al muchacho sobre cómo me encontraba—. ¡Joder, parece que acabas de ver a un muerto! —A un muerto no, pero posiblemente sí a un asesino, pensé.

—Ando en mi mundo, ¿estás mejor? —respondí observando la venda de su cabeza.

—Me mareo un poco, pero sobreviviré, lo que me da miedo es volver al trastero de nuevo. El problema es que necesito una caja que guardé ahí cuando me mudé. Creo recordar que metí dentro unas partituras que necesito —se lamentó sincero.

—No te preocupes y descansa. Mi idea era arreglar con Johanna ese desastre que tenemos ahí, así que te las buscaré. ¿Recuerdas algo de lo que te sucedió?

—Solo lo que os conté, pero no te preocupes, ¡la verdad está ahí fuera! —exclamó citando el lema de la serie Expediente X—. Vuelvo a casa, creo que necesito fumar algo de marihuana para que se me pase este maldito dolor de cabeza. —Me sonrió, despidiéndose con la mano y dejándome con más dudas incluso que hacía tan solo unos segundos.

Johanna se asomó a la puerta de la tienda, me miró y pasó de mí olímpicamente, olvidé que hacía un rato le había dado la neura posesiva y que seguiría enfadada. Lo último que necesitaba era soportarla en esos instantes, por lo que al final me volví a casa a pensar con tranquilidad qué haría.

En el sofá me esperaba Pelusa durmiendo, definitivamente de mayor quería ser gato. Cogí la pizarra y la vacié, comenzaría un nuevo caso, pero en esta ocasión sería mi propia investigación. Ágata tenía algo que ver en todo esto, estaba segura, lo único que me faltaba era encontrar un maldito patrón en aquella locura que hiciese que se me encendiese la bombilla. No iría a ver al inspector hasta que no lo tuviese todo claro, sin embargo, no descartaba acudir en el instante en el que temiese por mi vida.

Primero escribí el nombre de cada jugador y al lado puse los que conocía o creía saber, con Fumero presidiendo la pirámide. Luego tenía claro que Sepúlveda era Jorge, ya que él mismo me lo había confesado. A continuación, estaban Sam, Andrea y Dana Scully. En estos instantes no sabría decir si Iván era Fumero o Sam, después de ver su dormitorio dudaba entre si se trataba de otro jugador como yo, o del artífice de toda esta locura.

El siguiente problema que se me presentaba, si lo identificaba como el malo de todo, era que no tenía su móvil y no comprendía qué podría tener en contra de la gente de la editorial. En una ocasión me dijo que trabajaba para una haciéndoles las portadas, lo poco que conocía de él hasta entrar en su casa era que tenía dinero y que se ganaba la vida como pintor.

Coloqué su nombre debajo del de Fumero y encima del de Sam, así no me liaría. La idea de que todos los que participábamos éramos inquilinos de este bloque no me resultó descabellada y empecé a pensar en quiénes podrían ser los otros jugadores. Johanna estaba descartada, ella era incapaz de guardar ningún tipo de secreto durante más de media hora, además si le hubiesen propuesto esta aventura la habría compartido conmigo, no tenía ninguna duda al respecto.

Mi propia afirmación hizo que me sintiese como la peor persona del mundo, yo me lo guardé para mí sola con la intención de ganar sin saber ni qué ni a quién quería demostrar nada. Aparté de la cabeza mi egocéntrica traición y continué con el resto de vecinos. Me quedaban Juan, los abogados y los padres de los *gremlins*. De los que me faltaban no tenía mucha idea, pero estaba empezando a pasar por mi mente la alocada idea de que Juan era Scully. Esa última frase que me dijo, las uñas pintadas y su agresión eran pistas demasiado obvias como para ignorarlas, por lo que le adjudiqué a Juan el avatar de Scully. Me quedaba tan solo Andrea, estaba convencida de que la estúpida de arriba de Ágata no podía ser, pero el papel de la abogada en este juego no me resultó tan inverosímil y escribí su nombre entre interrogaciones debajo de su supuesto personaje.

Pasé al ordenador las fotos de casa de Iván y las imprimí para fijarme mejor en los detalles. Tenía las cajas con el caso de la vida real a la que él le achacaba dicho crimen. En la caja dos estaba Víctor Hugo, en la tres Luisa Mayo, dentro de la cuatro se veían dos signos de interrogación, en la cinco Rodrigo Díaz y encorchetado uniendo todos estos nombres escribió en grande y en mayúsculas «ALONSO QUIJANO». Recordé entonces que todavía no había recibido noticias de mi querido ex. La última vez que lo llamé tenía el teléfono apagado y, pese a que le dejé un mensaje, no obtuve ninguna respuesta, cosa bastante extraña. En el inferior del extraño mapa con el que Iván tenía decorada la pared de la habitación se leía cuatro preguntas que, por culpa de las prisas, eran casi ininteligibles. Regresé al ordenador y amplíé todo lo que pude hasta que por fin leí: «¿Quién trae las cajas? ¿Está AC involucrada? ¿Son crímenes reales? ¿En quién puedo confiar?».

Era bastante improbable que si Iván fuese el cerebro de todo se cuestionase esas cosas, no podía negar que la extraña obsesión por mí me daba muchísima reticencia, no obstante, cambié mi perspectiva y, sin mover su nombre de la pizarra, garabateé con la tiza junto a Fumero el de Alonso y copié las conjeturas que le acababa de robar.

Mi ex era un narcisista misógino con el ego más grande que conocía y siempre sacaba tajada de todo lo que podía, pero de ahí a ser un asesino en serie iba un mundo. Me paré a pensar si fuese un protagonista de mis novelas cómo cuadraría en esta trama: Él tenía acciones de la empresa editorial, pero si esta se iba a la mierda no sé hasta qué punto le convendría. Si hiciese desaparecer a los socios mayoritarios, ¿podría ser que los que poseían alguna parte se quedasen con ella? No sabía si esa conjetura era cierta o no, mis conocimientos en ese tema brillaban por su ausencia, pero mientras que lo corroboraba era un móvil muy viable para un crimen.

Alonso sabía de tecnologías, conocía a mis vecinos y había estado merodeando por el bloque últimamente. Lo que seguía volviéndome loca continuaba siendo la muerte de Ágata, no podía comprender qué pintaba ella en toda aquella locura, la anciana no formaba parte del mundo editorial y no era ningún impedimento para, si así fuese, que

Alonso se quedase con la empresa. Por otro lado, también podría ser que su homicidio no tuviese nada que ver ni con las cajas ni con los otros asesinatos. Tenía constancia de la defunción de Víctor y de Luisa, pero de Díaz nadie había hablado. Volví a escribir el nombre de la editorial en el buscador por si se me hubiese escapado algo la vez anterior. El primer artículo tan solo lo habían subido hacía media hora y mientras lo leía no tengo claro si mi tensión se subió o se bajó, lo único que tenía claro es que casi me desmayo: «Encontrado apuñalado el cuerpo de Rodrigo Díaz en el aparcamiento de un bar de alterne». Aquellas palabras me dejaron claro que el juego era una extensión de la realidad y que yo había sido la ejecutora mental de esas muertes. Si fuese el inspector e hiciese un análisis también me tendría a mí en el punto de mira y más si entraba en mi casa y veía todo lo que tenía, nadie en su sano juicio me creería.

Me puse nerviosa y de pronto comencé a temer más a la policía que al propio Fumero, fuese quien fuese. Metí todo lo referente a las cajas en una bolsa de basura y me fui para la librería. Mientras crucé la carretera miré a todos lados como si de una autopista se tratase, comencé a sudar y la bolsa negra en mi mano latía como en *El corazón delator* de Allan Poe. Entré en la librería, cerré la puerta y colgué el cartel de cerrado bajo la patidifusa mirada de Johanna que, seguramente, estaría pensando que su amiga se había acabado de volver loca del todo.

—AC, ¿está todo bien? No es necesario que montes estas escenas para que hablemos, no pasa nada. Comprendo que Iván te gusta y que por eso estás pasando más tiempo con él. Perdona si me he comportado como una estúpida —se disculpó.

—¡Calla y escucha!

—Joder, AC, ¿¡haces cursos de cómo ser más borde o qué!?

La ignoré y vacié todo el contenido de la bolsa sobre el mostrador, de allí empezaron a salir las fotos, las piezas negras del puzzle y los dosieres con los casos del juego. Johanna no entendía absolutamente nada de lo que era todo aquello y se limitó a cruzarse de brazos y fruncir el ceño extrañada.

—Llevo un mes metida en un juego secreto beta en el que hay que perpetrar crímenes perfectos de forma virtual. Te van mandando cajas en las que está la información necesaria para llevarlos a cabo.

—¡Cómo mola! ¿Por qué no me has apuntado? —refunfuñó cogiendo las cosas y mirándolas como si le acabasen de llegar los regalos de navidad.

—Uno de los requisitos para poder participar es que fuese un secreto, además yo no me apunté, tan solo aparecí de pronto en mi puerta.

—Yo te lo hubiese dicho, ¿eso es lo que hicimos la otra noche? ¿Me utilizaste para que resolviese el caso por ti sin decirme nada? Me parece horrible que uses mi perspicacia para tu conveniencia —dijo intentando verse indignada, pero con una mueca de sonrisa en la cara que desmentía sus palabras de enfado.

—Johanna, esto es serio. Creo que estos supuestos crímenes se están perpetrando en la realidad y lo que es peor aún, que son de personas que tienen que ver conmigo. Ahora entiendo por qué el inspector está tan mosqueado. Aunque la muerte de Víctor y de Luisa hayan quedado como accidentes, es demasiada casualidad que yo tuviese motivos suficientes como para terminar con sus vidas.

—¡Wow, para! ¿Me estás intentando decir que hay alguien que está siguiendo tus órdenes y matando a esa calaña?

—¡Yo no doy las órdenes! —grité. Si ella había llegado a esa conclusión en pocos minutos, todo el mundo lo vería igual, lo que significaba que estaba metida en un verdadero lío de los gordos.

—Vale, perdón, me falló la semántica, rectifico. ¿Crees que alguien está llevando a cabo todo esto en la realidad? ¿Mejor? —continuó intentando sonar tranquilizadora sin demasiado éxito.

—Sí, eso pienso. Si alguien más llega a esa deducción y encuentran todo esto en mi casa estaré muchos años a la sombra por nada. Necesito que guardes esto aquí, en la trastienda, hasta que sepamos algo más y vayamos a la policía —le rogué levantando todos los arrugados folios poniéndoselos junto a la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas que no tenía claro cuándo habían comenzado a salir.

Alianzas

Johanna ordenó todos los papeles sin leerlos y me prometió que cuando me calmase los miraría detenidamente a ver si veía algo que se me hubiera pasado por alto. Le envié la captura de pantalla de los números que hice del efímero chat del móvil, junto a las fotografías que tomé en casa de Iván. Me senté en la puerta de la librería con un café y un cigarro en la mano haciendo guardia por si llegaba Jorge, pero a las dos de la tarde y después de tener el trasero cuadrado deduje que lo de la vigilancia no era para mí.

Durante esas horas mi cabeza no hizo más que dar vueltas y pensar conjeturas, una tras otra, y todas igual de absurdas y de inverosímiles a la vez. Me estaba volviendo loca. Volví a coger el teléfono y llamé de nuevo a Alonso. Siempre estaba cuando no se le necesitaba, sin embargo, para una vez que realmente me hacía falta hablar con él era como si se lo hubiese tragado la tierra. Recordé el chat de citas, ese mismo que no había dejado de llenarme la bandeja del correo electrónico de mensajes que iban directos a la papelería sin ser leídos. Me metí en su perfil y busqué su ubicación, lo mismo para mí no tenía tiempo, pero para el resto de féminas del mundo sí, no me iba a extrañar en absoluto a estas alturas. No obstante, la última ubicación registrada que constaba era la de la otra noche cuando se encontraba bajo mi casa, calle Mariana Pineda. A Johanna que le hablase de él le sentaba como dos patadas en el estómago y la ponía de mal humor, así que lo dejé pasar, pero me pareció de muy mal gusto que se hubiese echado un ligue en mi misma calle y que llevase dos días de fiesta.

—Johanna, el viejo tiene que andar borracho en alguno de los bares de la zona. No sé si ir a buscarlo o ponerme a arreglar el trastero y encontrarle a Juan unos papeles que necesita —le fui diciendo a mi amiga mientras entraba en la librería.

—A ver, AC, tiene que regresar a dormirla y si está de bares no te va a hacer ni caso o lo que te cuente no será demasiado fiable.

—Cierto, me voy al trastero.

—¡No!

—¿Lo busco?

—Tampoco.

—Pues nada, me pongo en medio de la carretera a dar vueltas hasta que me maree y cuando me caiga y me abra la cabeza ya si eso llamas a la ambulancia. ¡¿Qué cojones quieres que haga?! —le grité desesperada ironizando, no podía quedarme cruzada de brazos y rezar para que todo este lío se solucionase por obra del Espíritu Santo.

—Tengo mil cosas en ese cuarto y ahora mismo tal y como estás tan solo me las vas a desordenar aún más. ¿Por qué no vas a ver a tu madre?

—No he oído bien, creo. ¿Que vaya dónde?

—¿No piensas que un día fuera de aquí podría hacer que veas las cosas desde otra perspectiva? Además, desde que no tienes fijo en casa ella no deja de llamarme a mí para ver cómo nos va en la convivencia.

—¿Desde cuándo no tengo teléfono en casa? —pregunté más para mí misma que para ella. O me lo habían cortado por impago o Pelusa lo tenía tirado por alguna esquina y no me di ni cuenta, lo cierto era que hacía algunos días que no hablaba con mi progenitora, pero con todas las mierdas que tenía en la cabeza tampoco le presté demasiada atención—. Creo que es buena idea, me cambio y me voy a echar el día, no sé si regresaré a la noche o mañana, te voy contando. Necesito que tengas cuidado, que no te fíes de nadie y que me llames en cuanto suceda lo más mínimo.

—Sí, mamá —respondió en modo de burla empujándome fuera de la tienda.

La verdad era que la idea de ir a ver a mis padres y aguantar el sermón correspondiente no se podía considerar ni por asomo lo que me apetecía hacer, pero sí tenía razón en que necesitaba relajar mi mente. Cuando me quedaba atrancada con alguna trama en mis novelas hacía justo eso, dejaba lo que estuviese escribiendo y, o me iba a la playa a caminar o discutía con alguien. Lo mismo se puede pensar que soy más psicópata de lo que parezco, sin embargo, una buena pelea por cualquier estupidez siempre hace que vea las cosas con más claridad y qué mejor lugar para eso que en casa de mis padres.

Subí corriendo por las escaleras, no tenía ganas de ningún encuentro con Iván en el ascensor, estaba convencida de que observaba todos mis movimientos desde su terraza y que seguramente me habría visto entrar. Al llegar me puse a buscar el teléfono inalámbrico, si estaba en lo cierto, Pelusa lo tendría tirado por algún sitio. A los pocos minutos lo encontré apagado al lado del mueble del salón, justo en la esquina que no topaba con la pared, en ese lugar quedaba un vacío estúpido como resultado de comprar sin medir antes. Junto a este estaba la primera y olvidada caja que me llegó. Se me olvidó por completo que la tenía allí. La puse sobre mi cama para revisarla con más

detenimiento cuando regresase, no quería tener pruebas de nada, pero en esa partida inicial no estuve presente y me faltaban datos. Me cambié de ropa, le eché comida en cantidades industriales al gordo del gato y salí corriendo, no sin tomar antes la precaución de cerrar con llave la puerta. No quería ninguna sorpresa cuando volviese y no estaba segura de si Pelusa, con su calentón felino y sus ganas de visitar a la gata de Iván, la misma que no vi en la mañana, había aprendido la extraña habilidad de abrir las puertas.

En la calle miré a las ventanas de Jorge para comprobar si se veía el humo de su puro salir por ellas como siempre sucedía, sin embargo, el hombre tenía las persianas bajadas, cosa que desde que vivía allí era la primera vez que contemplaba. Me pregunté si él también estaría asustado. Según sus conjeturas yo era el artífice de todo, me apenó pensar que me tuviese miedo a mí. Conduje escuchando música a todo volumen, la idea de estar en casa de mis padres más de tres horas se me hacía insoportable, por lo que me podrían haber multado por ir demasiado lenta. El día había amanecido frío, sin embargo, a esa hora ya el sol estaba en todo su esplendor y sentirlo en la cara hizo que me sintiese mejor, la falta de vitamina D en mi organismo era bastante notable si mirábamos mi níveo aspecto.

Mis padres vivían en un pueblo cerca de la ciudad, se podía considerar una medio pedanía de esta, pero tenía su propio ayuntamiento e incluso un colegio que no me traía demasiados buenos recuerdos. La casa era la última de la calle principal y constaba de un jardín perfectamente arreglado, mi madre se desvivía por esas plantas mientras que a mí se me morían los cactus. Por un instante la idea de verla con Iván hablando de flores hizo que una estúpida sonrisa se dibujase en mi cara, luego cruzó por mi mente la fugaz idea de que podría ser un asesino en serie y mi gozo se metió en un pozo.

Las viejas de siempre ocupaban el banco destinado a la parada del autobús frente a la fuente de piedra que marcaba el centro de la localidad. En cuanto el ronco ruido del motor de mi vehículo estuvo a unos diez metros de la entrada de mi antiguo domicilio, mi madre ya estaba asomada a la ventana para ver de quién se trataba. El problema de los pueblos es que casi nunca pasa nada y la gente se aburre demasiado, motivo por el que creo que se entretienen metiéndose en la vida de todo el que se cruce en su camino y chismorreando a continuación entre las más allegadas. Considero que todas las que allí residen tienen un gran potencial sin explotar como novelistas y que si supiesen usar un ordenador podrían ser auténticas top ventas, mi madre incluida.

—¡Ana! ¿Cómo es que no me has avisado de que vendrías? ¿Dónde está Johanna? —me gritó desde la puerta de la casa mientras cruzaba el patio por el caminito de piedras que le había hecho montar a mi padre. Mi madre mantenía la alocada idea de que Johanna formaba parte de mí y que estábamos pegadas todo el santo día. Me temo que ella pensaba que éramos pareja y no se lo quería contar o algo similar.

Una vez dentro me informó que mi padre estaba en no sé qué vivero en el quinto pino comprándole una dama de noche que se le había antojado, porque la vecina tenía una y olía muy bien. Desde la cocina vi unas cajas debajo de la escalera en las que ponían en letra mayúscula y escritas con rotulador permanente de punta gorda «ANA».

—¿Qué es eso, mamá?

—Necesitaba un poco de espacio extra, estoy haciendo manualidades con resina y el único sitio libre era tu dormitorio. Como me has dicho mil veces que no quieres volver, tu padre me convenció para que lo decorase a mi gusto. Mira, ven —me informó ilusionada conduciéndome a lo que antes recordaba como mi cueva privada.

Cuando abrió la puerta casi me ciega el color amarillo chillón con el que había pintado las paredes, de todo lo que recordaba tan solo se había salvado la mesa de escritorio, que ahora tenía un enorme panel de madera encima y cientos de moldes y tarritos de pintura. No tenía pensado regresar, pero siempre escuché que las madres dejan intactas las habitaciones de los hijos por eso del síndrome del nido vacío, sin embargo, se ve que mi progenitora había superado esa fase con creces.

—Muy bonito —fue lo único que acerté a decir, aquello era hortera de narices, hasta las cortinas estaban colocadas a juego con las paredes, llenas de margaritas blancas y amarillas. El espectáculo era para darte dos puñaladas en los ojos.

—¿Te han llamado ya? ¡Por eso has venido! Cuenta, ¿qué te han dicho? —comenzó a preguntarme casi sin respirar, sin que yo tuviese ni idea de a lo que se estaba refiriendo.

—Mamá, ¿jugamos a que hablas para que las dos lo entendamos?

—Se lo conté a Johanna, seguramente haya querido esperar y darte la sorpresa —dijo pensativa—. Justo cuando estaba metiendo tus cosas en cajas para que cuando vinieses te las llevases, vino un hombre que quería uno de tus escritos. Recordé que te llegaron algunos sobres devueltos y le di uno de ellos. Me aseguró que te llamarían para publicar la novela. ¿A que es increíble? —Alegó dando pequeños saltitos y palmadas, detestaba que hiciese eso.

Era la primera noticia que tenía de que habían devuelto manuscritos, hace Dios sabe cuánto tiempo, y la segunda novedad del día; ahora sabía cómo había conseguido Iván la novela. No sabía si estaba enfadada con el mundo, indignada o triste. Él no era nadie para colarse en mi casa y engañar a mi madre. No tenía ni idea de por qué Johanna

no me contó nada de todo esto, aunque conociéndome supongo que no quería que me enterase de las negativas editoriales y entrase en mi, ya conocido, bucle de autodestrucción. Me tomé un café con ella mientras me relataba la vida y obra de todos los hijos de sus amigas, los mismos que tenían una buena carrera y un puesto envidiable, y me despedí alegando que había quedado con Johanna para ayudarla en la tienda.

El camino de regreso lo hice pensando si ir y partirle la cara a Iván, o ver a mi amiga y gritarle. El caso era desahogarme con alguno de los dos, a uno por ladrón, embustero y posible psicópata y a la otra por esconder secretos con mi madre. Cuando aparqué ya era entrada la tarde y el sol amenazaba con desaparecer en pocos minutos. Mi estado de ánimo no había mejorado en el trayecto, pero se puso peor aun cuando vi el coche del inspector en la puerta del bloque y a él apoyado en el capó fumándose un cigarrillo, una ambulancia y dos coches patrulla más. Si pensaba que mi día ya era malo, este podía continuar empeorando. Johanna estaba en la puerta de la tienda con la cara descompuesta, corrí hasta ella intentando esconderme entre el tumulto de personas que estaban afincadas en las cercanías.

—¿No te dije que me avisases si ocurría algo?! —le inquirí intentando no subir demasiado la voz. Johanna tenía la cara desencajada y le temblaban las manos.

—¿Te ha visto el inspector? —La voz de Iván llegó desde atrás, demasiado cerca de mi oído, haciendo que diese un brinco.

—¿Cómo?

—Tenemos que salir de aquí antes de que reparen en nosotros —continuó diciéndonos a la vez que me agarraba sutilmente del brazo y tiraba hacia él.

—Id vosotros, a mí ha sido a la primera que han visto al llegar y el inspector me ha dicho que no me mueva —agregó Johanna con voz temblorosa.

De pronto me encontré escabulléndome entre la gente con un posible asesino sin saber por qué estaba huyendo ni qué puñetas había sucedido exactamente.

Cadáveres

Iván tenía el coche aparcado al final de la calle, no fue difícil pasar desapercibidos entre el gentío de los curiosos que ocupaban casi todo el lugar. Miré atrás y vi la cara desencajada de Johanna en pie en la puerta de la librería. Me sentí mal por dejarla allí y estuve a punto de darle la vuelta, pero el insistente agarre de Iván tirando de mí no me dio opciones a pensarlo demasiado. Nos montamos en el coche, cuando hubieron pasado algunos minutos y demasiados carteles indicando que estábamos saliendo de la ciudad, comencé a cavilar y a asustarme. No tuve oportunidad de cargar el móvil, nadie sabía dónde me encontraba y, si estaba en lo cierto y él era culpable, le sería facilísimo deshacerse de mi cuerpo en cualquier cuneta, al menos es lo que yo haría si tuviese que atar cabos sueltos. La dirección que estábamos tomando nos conducía hasta un lago de las afueras al que en esa época del año no se le ocurría a nadie ir. El miedo comenzó a embargarme, la cosa pintaba demasiado mal para mí. Me sentía como en una estúpida novela de terror en la que estás viendo que la inocente se marcha confiada con el malo y no entiendes cómo tú lo ves claro y la lerda de la protagonista no.

—Para el coche —dije de pronto angustiada, el aire comenzó a faltarme y las pulsaciones me iban demasiado rápido, podía incluso notar mi corazón saltando dentro de mi pecho.

—AC, no podemos detenernos ahora, ya estamos llegando —me informó Iván haciendo caso omiso a mi petición.

Le pegué un pellizco fuerte al asiento con la mano izquierda y con la derecha me aferré a la cinta de seguridad, como si eso fuese lo único que podía hacer para mantenerme a salvo. Aparqué en la puerta de una casa de madera que tenía su propio espacio privado. Recordé que esa no era la primera vez que la veía, ya me había fijado en esa construcción antes. Era la única que estaba tan cerca del agua como para incluso tener una especie de puentecito flotante.

—AC, puedes bajar, tenemos que hablar —me rogó tras abrir y tenderme la mano. Yo seguía inmóvil mirando la luna del coche como si todavía no nos hubiésemos detenido. Suspiré, cogí el teléfono y marqué el número del participante X. Al instante el bolsillo de uno de sus pantalones empezó a vibrar rompiendo el silencio de la noche—. Puedo explicártelo.

—¿Qué es lo que puedes explicar de toda esta locura en concreto? ¿Que me hayas engañado haciéndote pasar por otro, que fueras a mi casa y mintieses a mi madre para robar mis manuscritos o que hayas estado matando a gente por diversión y encima me involucres? —le pregunté de forma sarcástica, cogiendo el teléfono con el puño cerrado para así poder usarlo como arma si fuese necesario.

—AC, ¿podemos entrar y te cuento lo que sé?

—¿Qué has hecho ahora para que la policía esté de nuevo en nuestro bloque? —inquirí fuera del coche. Estaba de pie frente a él, en una pelea tendría todas las de perder, Iván me sacaba dos cabezas y sin darme cuenta me puse en ridículo poniéndome de puntillas.

—Soy culpable de alguna de las cosas que has dicho, pero no de todas. Estás en serios problemas y solo quiero ayudarte —afirmó dejándome helada. Finalmente accedí a entrar porque deduje que en el interior habría otros objetos que le pudiesen causar más daño que un teléfono móvil.

—¿Y bien? —agregué en cuanto llegamos a lo que parecía una casa de película romántica navideña.

Era todo de madera, suelo, paredes y techo del que salían unas vigas de un tono más oscuro. Olía a bosque y a fruta, estábamos en un lugar de ensueño. Sobre la mesa principal de pino había unas velas aromáticas apagadas. La impoluta chimenea indicaba que ese pasado invierno aún no había sido usada, y dos enormes sofás dividían la estancia. Pese a que estos me llamaban para que me sentase en ellos continué de pie, buscando con la mirada objetos punzantes para poder defenderme. Mis ojos se detuvieron en las herramientas de dicha chimenea, concretamente en el atizador, me fui acercando a ellos lo más despacio que pude para que mi idea no le resultase obvia y se interpusiese entre mi futura arma y yo. El problema fue que a medida que yo me alejaba él se acercaba a mí y despeinado, con la camisa medio abierta y casi en penumbra me resultaba jodidamente atractivo.

—Confieso que me llegaron las cajas y me resultó divertido jugar. Luego vi tu nombre y se volvió más emocionante —comenzó a decir mientras me cogía del brazo y me sentaba en el sofá. Tenía la vara de hierro más lejos de lo que yo querría, aunque no demasiado. Si corría podría cogerla y asestarle con ella en la cabeza.

—No puedo creerte, son muchas mentiras juntas —agregué intentando ganar tiempo y poder analizarlo todo—. ¿Qué ha pasado en el bloque?

—Han matado a Jorge —me contó con la misma frialdad que alguien que está opinando sobre el clima.

—¿Cómo?!

—No sé cómo, por lo visto Johanna subió y vio la puerta del hombre abierta. Cuando entró se lo encontró muerto, no puedo decirte mucho más porque es lo único que alcancé a oír. Fue ella la que avisó a la policía.

—¿Y por qué hemos huido exactamente? ¡Eso nos hará parecer culpables! —Yo sabía que no había sido, además tenía coartada, estuve hasta fuera de la ciudad.

—AC, esta mañana preguntaste por él con medio ataque de nervios, casi le tiras la puerta abajo y ahora de pronto aparece muerto.

—¡Yo no lo he matado! —le chillé, alguien me la estaba jugando y no podía descartar que fuese la persona que me había sacado de allí.

—Te creo, pero yo tampoco fui. No te voy a negar que cuando descubrí los supuestos accidentes reales tan similares a los retos del juego no comencé a dudar de que fuese una extraña *vendetta* tuya personal, pero al ver que eras tú misma la que más casos resolvías mi opinión cambió. Nadie es tan estúpido como para contar en un chat crímenes reales que va a cometer —continuó dejándome a cuadros. Ahora resultaba que encima de acusarme de asesinato se metía con mi intelecto.

—Te he dicho que yo no he sido. No obstante, no puedo estar tan segura de ti. ¿Por qué fuiste a casa de mi madre? ¿Por qué no me contaste que eras tú el participante que hablaba conmigo en el chat?

—Yo no tenía motivos para matar a ninguno de los de la editorial, AC, tú sí —respondió dejándome claro que me había estado investigando aún más de lo que imaginé en un principio.

—Jamás asesinaría a nadie, o al menos no en la vida real —me defendí.

—Lo sé y no creo que hayas sido tú, pero el inspector no opina lo mismo y no debe encontrarte hasta que tengamos pruebas que te exoneren de ello.

—No me fío de ti —confesé.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, ¿vale? Te he mentido en algunas cosas —manifestó visiblemente incómodo, no paraba de moverse en el sillón, tenía apoyados los codos sobre las rodillas y sus manos cogieron las mías acercándose más de lo que me hubiese gustado—. No sé si recuerdas que te dije que trabajaba como ilustrador en una editorial. Lo cierto es que no es del todo verdad, la empresa es mía y tenía pensado adquirir la Editorial Entre Líneas. Antes de hacer este tipo de inversión estudiamos a fondo todos los pros y los contras y lo primero que me apareció fue una foto tuya vomitándole en la cabeza a un hombre.

—¡Mierda! —exterioricé. En esos momentos no supe si me sentía asustada, aterrada o avergonzada porque alguien hubiese inmortalizado uno de los peores momentos de mi vida.

—Tengo que confesar que gracias a eso comencé a leerte y me llamó la atención el cambio de estilo en tus novelas y que cada vez las ventas fuesen a peor. Si te sirve de consuelo, no eres a la única a la que esa editorial le ha jodido la carrera, fue por eso por lo que me desplazé hasta tu casa. Sabía que no me darías ningún manuscrito y quería leer algo que no hubiese estado corrompido por otros. En medio de toda esta investigación me llegaron las cajas y te fui conociendo mejor, lo consideré como un reto, me resultó divertido saber cómo organizabas las tramas de los asesinatos, lo planteabas igual que si estuvieses elaborando una novela y eso me fascinó —me explicó de corrido, emocionado con su relato, el cual, si estuviésemos en otras circunstancias, me habría engordado el ego y derretido a partes iguales, pero teniendo en cuenta que era casi seguro que me estuviesen buscando por asesina en serie la cosa cambiaba bastante.

—¿Quién crees que ha matado a Jorge?

—Hasta hace un rato creía que tú, pero cuando te contemplé llegar con la furgoneta, la sorpresa en tu rostro al ver el despliegue policial me ha dicho lo contrario. AC, no pongo en duda que hayas tenido motivos para terminar con los que te hicieron daño, pero si has tenido algo que ver creo que lo mejor sería entregarte, yo me encargaré de pagar un buen abogado. Podemos alegar enajenación transitoria y que te internen en un psiquiátrico en vez de en la cárcel.

—¡Y la burra al trigo³! ¿Cómo quieres que te diga que yo no he sido? —Primero me decía que me creía y luego me soltaba que me internasen, al final iba a ser verdad que me estaba volviendo loca.

—De acuerdo, tomaremos el camino difícil. ¿Dónde están las cosas de las cajas?

—Se las di todas a Johanna para que las guardase —le respondí cayendo en la cuenta de algo importante—. ¡Joder! La primera caja se quedó en casa.

—¿Sabes que estarán revisando tu domicilio ahora mismo?

—Lo supongo, solo espero que Pelusa les arañe la cara cuando entren —alegué estando segurísima de que el maldito gato no se movería ni un milímetro del sofá, aunque cayese una bomba—. ¿Y tú dónde tienes tus cosas? Seguro que las has quemado, eso es lo que haría alguien culpable y quisiese deshacerse de las pruebas —le espeté, sintiéndome medio idiota por no haber hecho exactamente eso con las cajas de las narices.

—Las tengo aquí. Esta mañana, después de que estuvieses hurgando entre mis cosas, las metí en el maletero para

traer todo —me dijo dándome a entender que sabía que lo estuve investigando yo también a él—. Por el camino he pensado que si tú no has sido y no te quieres entregar podríamos investigarlo juntos.

—Sigo sin fiarme un pelo de ti, pero no tengo otra opción. ¿Qué probabilidad hay de que nos encuentren en este lugar? —Seguía desconfiando de él, sin embargo, ahora mismo era mi mejor aliado, como siempre he dicho; ten a tus amigos cerca y a tus enemigos más aún. Así que tendría que dejar la idea de atizarle con el hierro para más adelante y conformarme con permanecer encerrada con él.

—Esta residencia está puesta a nombre de una asociación y es difícil que la relacionen conmigo —confesó haciéndome dudar aún más de si sus verdaderas intenciones eran ayudarme. Por mucho que dijese que no tenía ningún móvil para matar a los socios de la editorial, si la quería adquirir la mejor forma de pagar a la baja era haciendo que estos desapareciesen—. Escoge una habitación mientras saco todo del maletero, tenemos bastante trabajo por delante.

—Tengo que avisar a Johanna, estará preocupadísima y no sé si la habrán acusado de algo —dije mirando mi teléfono sin batería.

—Reza para que no nos encuentren antes de que podamos solucionar todo esto. Johanna estará bien, es lista, además, ¿cómo sabes que no ha sido ella la que ha planeado todo esto?

—¿En serio? No sería capaz de matar un bicho. Sé que puede parecer un tanto hostil, pero no es la clase de persona que tramaría todo esto, además, ¿para qué? —la defendí, en ningún caso iba a dudar también de mi amiga. La quería mucho, pero no podía dejar de ser consciente de que su neurona no daría para tanto.

Mientras Iván salía con la linterna a por todas sus cajas yo fui examinando la casa que tantas veces había visto en la distancia. Si era sincera conmigo misma era un sitio perfecto para escribir. El sonido del agua, el olor a árboles y los ruidos de la naturaleza eran los idóneos para una mente inquieta como la mía, si aún creyese en mí y si no tenía en cuenta que podría estar siendo secuestrada de forma sutil en una cabaña alejada de la civilización. No tenía pensado quedarme lo suficiente como para tener que escoger ningún dormitorio de todos los que tenía, el sofá era mil veces mejor que el de mi casa y no iba a cerrar ni un ojo para darle la oportunidad de matarme y tirar mi cuerpo al lago. Cosa que yo haría si estuviese en su lugar y que no descartaba que sucediese si las cosas se ponían muy feas.

3 Y la burra al trigo: Forma coloquial de expresar hastío por una situación redundante.

Resolviendo el enigma

Iván se tomó en serio lo de eliminar cualquier cosa de su casa que pudiese relacionarlo con el juego o con los crímenes. Entró con una caja que debía ocuparle casi todo el maletero. La colocó sobre la mesa y fue sacando todos los papeles, las fotografías y mis retratos. Cogí uno de ellos y, esta vez, lo miré detenidamente.

—Soy ilustrador, en eso no te mentí —confesó sonrojándose al verse descubierto.

—¿Y no tenías nada mejor que dibujar?

—Me gusta esbozar las cosas que me intrigan y usted, señorita Ana Catalina Verde, es todo un misterio para mí —agregó, siendo ahora yo la que percibía el calor en las mejillas. Estas cosas podían sucederme cuando no estuviese acusada de matar a nadie y serían hasta bonitas, pero entonces no estaríamos hablando de mí y no se trataría de mi vida.

—¿Y las piezas del puzle? —pregunté notando su ausencia.

—Ya te dije que a mí no me las habían mandado, bueno, te lo contó el participante X, como tú le llamas.

Se quedó pensativo mirando la atestada mesa y desapareció por el pasillo regresando a los pocos segundos con una pizarra el doble de grande que las que yo solía usar en mis investigaciones. Con una tiza dividió el negro panel en cinco partes verticales y fue poniendo las fotografías de cada una de las cajas en sus respectivos apartados. Empezó por la quinta que fue la más reciente, a excepción de las piezas del puzle todo era igual a lo que yo había recibido, la cuarta, la tercera, la segunda y cuando llegó a la primera mi estómago comenzó a revolverse.

Esa era la que no me dio la gana mirar, tenía que aprender a dejar de poner cosas en tareas pendientes porque luego podría pasar algo así, bueno; algo así dudaba mucho que le sucediese a nadie. La trama de ese caso consistía en asesinar a una mujer anciana como prueba de iniciación. Fumero quiso saber si los participantes tenían la capacidad suficiente de afrontar un reto cruel, como el que era matar a alguien contra quien no tuviesen nada y a la que no se le podía achacar excusa alguna para ser asesinada. Vamos, lo que viene siendo un daño colateral.

—¿Crees que está hablando de Ágata? —le pregunté cogiendo la foto con manos temblorosas. En ella se veía a una viejecita con un gato sobre las piernas. Supuse que estaba sacada de un banco de imágenes de pago, porque incluso tenía la marca de agua para que no fuese usada sin pagar. Al contrario que en las demás cajas que eran fotografías tomadas por alguien, en esta habían intentado que la realidad no se acercase lo suficiente al juego como para que los participantes atasen cabos.

—Me temo que sí. Eso fue lo que no comprendí en su momento y menos después de que Ágata te pusiese en su testamento. Aunque siento decirte que ese acto altruista por parte de la señora te hace seguir pareciendo culpable de su muerte —me respondió no sonando nada alentador.

—¿Quién resolvió esta partida?

—Fui yo —reconoció agachando la cabeza.

—¿Y tú dijiste también la estupidez de meter el arma del crimen en el inodoro?

—No, esa no fue mi idea, de hecho, eso no entraba dentro de los planes. Tengo que reconocer que la escena me quedó tan gore que pensé que alguien la rebatiría. Esa noche estaba enfadado y me desquité escribiendo, además ni siquiera se me pasó por la imaginación que alguien pudiese llevar a cabo tal barbarie.

Preferí no seguir preguntando, ya había visto el cuerpo medio mutilado de la anciana en persona y no quise saber los detalles exactos de cómo sucedió, tenía bastante con haberlo soñado como para conocerlos al dedillo. Seguíamos igual que al principio, teníamos un montón de pruebas que apuntaban directo a mí. Si yo fuese Iván no estaba segura de haberme entregado ya a la policía, aunque eso es lo que haría un culpable, acusar a otro y, literalmente, quitarse el muerto de encima.

Pensé que una vez que ya estaba metida de mierda hasta el cuello no podía echarme atrás, e hice una puesta en común de mis escasos descubrimientos hasta el momento. Le conté que creía que todos los jugadores eran inquilinos de nuestro mismo bloque. Por un lado, estaba él como Sam, Jorge por Sepúlveda y pondría la mano en el fuego a que Scully no era otro que Juan, además de mí que fui la única que usó su jodido nombre real. Me faltaba resolver dos incógnitas en esa ecuación, no tenía ni idea de quiénes representaban en la vida real los personajes de Fumero y de Andrea. Si el ejecutor del juego continuó en la misma línea a la hora de elegir a los participantes tendría que tratarse de otros dos vecinos.

Al igual que yo, Iván descartó a los padres de los *gremlins*, por lo que solo nos quedaban los abogados y Johanna. Además, también estaba Alonso, el mismo que misteriosamente se encontraba en paradero desconocido y al que le vendría de perlas la muerte del resto de los socios si Iván le proponía una solicitud de compra. En el instante en el que hablé de mi adorado ex, mi improvisado compañero detuvo mi especie de ponencia extraña.

—Háblame más de ese tal Alonso, me encontré con él en una ocasión cuando hice la primera oferta de compra. Se presentó a la reunión junto a Díaz, según él, en representación de Luisa Mayo —me preguntó. Sabía a la perfección que Alonso era capaz de acostarse con todo bicho viviente si con eso sacaba algo a cambio, la imagen de él retozando en el hotel de lujo con Luisa permaneció en mi cabeza por más tiempo del que deseé.

—Alonso Quijano y yo éramos pareja hasta que las cosas comenzaron a irme mal y él se empeñó en querer que tuviésemos una relación abierta. Demasiado para mi gusto. Su idea fue que él se podía acostar con quien se le pusiese a tiro mientras yo lo aguardaba en casa por si no caía nada mejor —confesé, intentando no dar demasiada lástima—. Además, consiguió hacerse con algunas acciones de la empresa, según me acabas de decir, supongo que por mediación de Luisa. Prefiero no pensar en cómo las pagó exactamente, mi estómago ya anda demasiado afectado por todo esto como para seguir echando leña al fuego.

—Él ha tenido acceso a nuestro bloque, tuvo el tiempo y, por lo visto, le interesaba deshacerse del resto. ¿Cómo podríamos localizarlo?

—Ya hace algunos días que no tengo forma de contactarle, es como si se lo hubiese tragado la tierra —contesté consternada. Nuestra única baza para salir de ese atolladero había desaparecido.

—¡Espera un momento! —exclamó como si se le hubiese caído una manzana en la cabeza y de pronto hubiese descubierto la gravedad. Cogió los papeles de uno de los casos y se puso a mirar las fotos pensativo, dejándome en ascuas, porque no tenía ni idea de a dónde quería llegar—. Cuando dijiste que habías estado en el hotel del aparcamiento casi secreto, ¿fue con Alonso con quien estuviste?

—Sí, a él le gustaba ir allí, le daba morbo lo del *jacuzzi* en medio del dormitorio. Además, lo añadía en gastos de la empresa, por lo que nos salía gratis la estancia —confirmé, posiblemente dando más información de la que debía. Aquellas noches junto a Alonso fueron inolvidables, no podía negar que el sinvergüenza conocía a la perfección lo que se hacía en lo que a temas sexuales se refiere.

—Lee en alto y dime qué piensas ahora que sabemos que, al menos algunos, son crímenes reales —me pidió dándome el folio de las instrucciones de la caja cuatro.

—Físico: Hombre de 42 años, mide 175 centímetros, complexión delgada. Carácter: Extrovertido, social, avaricioso. Fobias: Odia no ser el centro de atención. Peculiaridades: Vive prácticamente en casa de sus ligues. Suele frecuentar el hotel que tenéis en la fotografía. Tiene un perfil muy activo en la web de citas de «El ligón sonriente». Le pierden las faldas. Es un embaucador que ha hecho su fortuna engañando a sus clientes haciéndoles firmar contratos abusivos que les han arruinado la vida —leí en alto tal y como me pidió.

Mientras narraba cada palabra del documento sentía cómo mi tez iba perdiendo el poco color que ya de por sí tenía. Yo misma fantaseé con que se tratase de él y no de un protagonista ficticio cuando ideé la mejor forma de terminar con su vida; no fui consciente de que realmente iba a suceder. En ese instante las lágrimas llenaron mis ojos, sin saber si se trataba por pena al comprender que Alonso estaba muerto, o por haber sido la marioneta de alguien y no haberme dado cuenta de los invisibles hilos que me fueron guiando.

Iván cruzó el espacio que nos separaba y me abrazó con fuerza. Sentirlo tan cerca de mí, notar su cuerpo contra el mío y percibir el calor que salía entre los botones de su camisa hizo que de pronto me sintiese a salvo. Hubiese vendido mi alma al diablo a cambio de que se detuviese el tiempo y que ambos nos quedásemos así, quietos, sin hablar, sin que el loco mundo que nos rodeaba se interpusiese en ninguno de mis pensamientos. Me levantó la barbilla e hizo que nuestros ojos se mirasen, aproximó aún más su cara a la mía hasta que la punta de mi nariz rozó la suya, para después, sin darme cuenta de cómo ni por qué, nuestros labios se unieron en un tierno beso. Él sostuvo mi nuca para que no me separase. Bajó la mano que le quedó libre hasta mi cintura y me apretó con más fuerza contra sí. La sensación del hormigueo en mi interior, los vellos de punta, el sabor de su boca, todo fue como lo soñé. Era tan perfecto que me dio miedo despertar y comprobar que había sido un sueño.

No puedo decir el tiempo exacto que pasamos así, solo recuerdo que para cuando me quise dar cuenta me había levantado en peso y me llevaba, asombrosamente sin esfuerzo, hasta una de las habitaciones donde había una enorme cama. Me colocó con cuidado sobre ella y se quitó la camisa para dejar a la vista un pecho que se me antojó besar más que nada en el mundo. Me senté y empecé a tocarlo con manos dubitativas, las mismas que aferré y apreté hasta que mis palmas al completo estuvieron contra su piel, la que besé hasta que él decidió que era su turno y me tumbó apoyándose en mis hombros. Se recostó sobre mí y comenzó a besar mi cuello con delicadeza, levantó mi sudadera y prosiguió lamiendo el resto de mi cuerpo, dibujando con su lengua cada uno de los pliegues de mis senos. Habíamos pasado de estar investigando alguna manera de que no me encerrasen de por vida a estar semidesnudos sobre las sábanas. En el momento en el que desabroché mi pantalón y se deshizo del suyo supe que ya no habría marcha atrás. Situó sus manos sobre las mías apoyándolas con fuerza contra el colchón, y sin previo aviso,

más que sus labios contra los míos, se introdujo muy dentro de mí, haciendo que gimiese al notarlo en mi interior. Todo era tan surrealista que solo pude entregarme al momento.

Desperté un tanto aturdida sin saber casi ni dónde me encontraba, estaba desnuda, tenía un brazo de Iván bajo el cuello y otro apoyado en mi costado. Disimuladamente me eché hacia atrás los centímetros que nos separaban para poder volver a sentir el calor de su cuerpo sobre mi piel. ¡Dios mío! No recordaba el tiempo que hacía que no tenía una noche de sexo como aquella, el volver a sentirme deseada, el saber que sus suspiros fueron fruto de su roce contra mi interior hicieron que tuviese de nuevo ganas de tenerlo sobre mí. No obstante, de pronto alguien comenzó a llamar a la puerta mandando a la mierda todo atisbo de posibilidad de que aquello se repitiese a corto tiempo, devolviéndonos a la realidad, esa en la que yo era una fugitiva acusada de varios asesinatos. Iván se incorporó de un salto y me puso un dedo en la boca para que permaneciese callada. Se vistió demasiado deprisa como para que pudiese entretener mi mente con su silueta y salió del dormitorio cerrando la puerta tras de sí.

También me levanté y me puse la ropa lo más rápido que lo había hecho jamás, si iban a detenerme al menos que fuese con algo de dignidad. Permanecí oculta tras la puerta durante algunos minutos que se me hicieron eternos. Escuché algunas voces en la otra sala y empecé a temblar, era cuestión de tiempo que entrasen a buscarme. Me preparé psicológicamente para lo que se me avecinaba. Sin embargo, el momento nunca llegó, en su lugar escuché un fuerte portazo. Miré por la ventana oculta tras la cortina y distinguí hasta dos coches de la policía. La boca casi se me desencajó cuando vi al inspector ponerle las esposas a Iván y meterlo dentro de uno de ellos. A los pocos segundos los dos vehículos se marcharon dejándome allí sin saber qué hacer ahora.

Fumero

¿Y ahora qué?

La noche anterior terminé convencida de que Iván no era culpable, o al menos eso quise creer. Sería el colmo de la mala suerte que, para una vez que encuentro a alguien que me atrae, es inteligente y encima en la cama es de lo más, se tratase de un maldito asesino en serie. Pero, por otra parte, conocía de primera mano que las conjeturas del inspector no eran siempre acertadas, y que si fuese por él yo ya estaría detrás de los barrotes.

De pronto mis pensamientos se bloquearon de una manera que jamás lo habían estado. No sabía hacia dónde tirar. Lo único que tuve claro era que las pruebas del juego eran demasiado incriminatorias como para quedarse allí, no habían entrado ya a registrar la casa, no obstante, era consciente de que no tardarían mucho, tenía que pensar y debía hacerlo rápido. Metí todo en la enorme caja en la que lo trajo Iván y la llevé lejos de la propiedad. Una vez que estuve segura de encontrarme sola les prendí fuego y no me marché de allí hasta que las llamas no consumieron por completo cualquier rastro. Sentí como si estuviese haciendo algo mal, si no teníamos nada que ocultar no debería deshacerme de todo aquello. ¡La cabeza me iba a explotar!

Por suerte para mí no dejaron que Iván cogiese nada del interior, o a lo mejor fue él quien decidió no hacerlo para que no me encontrasen a mí también. Me guardé las llaves de su coche y rebusqué en los armarios para cambiarme de ropa, necesitaba pasar desapercibida. Lo más probable era que la policía estuviese vigilando el edificio, no sabía con seguridad si solo tenían como acusado a Iván o si me estaban buscando a mí también, desde ese instante tendría que hacerlo todo con el mayor de los cuidados. Encontré una sudadera roja ancha con capucha, sabía que aquello llamaba mucho la atención, pero al menos no me verían la cara. Me la puse y conduje hasta la única persona que podría ayudarme. Mientras lo hacía, el caso del juego de la supuesta caja de Alonso no hizo más que dar vueltas en mi cabeza.

Nos habíamos quedado a medias mirándola, sin embargo, recordaba a la perfección esa en particular porque me explayé mientras escribí la trama. Lo que más llamó mi atención fue la forma de eliminar las pruebas, creí recordar que fue Andrea la que dijo que ella metería el cuerpo en un congelador para que no lo encontrasen. Entonces una descabellada idea cruzó mi mente. Ni yo misma podía creer que estuviese pensando tal cosa. Sin embargo, si lo miraba desde una perspectiva externa y lo trataba al igual que cuando hacía las tramas de mis novelas, era una opción que tenía que considerar. La única forma que se me ocurrió de ayudar a Iván fue intentar resolver el caso yo misma y así poder exonerarlo.

Aparqué dos calles más lejos para que nadie me viese en el coche de Iván. Todavía me parecía surrealista que la policía se lo hubiese llevado detenido y más aún que él no me delatase. Eso me dio el coraje suficiente para hacer lo siguiente que tenía en mente, que no me hacía ninguna gracia, pero que era necesario si quería llegar al final de toda aquella locura. Sabía que, si yo había recibido las piezas de los puzzles, y el resto de los participantes no, era por algo, lo que no entendía era el significado de las mismas. Estaban en negro, era imposible descifrarlas sin ninguna imagen en ellas y, por otro lado, estaba la llave que encontré en la primera caja. Sé que había algo escrito en ella, pero tampoco me fijé lo suficiente como para recordarlo.

Entré en el bloque subiendo las escaleras de dos en dos, no encontrarme con ningún policía custodiando la puerta ni ver coches patrullas en las calles colindantes ya fue todo un logro, solo recé para que no estuviesen aguardándome en mi casa. Di dos vueltas a la llave, entré y la cerré de nuevo poniendo incluso el pestillo manual que nunca usaba. Pelusa, ajeno a todo el lío que estaba formado a mi alrededor, no levantó ni la cabeza cuando me oyó entrar. Puse a cargar el móvil con la intención de mandar un mensaje a mi madre, esperé no ser demasiado críptica y que lo comprendiese. En el instante en el que la pantalla se iluminó anunciando que tenía batería suficiente para mandar el texto lo hice y volví a apagarlo de nuevo.

Cogí la caja que continuaba en el mismo lugar en el que la coloqué y vi de nuevo las fotografías de la mujer con el gato sobre su regazo. No pude evitar pensar que si la hubiese mirado antes de seguro me habría dado cuenta de algo y, a lo mejor, todo se podría haber evitado. Deseché rápido esa idea de mi cabeza, no era el momento de autocompadecerme ni de fustigarme con estúpidas conjeturas que en ese instante no me servirían para nada. Aparté la foto y examiné mejor la llave. No se trataba de una dirección como pensé en un principio, su etiqueta rezaba «sótano dos, C1». Mis conjeturas se estaban comenzando a acercar peligrosamente a la realidad, me guardé la ficha del puzzle en el bolsillo y continué con mi investigación.

Bajé de nuevo y entré en los trasteros procurando no hacer ruido al cerrar la puerta tras de mí. De pronto la idea de estar allí a oscuras sin ni siquiera la luz del teléfono no me pareció tan buena. El llavero de Iván tenía colgado una linterna de UV, cuando le di al botoncito y aquello iluminó aún más que mi móvil suspiré aliviada. Caminé hasta

donde encontramos a Juan tirado en el suelo. Las cajas que se le habían caído en la cabeza ya no estaban. El único sonido que se escuchaba, además de mi acelerada respiración, era el del motor del congelador que tenía delante de mí. Al acercarme comprobé que del tirador colgaba una cadena con un candado y fue entonces cuando mi corazón comenzó a latir con más fuerza que nunca y las manos empezaron a temblarme.

Encima de la tapa del arcón había bastantes cajas que tendría que retirar si quería abrirlo. Me metí la linterna en la boca para no quedarme sin visión y las fui apilando en el suelo a mi lado una a una. La mayoría contenían libros y papeles. Una de ellas se desfondó del peso al levantarla y el contenido quedó totalmente esparcido a mis pies. Cuando me agaché a apartarlo para poder seguir apilando las que me quedaban, la luz alumbró algo que brilló. Me agaché y vi más piezas de puzzles que, cuando las alejaba del foco eran negras, sin embargo, al aproximarlas a la luz UV descubrían un trozo de imagen. Saqué de mi bolsillo la que me vino en la primera caja y la alumbré también, exactamente igual que las que había en el suelo, esta también descubrió su secreto.

Juré que lo que se mostraba frente a mí era la mitad de mi cara y, casi podría asegurar que reconocía esa fotografía. Era una que hacía más de diez años que creía perdida. En ella salíamos Johanna y yo abrazadas el día que inauguró su librería. En ese momento nos prometimos que jamás nos abandonaríamos y que yo sería una gran escritora y ella mi representante. Creo que el corazón se saltó un latido cuando todos esos recuerdos regresaron a mi memoria provocando que me faltase el aire y que de pronto quisiese salir de allí. Lo del suelo eran una especie de pruebas que no salieron bien, había piezas más pequeñas y otras más grandes, pero en todas salía la misma imagen. Me levanté angustiada, pero decidida a continuar. Ya había llegado hasta allí, ahora no podía echarme atrás por mucho miedo que me diese conocer las respuestas. Quité las cajas que quedaban lo más rápido posible sin importarme hacer ruido, ya casi lo tenía. Sostuve con una mano el cerrojo que custodiaba el congelador e introduje mi llave sin sorprenderme cuando esta giró y la parte metálica se abrió. Retiré la cadena concentrada en correr y salir de allí lo antes posible cuando un sonido de unas palmadas me alertó e hizo que me diese la vuelta.

—No esperaba menos de ti, sabía que terminarías por descubrirlo, solo era cuestión de tiempo, siempre fuiste la mejor de las dos creando tramas.

—¿Qué has hecho? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Sigue abriendo ese congelador —me instó.

—No pienso hacerlo —me negué, pero ella en ese instante sacó una pistola del bolsillo y me apuntó.

—Ana, te estoy pidiendo amablemente que, ya que me has desordenado todo el trastero, ahora continúes... ¡y abras el maldito arcón! —me gritó esto último sujetando con más fuerza el arma. Tenía que ganar tiempo fuese como fuese.

—Merezco saber por qué y lo sabes —le dije mientras me tomaba con calma lo de terminar de quitar las cadenas. Solo esperaba que no se diese cuenta de mi parsimonia o estaría perdida—. Siempre has sabido que entre tú y yo nunca existiría nada más que una amistad, pero ahora ya no...

—¿Ya no qué, Ana? Una amistad, ¿piensas que todo esto lo hice porque estoy enamorada de ti? Grandísima egocentrista de mierda, siempre eres tú, tú, tú y después tú de nuevo. Pues no, amiga, ya va siendo hora de que te enteres de que el mundo no gira en torno a ti, no eres el putito ombligo del universo por mucho que lo creas y tus problemas no son los peores por mucho que lo pienses. Estoy cansada de oírte llorar diciendo la mala suerte que has tenido con la editorial, que si uno te ha hecho una cosa y el otro te hizo otra. ¿Y yo qué, Ana? ¿Te has preguntado alguna vez cuáles eran mis inquietudes? Cuando te presentabas a un concurso literario ¿cuántos manuscritos mandabas? Uno, ¿verdad? Yo enviaba cinco y jamás en la vida nadie se interesó por mí hasta que me hablaste de ellos.

—¿De ellos? ¿Cómo? —Tuve que girarme porque no comprendía absolutamente nada de lo que me estaba diciendo. Era cierto que en alguna que otra ocasión me dijo que leyese alguno de sus escritos, sin embargo, nunca lo hice. Mierda, era la peor persona del mundo, ella quería ser escritora y jamás me di cuenta—. Johanna, lo siento.

—Fui a verle, ¿sabes? —continuó con su relato moviéndose de un lado a otro sin dejar de soltar la pistola, demasiado nerviosa como para evitar el temblor en sus manos mientras la asía—. A Víctor, fui a hablar con él y me dijo que me conseguiría una oportunidad. Pero en lugar de eso me tuvo retocando tus manuscritos y haciéndolos más vendibles, sin poner siquiera mi nombre, y tuve que estar soportando tus palabras de desprecio con cada corrección que te mandaban. Pero eso no fue lo peor, amiga. Para poder conseguir estar de nuevo a tu sombra y ser menospreciada por ti tuve que pagar un precio demasiado alto. Aún tengo su asqueroso olor por todo mi cuerpo, ¿entiendes? ¡No me puedo quitar el sabor de su sucia boca en mi garganta! —Sabía de sobra que ese era la forma de actuar de Víctor, primero engatusaba a las nuevas, luego se las tiraba y después las desechara. Lo que nunca imaginé fue que también se lo estuviese haciendo a ella—. ¡Es la última vez que te digo que abras la maldita puerta!

Me giré y tiré al suelo la cadena aferrando uno de sus extremos con la mano, intentando esconderlo del haz de luz

de la linterna que temblaba en mi otra extremidad. Al abrir el congelador me encontré con un gran bulto cubierto por bolsas de basura negra.

—Johanna, lo siento, pero necesitas ayuda. Yo puedo ayudarte —le rogué volviéndome a mirarla, pero para cuando lo hice ella ya estaba a pocos centímetros de mí.

—Ahora no quiero tu ayuda, amiga. Ahora formarás parte de una trama perfectamente elaborada y de la que jamás saldrás victoriosa. Todas las pruebas apuntan tanto a ti como al nuevo amiguito que te has echado. Yo tan solo soy la víctima, un personaje secundario que toma fuerza y se convierte en el principal de la historia, un giro en una novela que escribiré y con la que demostraré que siempre fui mejor que tú —continuó cogiéndome la cabeza con una mano y acercándomela a la fuerza a la bolsa. Cuando la rocé con la cara se deslizó dejando al descubierto el rostro de Alonso. Tenía clavado un punzón y la punta del mismo le salía por la cuenca del ojo, la sangre estaba congelada alrededor tanto del objeto como del resto de su cara. Aguanté las náuseas como pude, cogí un pequeño impulso rezando para que fuese suficiente y le propiné un cabezazo a Johanna en la nariz.

—Estás como una jodida cabra, amiga. ¡Y tus escritos eran una reverenda mierda! —le chillé envalentonada al verme libre con la cadena en la mano, olvidando que las balas eran más rápidas que mi improvisada arma. Mis palabras y el golpe en la nariz no me sirvieron de mucho. Frente a mí, Johanna sonreía con la boca ensangrentada.

—Me vendrá muy bien esto para complementar mi historia —se jactó.

No comprendía cómo no me di cuenta antes de que no estaba bien de la cabeza. Tan solo me quedaba una arriesgada opción, demasiado, pero me negué a morir allí y quedar como una asesina en serie el resto de mi vida.

Apagué la linterna y corrí todo lo que pude hacía la puerta de salida intentado no caerme en la huida. Me golpeé contra la puerta y al girar el pomo descubrí que la había cerrado con llave, esa misma que no tenía tiempo de ponerme a buscar, ella estaba demasiado cerca. Comencé a golpear la madera y a gritar auxilio desesperada cuando una luz se encendió detrás de mí, Johanna tenía otra linterna y me apuntaba directamente con ella. Me di la vuelta, si iba a matarme sería mirándome a los ojos. No iba a sobrevivir a aquella locura, pero no lo haría sin luchar.

—¡Si te acostaste con Víctor fue porque tú quisiste! Por eso te abrió la puerta cuando le llevaste el vino envenenado, ¿verdad? Ya te conocía de antes, te ahorraste la nota de la admiradora secreta. Y a Luisa, ¿fue fácil asesinar a la vieja soltando las abejas? Y a Díaz, ¿también te lo tiraste? Jorge estaba muy cerca de descubrirte y por eso terminaste con el pobre hombre, pero ¿y Ágata? ¡Ella no te había hecho nada!

—Ella te prefería a ti, siempre te querían a ti. Fue sencillo entrar en su casa y engañarla para que me invitase a tomar algo, solo tuve que decirle que tú estabas a punto de llegar. Murió pensando que formabas parte de todo.

—¡Zorra!

—¿Sabes por qué tu querido Alonso no podía mirarme a la cara cuando estábamos juntas? A él sí que fue una lástima matarlo, pero era otro cabo suelto que tenía que eliminar. Tenía la estúpida idea de volver a conquistarte después de haber pasado las mejores noches de su vida conmigo. ¿Te imaginas su cara cuando le atravesé el ojo con el punzón mientras follábamos en el jacuzzi?

—¡Putá loca! —le grité mientras corría hasta ella y la embestía para derribarla, justo cuando se oyó un disparo y todo se volvió negro poco a poco.

/Epílogo/

El olor a desinfectante era tan fuerte que si estuviese muerta hubiese revivido al instante. No podía ser que en el más allá el cuerpo doliese tantísimo. Sentía como si un camión me hubiese atropellado dos o tres veces seguidas. Los párpados me pesaban demasiado y notaba la boca pastosa como si acabase de pegarme la borrachera del siglo y estuviese sufriendo las consecuencias de una resaca monumental. La cabeza iba a estallarme y no podía mover los brazos, pero sí me pinchaba algo en la mano, eso era señal de que todavía tenía brazos. Cuando por fin mis ojos decidieron obedecerme y se abrieron, me costó un poco acostumbrarme a la luz de la habitación. A mi lado estaba mi madre, dormida en un visiblemente incómodo sofá de cuero azul. El pitido constante de una máquina que, supuse, tenía enchufada a mí, empezó a ser molesto. Intenté incorporarme cuando la puerta se abrió e Iván entró abriendo muchísimo los ojos al verme, como si me tratase del mismísimo Espíritu Santo.

—¡AC! —gritó alertando a mi madre, que se levantó de un salto y se puso sobre mí a llorar.

—¡Mi niña, estás bien! ¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? No sabía qué hacer, Ana, por eso llamé a la policía y menos mal que la avisé. —Estaba segura de que la idea de mi progenitora era coger una retahíla interminable de sollozos y agradecimientos divinos durante demasiado tiempo sin explicar nada.

—Mamá —balbuceé con una voz que no me reconocía, la garganta me dolía como si hubiese tragado cristales.

—De acuerdo, os dejo solos. Llamaré al médico para decirle que te has despertado —concluyó sin dejar de llorar, dándome un beso en la frente y apoyándose en algún lugar en el que no debería, porque noté como si me perforasen por dentro cuando lo hizo. Disimulé una mueca de dolor y esperé a que se marchase para encontrar con mis ojos a Iván. Este se sentó con cuidado a mi lado y me cogió la mano en la que tenía puesto un gotero y descubrí que era el artífice del dolor que sentí antes.

—Buena idea lo de avisar a tu madre. —Sonrió colocándose el pelo a un lado de la cara—. ¿Cómo sabías que avisaría a la policía? «Quédate con Pelusa, lo he dejado en el trastero del bloque, no volverás a verme» —reprodujo de memoria el texto que le envié a mi santa madre.

Ella sabía que, pese a que el jodido gato pasaba de mí olímpicamente, jamás lo abandonaría y mucho menos en ese lugar. Además de que la idea de que yo desapareciese para siempre del punto de mira de ella era algo inconcebible que merecía una llamada a la policía. Estaba convencida de que en el instante en el que el inspector oyese mi nombre saldría como una bala en mi busca. Ya me advirtió en una ocasión que tenía dadas órdenes de que se le comunicase todo lo que tuviese que ver con mi dirección. Solo recé para que mis vaticinios se produjesen tal cual los había pensado o estaría muerta.

—Johana. —Las palabras salían con cuentagotas de mi boca por mucho esfuerzo que hiciese.

—En cuanto entró la policía en el trastero se disparó en la cabeza, lo siento. Juan abrió la puerta a la policía y la cogieron desprevenida. Estaba sobre ti, a punto de volver a dispararte, y en vez de hacerlo se quitó la vida. Encontraron el cuerpo de Alonso en el congelador y pruebas de que nos mandó las cajas y asesinó según los casos a las personas de la editorial, a Jorge y a...

Se detuvo para no decir el nombre de Ágata, sin embargo, no hizo falta que terminase, yo sabía de sobra lo que sucedió. E incluso podría deducir que cuando vino conmigo a investigar la casa de la pobre anciana encontró olvidado el bisturí y fue ella quien, a modo desesperado, lo arrojó al inodoro pensando que nadie lo encontraría. Eran demasiadas pistas las que tenía frente a mis ojos, tan solo que no quise verlas. El caso que resolvimos juntas, apostaríamí cabeza a que ella era tanto Andrea como Fumero. Andreas Helmuth era mi escritor favorito, ella lo sabía de sobra. Lo que pasa es que el resto del mundo no suele conocer el nombre completo del escritor de *La Historia Interminable* y al parecer yo no fui capaz de relacionarlos. Una vez que sabes el resultado es fácil resolver la ecuación.

El disparo fue más grave de lo que imaginé. Había perdido parte de un riñón y jamás volvería a caminar bien. La cojera perenne me recordaría siempre la locura en la que se convirtió mi vida durante un tiempo. El inspector vino a visitarme al hospital y se disculpó por ser tan insistente en mi culpabilidad. Cosa que no pude recriminar porque gracias a eso me encontraron a tiempo.

Era mi primera firma de libros después de muchos años. Estaba demasiado nerviosa. Sin embargo, sabía que todo iría bien, esta vez sí. Mi editor era la persona más noble que conocía, el padre de Iván, y la portada de mi libro no podía venir de mejores manos que de las de él. El libro había tenido muchísima publicidad incluso antes de que saliese publicado. La cola de personas que esperaban para que se lo firmara daba la vuelta a la manzana. Iván fue el que me animó durante el tiempo que estuve postrada en la cama para que escribiese todo lo que sucedió. Finalmente, tal y como deseaba Johanna, se convertiría en la protagonista de su propia historia.

/Glosario/

Algo característico en todas mis novelas son los glosarios. Jamás escojo un nombre al azar, siempre tienen un motivo por el que estar ahí. En esta ocasión he elegido nombres literarios tanto de personajes como de escritores a los que, según mi humilde opinión, habría que darles más reconocimiento del que tienen. Si de esta forma pongo mi granito de arena y consigo que lleguen a más futuros lectores y les pique la curiosidad ya me doy por satisfecha.

Anna Catalina Verde o más conocida como Anna Katharine Green

Fue de las primeras escritoras de novelas de ficción sobre detectives. La llamaban «La madre de las novelas detectivescas». Además de que fue nombrada la inventora de la detective solterona aficionada. Grandes escritoras como Agatha Christie la tuvieron en cuenta a la hora de crear sus personajes.

Ágata

La encantadora anciana de los gatos toma su nombre por la ya mencionada **Agatha Christie**, quien no podía dejar de ser nombrada en este libro. Fue una escritora de renombre gracias a todas sus obras policíacas, además de incursionar en el género rosa, la novela corta o el teatro. Pasó cuatro largos años suplicando a las editoriales para que publicaran alguna de sus novelas. Hoy, se estima que se han vendido ya más de cuatro mil millones de copias de sus 79 libros, una cifra sólo igualada por el gran Shakespeare.

Sam Spade

Este fue uno de los personajes más conocidos del escritor **Samuel Dashiell Hammett**, a quien se le atribuye la creación del género de la novela negra. *El Halcón Maltés* era un detective diferente a los demás y su creador sirvió como inspiración a otros como, por ejemplo, Ernest Miller Hemingway.

Víctor Marie Hugo

Su obra *Los Miserables* fue considerada la más importante del siglo XIX. Con sus escritos intenta dar voz a los oprimidos y consigue que la novela sirva de defensa para todos, indistintamente del lugar en el que vivan.

Luis Sepúlveda

La novela *Un viejo que leía novelas de amor* es una obra que debería ser leída por todo el mundo. Ha sido traducida a 60 idiomas y cuando se publicó consiguió los 18 millones de copias vendidas. Por desgracia falleció en el 2020 debido al COVID.

Rodrigo Díaz

Es el protagonista de *El cantar de mio Cid*, un ejemplo de obra anónima que no tiene temporalidad y que se mantiene como la primera obra poética extensa de la literatura española.

Louisa May Alcott

Probablemente este nombre no te diga mucho. Sin embargo, si te hablo sobre la novela *Mujercitas* seguro que tu reacción no es la misma. Louisa May escribió su novela más conocida gracias a que su editor le pidió que hiciese un libro dedicado a mujeres jóvenes y, al igual que muchos pensamos, no hay nada más sencillo que escribir sobre ti mismo. La trama es casi una autobiografía de sus vivencias junto a sus hermanas y se ha llevado al cine en múltiples ocasiones.

Johannes Gensfleisch zur Laden zum Gutenberg

Fue el inventor de la prensa de tipo móvil, siendo su trabajo más reconocido *La Biblia de 42 líneas*, el primer libro impreso con esta técnica. Yo he querido hacerle referencia con el nombre de Johanna.

Alonso Quijano

Poco se puede decir de este personaje que no se conozca. Es el protagonista de la novela del escritor Cervantes Saavedra y representa al mítico hidalgo «Don Quijote de la Mancha».

Michael Andreas Helmuth Ende

Quise que el nombre de Michael Ende saliese en la novela porque tengo como libro de cabecera *La Historia Interminable*. Jamás podría cansarme de leerla y considero que es el mejor libro para que los más pequeños se aficionen a leer.

George Orwell

El nombre de Jorge es en honor al escritor George Orwell, me parece un ejemplo a seguir en lo que a constancia se refiere. Su novela más conocida es *Rebelión en la granja*, la misma que ha sido llevada al cine, y a la animación. Ha sido traducida a casi todos los idiomas, recibió el no editorial por contar la historia usando animales como protagonistas.

Fumero

Fumero es el protagonista malísimo de la novela más conocida del difunto escritor Carlos Ruíz Zafón, *La Sombra del Viento*. El polifacético Zafón tiene excelentes obras en el género juvenil y de adultos. Siendo otra buena opción si quieres introducir a los pequeños de la casa en la literatura de por vida.

Mariana Pineda

La ubicación del piso de los protagonistas es la calle Mariana Pineda, nombre con el que Federico García Lorca tituló su obra. Curiosamente en España existen 183 calles con ese nombre de las cuales 132 están en Andalucía. Mariana Pineda fue un símbolo contra el poder absoluto y la tiranía por defender las libertades populares. Fue ejecutada públicamente acusada de rebelión contra el orden y el monarca.

/AGRADECIMIENTOS/

En primer lugar, me gustaría agradecerle a ti lector, que has concluido esta nueva historia y que espero hayas disfrutado tanto como yo mientras la escribía. Un escritor sin lectores es como una flor sin pétalos, incompleto, y gracias a haber escogido pasar unas horas frente a mis letras has conseguido que yo sea un poco más feliz. Gracias.

La idea de esta trama comenzó en plena pandemia cuando una buena amiga, Sara Cortabarra, decidió mándame un juego online a casa que no podía tratar de otra cosa que no fuese resolver casos de asesinatos. La idea me pareció genial, pero mi mente psicópata dio un paso más: Yo quería hacer eso mismo desde el punto de vista del asesino, y aquí está el resultado.

La figura de los lectores cero es una de las más importantes, porque son los que cada día y cada noche te aprietan para que no decaigas y continúes la historia. En esta ocasión, me gustaría hacer mención a mis fieles compañeros de fatigas: William Franco, Sonia Fernández, Yolanda Pérez, Jess Dharma, Mónica Santamaría, Nia Rincón, Melanie Alexander, Rachel Rp, Emma Lemonche, Gema Pablo, Verónica Espino, Mariluz Aquino, Ana Tinoco, Ana Porras, Ani Escobedo, Sonia Martínez Gimeno, Diana Vera, Aroa Cantero, Noelia Tejada, María Esteban, Jess GR, Patricia Duque y Antonio García.

Además de ellos, mi paciente María de las Aguas junto con el Señor Nox me han echado un cable considerable para que todo estuviese perfecto, gracias a los dos.

La maquetación y portada son de Fabián Vázquez que, con solo dos intentos, ha conseguido enamorarme, mil gracias.

Y las que nunca jamás pueden faltar en mis agradecimientos son mi madre y mi pequeño gremlin, ellas aguantan que casi no pase tiempo a su lado mientras escribo. Mil millones de gracias, os quiero.

Desde el cielo sé que también mi hermano ha leído este thriller y anda pensando que la loca de su hermana va de mal en peor, pero con una mueca de sonrisa en la cara que delatará su orgullo. Te extraño, hermano.